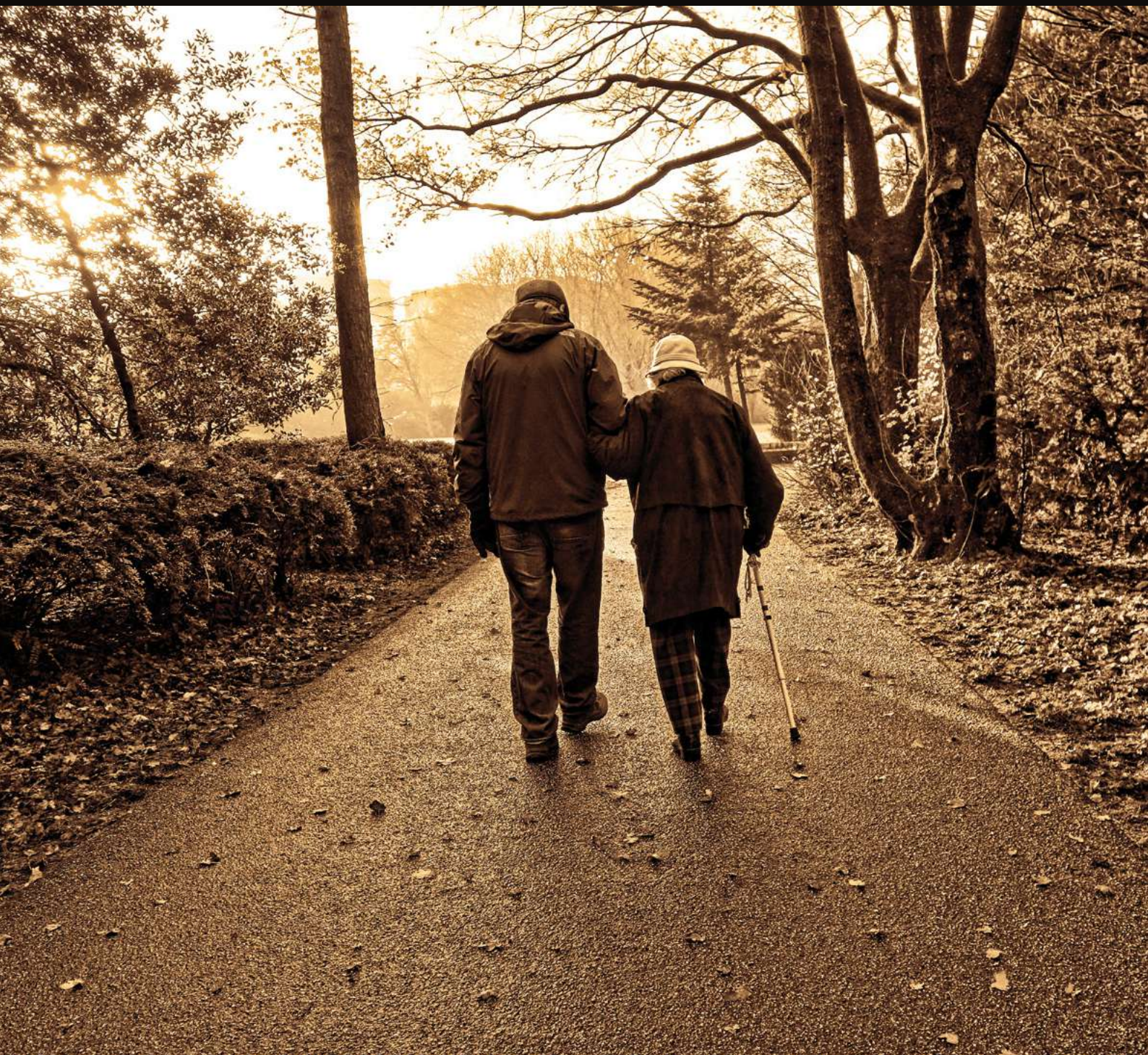




**Economistas
sin Fronteras**

Dossieres EsF
n.º 36, Invierno 2020

DEMOGRAFÍA: CAMBIOS EN EL MODELO REPRODUCTIVO



ÍNDICE

PRESENTACIÓN: DEMOGRAFÍA: CAMBIOS EN EL MODELO REPRODUCTIVO	4
Juan Antonio Fernández Córdón <i>Ex investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC); Economistas Frente a la Crisis</i>	
LA MUY BAJA FECUNDIDAD EN ESPAÑA: LA BRECHA ENTRE DESEOS Y REALIDADES REPRODUCTIVAS	8
Teresa Castro <i>Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)</i>	Teresa Martín <i>Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)</i>
Julia Cordero <i>Universidad Complutense de Madrid</i>	Marta Seiz <i>Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)</i>
LA MORTALIDAD: RETOS DE UNA SOCIEDAD LONGEVA	14
Unai Martín <i>Universidad del País Vasco</i>	
MOVIMIENTOS MIGRATORIOS EN LA ESPAÑA RECIENTE	20
Amparo González-Ferrer <i>Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)</i>	
EL FUTURO DE LA POBLACIÓN. LA POBLACIÓN DEL FUTURO	28
Joaquín Planelles Romero <i>Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía</i>	
LA DIVERSIDAD FAMILIAR ANTE EL RETO DE LOS CUIDADOS	34
Begoña Elizalde-San Miguel <i>Universidad Pública de Navarra</i>	
LA DESPOBLACIÓN QUE NO CESA	39
Joaquín Recaño <i>Centre d'Estudis Demogràfics y Universitat Autònoma de Barcelona</i>	
CAMBIO DEMOGRÁFICO Y NATALISMO	45
Julio Pérez Díaz <i>Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)</i>	
EL LIBRO RECOMENDADO: EL PLANETA VACÍO. EL SHOCK DEL DECLIVE DE LA POBLACIÓN MUNDIAL (D. BRICKER Y J. IBBITSON)	52
Juan Antonio Fernández Córdón <i>Ex investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC); Economistas Frente a la Crisis</i>	



Economistas
sin Fronteras



Economistas sin Fronteras

Economistas sin Fronteras (EsF) es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD), fundada en 1997 en el ámbito universitario, que actualmente integra a personas interesadas en construir una economía justa, solidaria y sostenible, con una orientación prioritaria en la erradicación de la pobreza y las desigualdades.

En **Economistas sin Fronteras** creemos necesario otro modelo de desarrollo, que ponga a la economía al servicio del ser humano y no, como sucede en la actualidad, a millones de personas al servicio de la economía.

Nuestro objetivo es contribuir a la construcción de una ciudadanía socialmente responsable, activa y comprometida con la necesaria transformación social.

Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa.

Gracias a las aportaciones periódicas de nuestros socios podemos planificar y realizar proyectos de larga duración, sin depender de subvenciones.

Si deseas hacerte socio de **Economistas sin Fronteras** y colaborar de forma periódica con nosotros, cumplimenta el formulario disponible en nuestra web:

www.ecosfron.org

0 en el teléfono 91 549 72 79

Si crees que nuestros Dossieres te aportan nuevos puntos de vista sobre la economía y quieres apoyarnos, realiza una aportación:

La legislación española para las entidades sin fines lucrativos establece un trato fiscal más favorable para las donaciones realizadas por personas físicas, obteniendo una deducción a la cuota del IRPF.

CONSEJO EDITORIAL

José Ángel Moreno - *Coordinador*
Luis Enrique Alonso
María Eugenia Callejón
Marta de la Cuesta
María Luisa Gil Payno
Juan A. Gimeno
José María Sumpsi
Carmen Valor

Coordinación de este número:
Juan Antonio Fernández Cordón
Ex investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC);
Economistas Frente a la Crisis

ISSN 2603-848X Dossieres EsF



Dossieres EsF, por Economistas sin Fronteras (<http://www.ecosfron.org/publicaciones/>), se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

Dossieres EsF es una publicación digital trimestral de Economistas sin Fronteras.

Imagen de cubierta: MabelAmber (Pixabay)

Maquetación: LA FACTORÍA DE EDICIONES, SL

Economistas sin Fronteras
c/ Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015 Madrid
Tel.: 91 549 72 79
ecosfron@ecosfron.org

c/ Ronda s/n Bolunta
48005 Bilbao
Tel.: 94. 415 34 39
ecosfron.euskadi@ecosfron.org

DEMOGRAFÍA: CAMBIOS EN EL MODELO REPRODUCTIVO¹

Juan Antonio Fernández Cordón

Ex investigador del CSIC, miembro de Economistas Frente a la Crisis

En nuestro país, la demografía ha pasado de ser una actividad casi desconocida, a la que dedicaban una atención intermitente algunos estadísticos, a casi ponerse de moda. No hay día que algún periódico no dedique una noticia a la natalidad declinante, a la esperanza de vida boyante, a lo vacía que está España o a como el envejecimiento de la población va a acabar con nuestras pensiones, con nuestra capacidad de innovar y, en definitiva, con nuestro modo de vida, culpablemente situado por encima de nuestras posibilidades demográficas. Casi todo son anuncios catastróficos y el miedo se ha asociado tanto con la explosión demográfica como, en los últimos tiempos, con el declive y el deterioro. La actividad académica y de investigación no ha progresado, por desgracia, al mismo ritmo y, sobre todo, no ha conseguido imponer su discurso científico frente a los muchos que, desde disciplinas como la economía o la sociología, abordan los temas demográficos con sesgos variados.

Tal vez una de las razones es que, aunque el ámbito natural de lo demográfico es el largo plazo, los cambios, que tienen causas lejanas y consecuencias retardadas, se han manifestado con fuerza en las últimas décadas. Hemos visto, en menos de diez años (de mediados de los setenta a principios de los ochenta), la fecundidad caer desde los tres hijos por mujer a menos de dos y mantenerse después en niveles que repetidamente se denuncian como insuficientes. El retroceso de la mortalidad, que en España ha sido muy rápido, deja ver ya que cada vez más gente llega a vieja, lo que no pasaba antes, y, en vez de alegrarnos y adaptarnos, clamamos contra el envejecimiento. Cierto que estas alarmas están fomentadas por sectores que aprovechan las circunstancias para imponer sus intereses, pero es cierto también que se apoyan en un gran desconocimiento del sentido de estos cambios, de cómo están ligados y, a su vez, modifican aspectos esenciales de la vida social y económica. En

países como el nuestro, estamos ya en las postrimerías de un gran cambio de modelo reproductivo, que sigue su curso hoy en todos los países del planeta. La reproducción de los seres humanos adopta necesariamente formas sociales cambiantes según el entorno económico y social en el que se inscribe. Entender el cambio demográfico es situarlo en relación con las condiciones históricas de la continuidad social. La problemática demográfica actual y, sobre todo, sus lecturas ideologizadas y su instrumentalización pueden afectar a la cohesión social, pilar básico de la continuidad social.

Cohesión social y reproducción

La expresión «cohesión social» fue utilizada por primera vez por Durkheim, en su libro *La división del trabajo social* (Durkheim, 1987), para designar una situación de adecuado funcionamiento de la sociedad, basado en la solidaridad entre los individuos y la existencia de una conciencia colectiva. Partiendo del concepto de solidaridad de Durkheim, Donzelot ha analizado la «invención» de la cuestión social como producto de la permanente tensión entre lo económico y lo social. Según este autor (Donzelot, 2007), la histórica pugna por el sometimiento de uno de estos ámbitos al otro, y de las fuerzas sociales que los sustentan, condiciona la cohesión social. En los tiempos anteriores al capitalismo, la economía no constituía un ámbito autónomo, sino que estaba integrada en las estructuras sociales y a ellas se adaptaba. La preeminencia de una lógica económica, que busca el máximo rendimiento para el capital, ha ido impregnando gradualmente el resto de la actividad social, sobre todo a partir de la revolución industrial, y modificando el equilibrio de la sociedad. Esto ha hecho surgir la necesidad de regular el contrapeso que lo social ejerce para mantener la cohesión que la lógica económica tiende a romper, a través, por una parte, del desarrollo del derecho del trabajo y, por otra, de una verdadera «propiedad social» (Castel,

1. Tomado, en parte, de un artículo publicado por el autor en *Gaceta Sindical* en 2019.

1995), cuyo objetivo es la protección del conjunto de la población frente a los riesgos profesionales y vitales. El sistema culmina cuando, después de la segunda guerra mundial, se consolidaron en Europa los sistemas políticos socialdemócratas, basados en un eficaz equilibrio entre las aspiraciones de los trabajadores y el interés de los inversores. La socialdemocracia se basaba en una negociación permanente de las condiciones laborales, y en particular de los salarios, y en el desarrollo de una extensa protección social, principalmente a cargo del Estado. La gran importancia que en ella adquiere lo social en relación con lo económico se tradujo en años de alta cohesión social y en notables avances en la producción de riqueza (los treinta gloriosos años). A partir de los años setenta del siglo pasado, la contrarreforma neoliberal puso freno al modelo anterior y alentó la progresiva preeminencia de la lógica del máximo rendimiento a corto plazo en las empresas y en sectores cada vez más amplios de la sociedad. El resultado, acentuado por la llamada crisis que se inicia en 2008, ha sido la degradación tanto de las condiciones laborales como de la protección social, los dos pilares sobre los que se asienta la cohesión social. Con el triunfo del neoliberalismo se difumina la visión a largo plazo y se revierte el proceso mediante el cual la protección social se había extendido a un amplio conjunto de la población, que incluye a los vulnerables y puede llegar a ser universal, y no sólo a los que se encuentran en los márgenes de la sociedad (Castel, 1995, p.166).

La importancia de la cohesión social reside en que representa la principal condición para asegurar la continuidad de la sociedad, o sea su reproducción. La reproducción social exige un grado suficiente de integración de las personas, idealmente, que cada uno se sienta vinculado a los demás y al conjunto, a pesar de los elementos de diversidad. La ruptura del vínculo social relega al individuo a los márgenes de la sociedad y pone en peligro la continuidad social.

Todo contribuye a la reproducción social: la actividad orientada a la satisfacción de las necesidades materiales, los cuidados y la sanidad que mantienen la plena capacidad de cada uno, la socialización y la formación, tal vez el ámbito que con más claridad contribuye a la reproducción y al progreso social. Incluyendo, naturalmente, la organización social de la reproducción biológica de los seres humanos, cuyo contenido y formas han variado a lo largo de la historia. En las formaciones precapitalistas, la economía doméstica concentraba, para la inmensa mayoría de la población, la producción material y la reproducción,

prácticamente limitada a la socialización de los niños y al cuidado, somero, de los demás. En los tiempos contemporáneos, el hogar ha ido progresivamente perdiendo su papel en la producción y, parcialmente, en la reproducción. Primero, en la producción material, que transita cada vez más por el mercado, aunque subsiste una contribución importante de los hogares en forma de trabajo no remunerado, hasta ahora sobre todo a cargo de las mujeres. También han pasado al mercado o al Estado aspectos relevantes de la reproducción social, como la formación, aunque la familia contribuye todavía de forma determinante a la socialización de la infancia, la sanidad y las actividades culturales, cuya expansión ha sido considerable. El auge del Estado como instrumento de la cohesión y de la continuidad social es un aspecto clave de la nueva organización.

La crisis de la cohesión social está necesariamente relacionada con lo demográfico. La reproducción biológica, incluyendo en ella el cuidado de los recién nacidos y la primera fase de la socialización, implica necesariamente al hogar y está condicionada por la situación laboral y el estado de la protección social. En los tiempos anteriores al capitalismo industrial, la regulación demográfica, es decir su adaptación a los recursos disponibles y a las necesidades de la producción, se establecía en cada una de las unidades elementales de la economía doméstica, y la noción de población carecía de sentido, desde ese punto de vista. Sólo cuando una parte importante del trabajo desarrollado en el seno del hogar se transforma en fuerza de trabajo para el mercado laboral, cuando frente a la demanda de trabajo de las empresas aparece una oferta de «trabajadores libres», se impone el concepto de población, así como el estudio de las relaciones que en ella se establecen entre nacimientos, fallecimientos, migraciones y el volumen y la estructura del conjunto, que es el objeto de la demografía. Si es indudable que todo lo que incide sobre la organización social incide sobre las variables demográficas, a su vez, todo lo que afecta a la dinámica y la estructura de la población influirá sobre la organización y la situación de la reproducción social.

La interrelación entre los factores que condicionan la cohesión social y las variables demográficas se manifiesta en todas las etapas vitales. La situación demográfica actual es el fruto, por una parte, de un largo proceso histórico de transformación y adaptación que han culminado todos los países desarrollados y, por otra parte, de las condiciones concretas del momento, que pueden explicar, por ejemplo, las

diferencias entre países de la Unión Europea, en torno a los parámetros de un modelo común.

El nuevo modelo demográfico

El cambio demográfico ha supuesto una transformación profunda del modelo reproductivo, por el cual un sistema de baja productividad, en el que eran necesarios muchos nacimientos y muchas muertes de niños y jóvenes para asegurar la renovación de la población y su capacidad productiva, ha sido sustituido por una modalidad de gran eficacia, que permite un «rendimiento» máximo en términos de población total y de población en edad de trabajar.

El largo proceso, llamado transición demográfica, que ha afectado a todos los países desarrollados en momentos y con ritmos distintos, se caracteriza por una fuerte disminución de la mortalidad, primero, y de la fecundidad, en una etapa posterior. La evidencia reciente de la propagación de la caída de la fecundidad en prácticamente todos los países, incluidos muchos del continente africano y del mundo islámico, viene a confirmar el carácter general de esta evolución, aunque varíen las condiciones concretas en cada sociedad.

En el período reciente, la disminución de la fecundidad se ha acompañado, en los países desarrollados, de importantes cambios, que afectan al papel de las mujeres y a la familia, que algunos autores llaman «segunda transición demográfica», aunque sería más adecuada la expresión «transición de género». En efecto, estos cambios van ligados a la permanencia de las mujeres en el mercado de trabajo, a su nuevo papel en la sociedad y a la transformación de la organización de la reproducción demográfica, tradicionalmente basada en una clara separación entre las mujeres, recluidas en el seno de las familias, y los hombres, que acceden al mercado de trabajo. Con la progresiva, y hoy masiva, presencia de las mujeres en el mercado laboral, la articulación entre familia y trabajo se erige en una problemática central de nuestra época.

La mortalidad no ha dejado de disminuir y hoy, las personas que viven en España gozan de una de las esperanzas de vida al nacer más altas del planeta. Por otra parte, las familias disponen ahora de los medios para controlar su fecundidad con eficacia, y pueden planificar tanto el número de hijos como el momento

de tenerlos. El resultado es, en España, uno de los niveles de fecundidad más bajos del mundo, y la fecundidad más tardía de la Unión Europea.

Estos parámetros conducirían a un declive de la población, que no se ha producido debido a la llegada de inmigrantes en un número que ha más que compensado el déficit de nacimientos (más de cinco millones de inmigrantes se instalaron en España entre 1998 y 2008). Lo que podríamos llamar el modelo demográfico español actual se caracteriza por una esperanza de vida muy elevada, una fecundidad muy baja y un saldo migratorio positivo y se traduce por un crecimiento moderado de la población, así como por el mantenimiento de los índices de envejecimiento en niveles inferiores² a la media de la Unión Europea.

Sin embargo, el «modelo» anterior carece de estabilidad a medio y largo plazo. Cada uno de sus componentes está sometido a una evolución económica y social que resulta adversa e incide a su vez en la crisis de la reproducción social que ha provocado la contrarreforma neoliberal. La baja fecundidad manifiesta la preocupante situación de los jóvenes, que no parece que pueda mejorar a medio plazo. La llegada de inmigrantes, necesaria desde un punto de vista demográfico, se rige por una lógica económica que no siempre coincide con la demográfica y, además, suscita posicionamientos políticos preocupantes para la estabilidad social. En cuanto a la esperanza de vida, agotados ya los efectos de la disminución de la mortalidad sobre las edades jóvenes, su progresión beneficia hoy casi exclusivamente a los mayores, lo que acentúa el envejecimiento demográfico y agudiza los problemas sociales y económicos que se asocian a él.

La contrarreforma neoliberal está poniendo en peligro la cohesión social por la preeminencia que otorga a una economía basada en el beneficio inmediato y el sacrificio de los elementos que más contribuyen a la continuidad social. Los cambios demográficos han facilitado de múltiples maneras el desarrollo económico. El rechazo de la deuda demográfica, a la hora de pagar las pensiones y de atender a la dependencia de los mayores, es característico de un capitalismo que también se niega a sufragar los costes que permitirían evitar o atenuar la catástrofe ecológica. La necesidad de adaptar nuestra economía al modelo demográfico actual, que ha reducido la dependencia a lo largo de todas las edades de reproducción y de producción y la concentra en los mayores, nos enfrenta a las limitaciones de

2. Debido en parte también a nuestra historia demográfica.

un sistema económico basado exclusivamente en la máxima explotación del trabajo, cuya remuneración se quiere reducir al estricto tiempo de presencia, y en una permanente presión a la baja sobre el gasto de protección social. Una sociedad longeva, como la nuestra, es aquella que ha conseguido movilizar todo su potencial productivo, reduciendo a un mínimo los años de mayor capacidad productiva perdidos por mortalidad e incorporando a las mujeres a tareas de mayor productividad. Una parte de este incremento de riqueza debe ir, por un lado, a facilitar las tareas de cuidado en el seno del hogar, que las mujeres ya no pueden, ni deben, asumir solas y, por otro, a pagar pensiones dignas durante más años de vida, así como a atender la pérdida de la autonomía personal de los más mayores. Es un programa perfectamente asumible, siempre que los recursos no se dediquen en prioridad, como es ahora el caso, a enriquecer a los más ricos y aumentar las desigualdades. La socialdemocracia había desarrollado instrumentos capaces de afrontar cambios sociales de esta envergadura, a los que es cada día más urgente volver a recurrir.

En este monográfico, se recogen siete trabajos elaborados por personas dedicadas a la investigación en el campo de la demografía, la sociología y la economía, cada uno de los cuales aporta un enfoque y una información esenciales para analizar la situación demográfica actual y situarla en un marco social amplio.

Los tres primeros abordan aspectos esenciales relativos a los tres factores que determinan la dinámica demográfica, fecundidad, mortalidad y migraciones. El siguiente texto trata de cómo el conocimiento de esa dinámica interviene en la proyección de la población futura y glosa sobre el futuro de la población mundial. Otros dos abordan cambios importantes que dependen en gran medida de la evolución demográfica: los problemas del cuidado, por una parte, y la despoblación de nuestras zonas rurales, por otra. El último artículo analiza el carácter ideológico del discurso demográfico, a propósito del natalismo y sus manifestaciones actuales. Finalmente, se incluye la reseña de un libro reciente que traslada al planeta los planteamientos sobre la población que constituyen el discurso dominante en los países ricos. ■

Referencias

- Castel, Robert (1995), *Les métamorphoses de la question sociale*, París, Gallimard. Traducción al español: (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- Donzelot, J. [primera edición en 1984] (2007), *La invención de lo social*, Argentina, Nueva Visión.
- Durkheim, E. [primera edición en 1893] (1987), *La división del trabajo social*, Madrid, Akal.

LA MUY BAJA FECUNDIDAD EN ESPAÑA: LA BRECHA ENTRE DESEOS Y REALIDADES REPRODUCTIVAS¹

Teresa Castro

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Julia Cordero

Universidad Complutense de Madrid

Teresa Martín

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

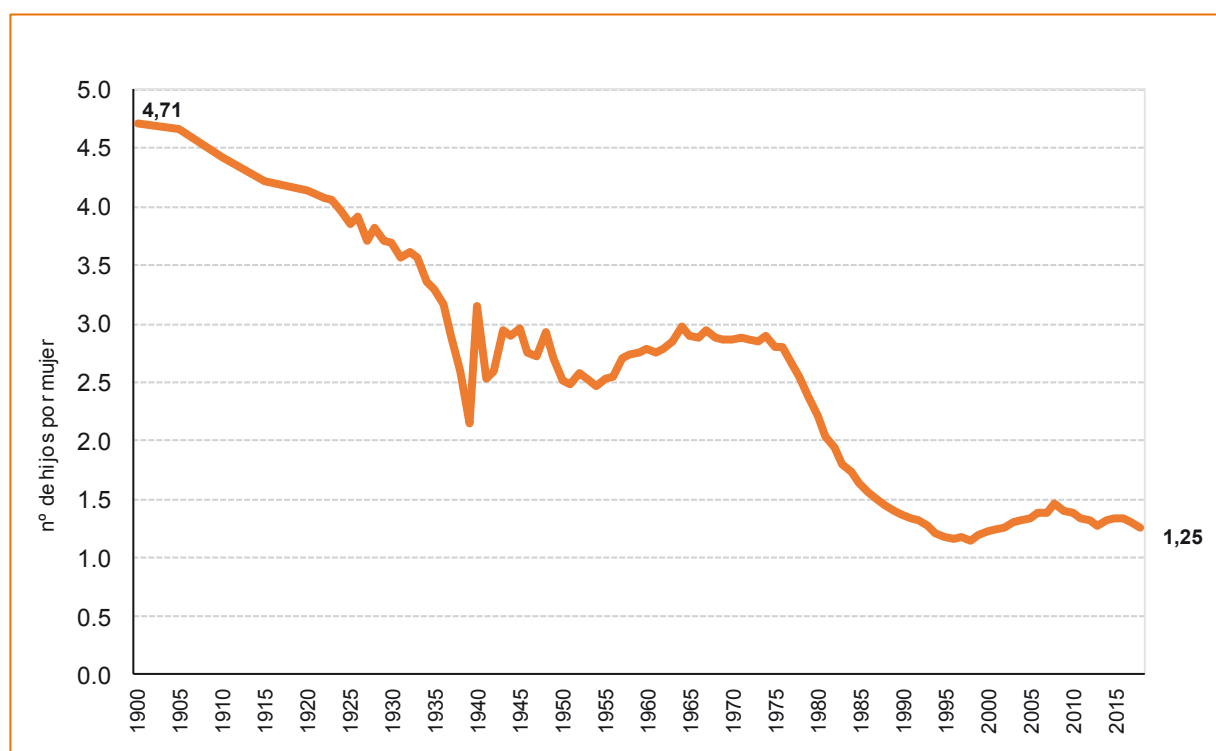
Marta Seiz

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

España presenta uno de los niveles más bajos de fecundidad de Europa y del mundo: la media de hijos por mujer fue de 1,25 en 2018. No se trata de un fenómeno coyuntural, ni siquiera reciente. La tasa de fecundidad ya lleva tres décadas por debajo de 1,5 hijos por mujer, situándose desde 2011 en torno a 1,3

hijos. Tampoco parece que vaya a ser un fenómeno transitorio. Las proyecciones del INE publicadas en 2018 asumen una tendencia ligeramente ascendente de la tasa de fecundidad en los próximos 50 años, pero en todo caso por debajo de los 1,5 hijos.

Figura 1. Evolución del índice sintético de fecundidad, España 1900-2018



Fuente: Carreras y Tafunell (Coord.), *Estadísticas históricas de España*, siglos XIX-XX; INEbase.

En la figura 1 se puede apreciar la magnitud del descenso de la fecundidad en España desde el inicio

del siglo XX, cuando las mujeres tenían en promedio 4,7 hijos. Esta trayectoria descendente sólo se vio interrumpida durante el *baby boom* de la década de los 60 y principios de los 70. A mediados de los años 70, la tasa de fecundidad se situaba en 2,8 hijos por mujer, todavía bastante por encima de la media europea (2,1 hijos), pero a partir de ese momento ha experimentado un pronunciado descenso, y España se ha posicionado desde los años 90 entre los países con menor nivel de fecundidad del mundo. El inicio

1. Este artículo está basado en el capítulo «El desafío de la baja fecundidad en España» de las mismas autoras, publicado en el *Informe España 2018*, Cátedra J. M. Martín Pato de la Cultura del Encuentro. Incluye datos actualizados recogidos en el marco del proyecto del Plan Nacional de I+D+i *Lowest-Low and Latest-Late Fertility in Spain: Here to Stay?* [CSO2017-89397-R].

del siglo XXI trajo consigo un modesto ascenso de la fecundidad, atribuible a la mejora de la situación económica y a la llegada de inmigrantes jóvenes, con una fecundidad ligeramente más elevada y más temprana que la de la población autóctona, pero esta modesta recuperación se truncó con la llegada de la crisis económica. En el periodo 2008-2018, la tasa de fecundidad descendió de 1,46 a 1,25 hijos por mujer y actualmente se sitúa bastante por debajo de la media de la UE (1,6 hijos).

La transición de un régimen demográfico de alta mortalidad y alta fecundidad a otro de baja mortalidad y baja fecundidad es universal y acompaña al proceso de modernización socioeconómica. Es más, la fecundidad por debajo del denominado nivel de reemplazo de las generaciones (en torno a 2 hijos en los países más desarrollados) es cada vez más frecuente en el contexto internacional. Según las últimas proyecciones de Naciones Unidas, aproximadamente la mitad de la población mundial reside actualmente en países con una tasa de fecundidad inferior al umbral de reemplazo, y en 2050 lo hará el 70% de la población mundial (Naciones Unidas, 2019). No podemos, por tanto, considerar anómala la trayectoria descendente de la fecundidad en España. Lo que sí es atípico en el contexto internacional contemporáneo es que la fecundidad se sitúe en niveles más próximos a 1 hijo que a 2 hijos por mujer. Según Naciones Unidas, sólo el 6% de la población mundial reside en países con una tasa de fecundidad inferior a 1,5 hijos (Naciones Unidas, 2019).

Si nos centramos en el escenario europeo, todos los países tienen en la actualidad unas tasas de fecundidad inferiores al umbral de reemplazo, pero los países de la Europa norte –precisamente aquéllos que habían sido precursores del descenso histórico de la fecundidad– presentan niveles próximos a este umbral. Según datos de Eurostat para 2017, los países con unas tasas de fecundidad más elevadas son Francia (1,9 hijos), Suecia, Dinamarca e Irlanda (1,8 hijos). En contraste, los países de la Europa sur presentan las tasas de fecundidad más bajas: en torno a 1,3 hijos por mujer en España, Italia, Grecia, Portugal, Malta y Chipre. La diversidad existente en el mapa contemporáneo de la fecundidad en Europa apunta a que las condiciones que se dan para tener hijos son más favorables en unas sociedades que en otras.

Un patrón de fecundidad tardía y elevada infecundidad

El patrón de muy baja fecundidad de la sociedad española contemporánea está estrechamente ligado al retraso de la emancipación económica y residencial de los jóvenes, a la tendencia a posponer la convivencia con una pareja estable, al creciente aplazamiento de la decisión de tener hijos, al aumento de la infecundidad voluntaria e involuntaria y a la reducción en la propensión a tener segundos hijos.

Según datos de Eurostat para 2018, los jóvenes españoles no se emancipan del hogar paterno hasta los 29,5 años de media, aproximadamente 11 años más tarde que en Suecia y casi 6 años más tarde que en Francia. No es de extrañar, por tanto, que España se encuentre actualmente entre los países del mundo en los que la transición a la maternidad y a la paternidad es más tardía. En el periodo 1980-2017, la edad media de las mujeres al primer hijo ha aumentado de 25 a 31 años. Del total de nacimientos que tuvieron lugar en 2017, el 31% correspondieron a mujeres de 35 y más años y el 7% a mujeres de 40 y más años. El retraso de la maternidad no siempre responde a las preferencias personales. Según la Encuesta de Fecundidad de 2018, realizada por el INE (Penit, 2019), aproximadamente la mitad de las mujeres de 40 a 55 años han tenido su primer hijo a una edad más tardía de la que consideraban ideal y el promedio de retraso alcanza los 5 años. Los principales motivos que alegan son cuestiones laborales, económicas y de conciliación, así como el no haber contado antes con una pareja estable.

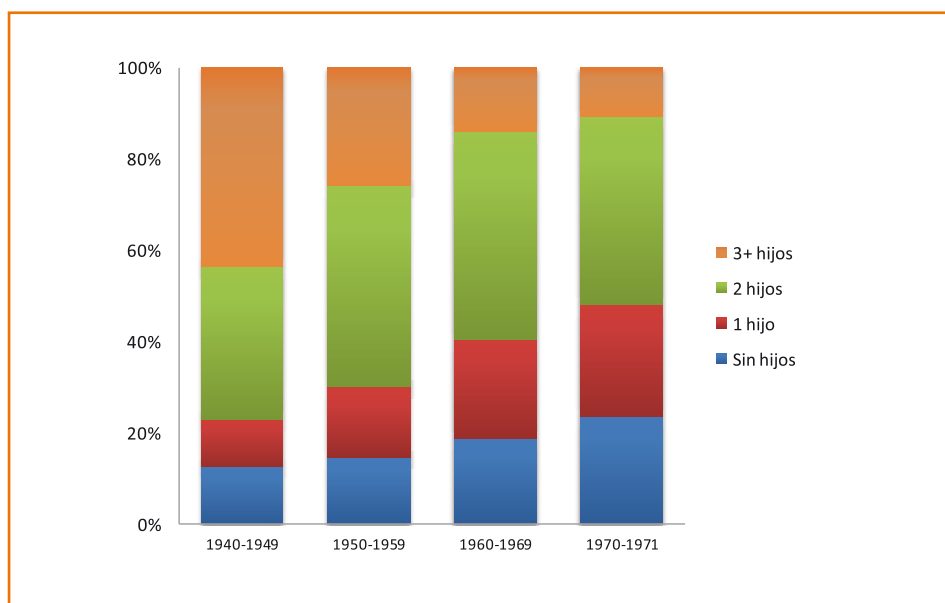
La tendencia a tener el primer hijo a edades cada vez más tardías también es evidente en el caso de los hombres. En 1980, la edad media de los padres primerizos en España estaba en torno a los 30 años. En el año 2017, la edad media ascendía a 34,3 años. De estos padres primerizos, el 48% había alcanzado o superaba los 35 años, y el 18% tenía 40 años o más. La Encuesta de Fecundidad de 2018 también nos revela que más de la mitad de los hombres de 40 a 55 años habrían preferido tener su primer hijo a una edad más temprana. La principal causa que alegan de este retraso es la falta de pareja estable.

El creciente retraso de la decisión de tener el primer hijo está asociado, a su vez, con el aumento de la proporción de mujeres que finaliza su etapa reproductiva

sin descendencia, otro componente importante del bajo nivel de fecundidad. La proporción de mujeres que no ha tenido hijos ha aumentado del 13% entre las nacidas en los años 40 al 23% entre las nacidas

en 1970-1971 (figura 2). A raíz de este aumento, España se sitúa actualmente entre los países europeos con mayor nivel de infecundidad, junto a Alemania, Austria y Suiza (Sobotka, 2017).

Figura 2. Distribución de mujeres por número final de hijos según generación de nacimiento



Fuente: Cohort Fertility and Education Database (CFE Database) <<http://www.cfe-database.org>>.

Para algunas personas, no tener hijos es fruto de una decisión libre, en un contexto en el que la presión familiar, social y cultural para ser madre o padre ha disminuido con respecto al pasado. Según la Encuesta de Fecundidad de 2018, el 14% de las mujeres y el 20% de los hombres de 20 a 40 años declaran no desear hijos. Esta proporción supone un notable aumento con respecto al pasado reciente —en la Encuesta de Fecundidad de 2006, sólo el 5% de las mujeres declaraban no desear hijos—. Sin embargo, la línea divisoria entre la infecundidad voluntaria e involuntaria es a menudo bastante tenue. Muchas de las mujeres que declaran optar por no tener ningún hijo frecuentemente no han logrado reunir las condiciones económicas, laborales y de pareja que consideran idóneas para asumir la crianza (Seiz, 2013). Según la Encuesta de Fecundidad de 2018, entre las mujeres de 25-39 años que no tienen hijos ni intención de tenerlos, hay un colectivo importante que declara como motivo principal no querer ser madre (14%) o no querer reducir su libertad personal (8%), pero son más frecuentes los motivos que reflejan barreras a la maternidad, como no tener pareja (21%), dificultades para afrontar económicamente la crianza de un hijo (19%) o posibles conflictos con la carrera profesional (12%).

Es habitual que la decisión de tener un hijo se vaya aplazando hasta lograr la estabilidad conyugal, laboral y económica que permita dedicarle el cuidado y los recursos adecuados. Sin embargo, este aplazamiento inicialmente transitorio puede transformarse en definitivo si las condiciones apropiadas no llegan a alcanzarse (Tanturri *et al.*, 2015). El retraso de las decisiones reproductivas también se asocia con una mayor probabilidad de infecundidad involuntaria derivada de las mayores dificultades biológicas para concebir o llevar a término un embarazo a partir de ciertas edades (Beaujoan y Sobotka, 2018). Existe, en otras palabras, un claro desfase entre las edades relativamente tardías a las que se logran unas condiciones residenciales, conyugales, laborales y económicas que permitan afrontar adecuadamente la crianza y aquellas que impone como idóneas el reloj biológico.

Como consecuencia del patrón de fecundidad tardía, España se encuentra entre los países europeos con mayor utilización de las técnicas de reproducción asistida. En el año 2015, el 8,6% de los niños nacidos lo hicieron con ayuda de este tipo de tratamientos (Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, 2015). No obstante, el índice de éxito de estas técnicas también disminuye considerablemente con

la edad, por lo que es probable que los proyectos reproductivos de un buen número de personas se vean frustrados cuando se emprenden a una edad tardía. Aunque desde 2019 las mujeres sin pareja o con pareja femenina han recuperado el derecho a recibir este tipo de tratamientos en la sanidad pública —un derecho que había sido restringido en 2013—, las largas listas de espera y las limitaciones establecidas (máximo de 40 años y de 3 ciclos de fecundación in vitro) hacen que muchas mujeres tengan que financiar sus tratamientos en la sanidad privada.

Además del aumento de la proporción de mujeres que finaliza su etapa reproductiva sin hijos, en la figura 2 también podemos observar que el hijo único es ya un patrón reproductivo bastante frecuente: el 24% de las mujeres nacidas a principios de los años 70 han tenido un solo hijo. La menor propensión a tener un segundo o tercer hijo de las generaciones recientes, en comparación con las nacidas en los años 40 y 50, destaca como otro de los componentes importantes de la baja fecundidad española.

La brecha creciente entre fecundidad deseada y alcanzada

Aunque la tasa de fecundidad ha descendido hasta alcanzar niveles muy bajos, las preferencias reproductivas han permanecido sorprendentemente estables en España durante las últimas décadas. El número medio de hijos deseado, tanto por hombres como mujeres, sigue estando situado en torno a dos, al igual que ocurre en la mayoría de los países europeos (Sobotka y Beaujouan, 2014). Según la Encuesta de Fecundidad de 2018, el promedio de hijos deseado es 1,96 entre las mujeres y 1,86 entre los hombres.

España se encuentra entre los países que registran una mayor distancia entre el promedio de hijos que se desean y los que finalmente se tienen. La brecha entre fecundidad deseada y alcanzada no sólo es evidente a nivel agregado, sino también a nivel individual. Según la Encuesta de Fecundidad de 2018, un 39% de las mujeres de 45 a 55 años sin hijos biológicos o adoptados declararon que habrían deseado tener uno o más hijos.

Estos datos apuntan a que no debemos interpretar la muy baja fecundidad española como el reflejo de un rechazo generalizado a la maternidad (y la paternidad) o una menor valoración de la infancia. De hecho,

la crianza de los hijos nunca ha implicado tanta inversión de tiempo, dinero y afecto. La distancia que se observa entre la fecundidad deseada y la fecundidad alcanzada refleja un déficit de bienestar individual y colectivo (Esping-Andersen, 2013) y sugiere la existencia de una serie de barreras que dificultan a muchas personas y parejas hacer realidad su proyecto de familia.

Barreras que dificultan tener el número deseado de hijos

La persistencia de una fecundidad muy baja está asociada a múltiples factores institucionales, económicos y sociales que aumentan los costes directos e indirectos de tener hijos. Cuando estos costes se perciben como elevados, no sólo en términos de tiempo y recursos, sino también de penalizaciones en la carrera laboral, las decisiones reproductivas tienden a aplazarse de forma temporal o definitiva. Algunos de los principales obstáculos que dificultan a las personas tener el número de hijos que desean son las precarias condiciones laborales —que a su vez dificultan la emancipación económica y residencial de los adultos jóvenes—, los bajos salarios, las insuficientes políticas públicas de apoyo a la crianza y a la conciliación y la desigualdad en las responsabilidades de cuidado asumidas por hombres y mujeres —lo que se traduce en la «doble jornada» femenina—.

Precariedad laboral

La creciente dificultad para conseguir cierta estabilidad laboral es vista —tanto por hombres como por mujeres— como un serio obstáculo a la hora de plantearse tener un/otro hijo (Kreyenfeld, Andersson y Pailhé, 2012). España presenta una de las tasas de temporalidad en el empleo más elevadas de Europa: en torno al 27% de la población empleada en 2018, casi el doble del promedio en la UE-28 (14%). Los adultos jóvenes son el colectivo más afectado por la temporalidad laboral. Según datos de Eurostat para 2018, el porcentaje de personas ocupadas con un contrato temporal ascendía al 38% de los hombres y al 41% de las mujeres de 25 a 34 años, siendo éste un tramo de edad clave para las decisiones reproductivas. En este escenario de precariedad laboral generalizada a edades potencialmente centrales para la formación familiar, no es de extrañar que un buen número de personas pospongan sus aspiraciones reproductivas o incluso renuncien a ellas.

Además, la maternidad continúa pasando factura a las mujeres en el mundo laboral. Las mujeres con hijos tienen mayor dificultad de encontrar empleo y de mantenerlo, están sobrerrepresentadas en los empleos a tiempo parcial involuntarios y solicitan la práctica totalidad (el 90,6% en 2017) de las excedencias y reducciones de jornada. La brecha salarial también se amplía considerablemente cuando las mujeres son madres. Estas potenciales repercusiones negativas en la trayectoria laboral son tenidas en cuenta a la hora de tomar la decisión de tener un/otro hijo. La Encuesta de Fecundidad de 2018 preguntó a las mujeres sin hijos si pensaban que tener un hijo en ese momento tendría un impacto positivo, negativo o neutral en diferentes aspectos de su vida. Los resultados muestran que, entre las mujeres de 20 a 39 años sin hijos, menos del 20% consideraba que un hijo tendría un impacto negativo en su realización personal o en su relación de pareja. En cambio, más de la mitad consideraba que un hijo tendría un impacto negativo en sus oportunidades de empleo (64%), en su realización profesional (56%) o en su situación económica (63%).

Escaso apoyo a la crianza

El escaso apoyo institucional a las responsabilidades de crianza y a la conciliación de la vida laboral, personal y familiar son también obstáculos importantes a la hora de hacer realidad las aspiraciones reproductivas. La responsabilidad de cuidar a los hijos sigue recayendo mayoritariamente en las familias —y dentro de las familias, principalmente en las mujeres—; el Estado sólo coopera parcial y limitadamente. Según datos recogidos en la *OCDE Family Database* para 2015, el gasto público en prestaciones familiares —tomando en cuenta transferencias monetarias, ayudas fiscales y provisión de servicios— es muy inferior en España (1,36% del PIB) al que registran países europeos con una fecundidad cercana a los 2 hijos por mujer, como Francia (3,68%) o Suecia (3,54%). Además, las escasas prestaciones existentes suelen estar focalizadas en las familias numerosas, cuando gran parte de los obstáculos que impiden a muchas personas hacer realidad sus deseos reproductivos afectan fundamentalmente a la transición al primer y segundo hijo.

Desigualdad de género de puertas adentro

Una abundante literatura científica muestra que la (des)igualdad de género en el reparto del trabajo

doméstico y de cuidado tiene una influencia importante en las decisiones reproductivas (Neyer, Lappegård y Vignoli, 2013). La distribución de responsabilidades dentro del hogar, aunque comience siendo bastante igualitaria, suele volverse más «tradicional» y asimétrica tras la llegada del primer hijo (González y Jurado, 2015), lo que puede condicionar la decisión de tener un segundo hijo. Esping-Andersen y Billari (2015), dos de los expertos en demografía social más destacados de nuestro tiempo, sostienen que cuando la igualdad de género pase a ser la norma en la sociedad, tanto en el ámbito público como en el ámbito familiar, es probable que asistamos a una recuperación de la fecundidad. Para llegar a esa meta, es necesario un claro apoyo institucional. La progresiva ampliación del permiso de paternidad y su igualación al permiso de maternidad prevista para 2021 es una medida en la buena dirección para establecer patrones de parentalidad compartida y promover la corresponsabilidad en los cuidados.

¿Es posible una recuperación de la fecundidad?

Mientras las preferencias reproductivas se mantengan en torno a los dos hijos, sigue existiendo margen para que la fecundidad aumente, aunque por el momento no haya ningún indicio de recuperación. Es altamente improbable que España remonte el umbral de reemplazo generacional (2 hijos por mujer) a medio o largo plazo, pero sí debería ser posible pasar de un nivel de fecundidad muy bajo a otro moderadamente bajo, y así reducir la brecha entre deseos y realidades reproductivas. Para ello no es preciso desarrollar políticas de corte pronatalista ni sembrar alarma social sobre quién va a pagar las pensiones en el futuro, sino crear las condiciones para que las personas que desean hijos puedan tenerlos. Una mejora en el nivel, la protección y la calidad del empleo entre los adultos jóvenes atenuaría el desfase que existe actualmente entre el reloj biológico y el reloj social de la reproducción. Otro reto importante es reducir las dificultades para compaginar responsabilidades familiares y laborales, evitando centrar el debate de la conciliación en las mujeres y fomentando la corresponsabilidad mediante mecanismos que faciliten la plena incorporación de los hombres al cuidado. A través de las políticas públicas también se deberían redistribuir de forma más equitativa los costes asociados a la crianza, por ejemplo, garantizando el acceso

universal a escuelas infantiles de calidad y minimizando la inseguridad económica de las familias con hijos. Teniendo en cuenta que un nivel muy bajo de fecundidad no sólo condiciona la evolución colectiva de la sociedad, sino también las trayectorias vitales de los individuos, los recursos movilizados para reducir la brecha entre deseos y realidades reproductivas no deberían ser considerados como un gasto, sino como una de las inversiones de futuro con un mayor rendimiento económico y social. ■

Referencias

- Beaujoan, É. y Sobotka, T. (2018). «Late motherhood in low-fertility countries: Reproductive intentions, trends and consequences». En Stoop, D. (Ed.), *Preventing Age Related Fertility Loss*. Springer.
- Esping-Andersen, G. (Coord.) (2013). *El déficit de natalidad en Europa: la singularidad del caso español*. Barcelona, Obra Social La Caixa.
- Esping-Andersen, G. y Billari, F. C. (2015). «Re-theorizing family demographics». *Population and Development Review*, 41(1): 1-31.
- González, M. J. y Jurado-Guerrero, T. (2015). *Padres y madres corresponsables. Una utopía real*. Madrid: La Catarata.
- Kreyenfeld, M., Andersson, G. y Pailhé, A. (2012). «Economic uncertainty and family dynamics in Europe». *Demographic Research* 27-28: 835-852. Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad
- (2015). Registro Nacional de Actividad 2015-Registro SEF. *Informe Estadístico de Técnicas de Reproducción Asistida 2015*.
- Naciones Unidas, Division de Población (2019). *World Population Prospects 2019: Highlights*. New York, United Nations Population Division, ST/ESA/SER.A/423.
- Neyer, G., Lappegård, T. y Vignoli, D. (2013). «Gender equality and fertility: Which equality matters?» *European Journal of Population* 29(3): 245-272.
- OCDE Family Database. <<http://www.oecd.org/els/family/database.htm>>.
- Penit Fuerte, E. (2019). «La Encuesta de Fecundidad de 2018. Índice». *Revista de Estadística y Sociedad* 74: 6-9.
- Seiz, M. (2013). «Voluntary childlessness in Southern Europe: The case of Spain». *Population Review* 52(1): 110-128.
- Sobotka, T. (2017). «Childlessness in Europe: Reconstructing long-term trends among women born in 1900-1972». En A. Rotkirch y A. Miettinen (Eds.), *Childlessness in Europe: Contexts, Causes, and Consequences*, pp. 139–158.
- Sobotka, T. y Beaujouan, E. (2014). «Two is best? The persistence of a two-child family ideal in Europe». *Population and Development Review* 40(3): 391-419.
- Tanturri, M. L., Mills, M., Rotkirch, A., Sobotka, T., Takács, J., Miettinen, A., Faludi, C., Kantsa, V. y Nasiri, D. (2015). «Childlessness in Europe». *FamiliesAndSocieties Working Paper* 32. <<http://www.familiesandsocieties.eu>>.

Unai Martín Roncero
Universidad del País Vasco

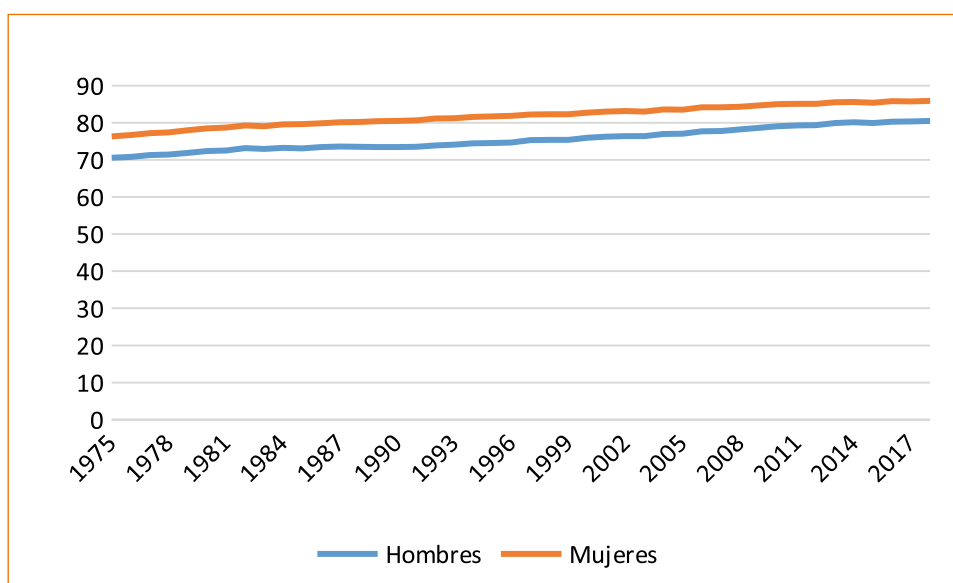
La mortalidad constituye uno de los componentes básicos del análisis demográfico. Sus características e intensidad condicionan tanto la evolución del tamaño de la población como su estructura y características básicas. De esta forma, la mortalidad ha sido uno de los factores fundamentales que ha provocado el crecimiento de la población mundial hasta las cifras en las que se sitúa en la actualidad. Asimismo, constituye un elemento básico para entender los cambios en la estructura de edades, como, por ejemplo, el proceso de envejecimiento experimentado en las poblaciones occidentales.

La importancia de la mortalidad, y su reducción secular, va más allá de su impacto en la estructura y cambios demográficos. De esta forma, no resulta exagerado señalar que se trata de uno de los factores fundamentales que ha permitido las enormes transformaciones de tipo social, político y económico de nuestra historia reciente. Basta pensar en las condiciones de

mortalidad y salud de principios del siglo pasado para entender que gran parte de lo que somos ahora sería imposible en un contexto similar.

En España, a principios del siglo pasado, la esperanza de vida se situaba en torno a los 35 años. La experiencia de mortalidad de las generaciones nacidas en el período 1856-1860 dista mucho de la nuestra: casi un cuarto no llegaba a cumplir su primer año de vida, y la mitad moría antes de cumplir 15 (Pérez, 2003). La muerte era, por tanto, una experiencia cotidiana que determinaba gran parte del conjunto de esferas vivenciales del individuo. Durante el siglo pasado, sin embargo, la mortalidad descendió de tal manera que la esperanza de vida pasó a ser el doble a principios del presente siglo. Las generaciones llegaron en masa no sólo a edades reproductivas, sino a edades avanzadas. Este proceso está en la base de gran parte del resto de cambios sociales ocurridos durante este periodo de la historia (Viciano, 2003).

Gráfico 1. Evolución de la esperanza de vida al nacer por sexo. España 1975-2018



Fuente: elaboración propia a partir de INE.

Centrándonos en el presente, la evolución de la mortalidad durante las últimas décadas en el caso del Estado español también ha sido positiva. Así, en el periodo de 1975 a 2018, la esperanza de vida ha aumentado 10 años en el caso de los hombres y 9,5 en el de las mujeres, aumento que durante la última década fue de 2,3 años en ellos y 1,6 en ellas. La mortalidad se ha reducido en todas las edades, y si bien las primeras edades de la vida fueron las protagonistas principales del inicio del aumento secular de la esperanza de vida, desde finales del siglo pasado son las edades avanzadas las que muestran una mayor reducción. Como resultado, la mortalidad ajustada por edad se ha reducido un 45,6% en el periodo de 1981 a 2016. Además, la mortalidad se concentra ahora principalmente en enfermedades crónicas, englobando el cáncer, las enfermedades cerebrovasculares y las enfermedades crónicas de las vías respiratorias inferiores casi la mitad del total de defunciones (Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, 2019).

En este contexto de baja mortalidad, y en el que las causas principales de muerte las constituyen las enfermedades crónicas, los retos que la mortalidad plantea a la población española son varios.

En primer lugar, el más básico de ellos tiene que ver con la capacidad para mantener un ritmo de incremento de la esperanza de vida similar al descrito para las décadas anteriores, o incluso con la propia capacidad para conseguir que ésta siga aumentando. ¿Se mantendrá en los próximos años un crecimiento de la esperanza de vida similar al de las décadas pasadas?

Según las proyecciones de población llevadas a cabo por el Instituto Nacional de Estadística (INE), la esperanza de vida seguirá aumentando durante las próximas décadas, si bien su crecimiento se ralentizará. Así, se pasará de un aumento de la esperanza de vida durante la década de los 2020 superior al año y medio en hombres y al año en mujeres, a un aumento de menos de un año en ambos sexos durante la década de los 2050. Sin embargo, a pesar de ser un primer acercamiento, las proyecciones demográficas sólo reflejan tendencias proyectadas desde la situación actual y su validez para proyectar tendencias durante décadas es cuando menos cuestionable. Esto es así porque, aunque las proyecciones en demografía tienen una dilatada historia y desarrollo metodológico, resulta extremadamente complejo establecer cuáles van a ser las dinámicas demográficas generales en las próximas décadas, y en particular las relativas a la mortalidad.

Tabla 1. Evolución futura de la esperanza de vida al nacer según sexo en base a las proyecciones realizadas por el Instituto Nacional de Estadística. España 2018-2058

	2018	2028	2038	2048	2058
Hombres	80,4	82,2	83,6	84,8	85,7
Mujeres	85,8	87,1	88,3	89,2	90,1

Fuente: elaboración propia a partir de INE.

Entonces, ¿tiene sentido preocuparnos por una posible ralentización del aumento de la esperanza de vida? Desde 2017, existe una cierta preocupación entre las personas investigadoras en mortalidad por la evolución reciente de la esperanza de vida. Diferentes estudios han descrito para varios países de baja mortalidad un proceso de ralentización en el descenso de la mortalidad desde 2011-2012, especialmente en países como Inglaterra, Gales, EE. UU. o Irlanda (Ho y Hendi, 2018; ONS, 2018; Raleigh 2019). Es más,

la mortalidad puede incluso estar aumentando en las edades mayores, y especialmente en mujeres para el caso de Inglaterra y Gales (Hiam *et al*, 2018).

Las razones atribuidas a este proceso son varias, y no existe un consenso claro al respecto. Si bien, aunque incluso algunos autores afirman que puede tratarse de un artefacto estadístico (Milne, 2017), la mayor parte señala a los efectos de la crisis, y especialmente las políticas de austeridad, como la causa

de este cambio de tendencia (Hiam *et al*, 2018). Lo que parece claro es que estamos ante un fenómeno relacionado con las condiciones sociales y sanitarias, y no a que las poblaciones estén alcanzando el límite natural de la esperanza de vida, ya que la esperanza de vida sigue creciendo en países de alta esperanza de vida, como Japón (Lenart y Vaupel, 2017). Esto es especialmente importante, ya que muestra que este proceso de ralentización es reversible. Ello hace necesario el análisis de las tendencias en mortalidad de cada población, el análisis de los factores que puedan estar detrás de esta evolución y derivar la acción política que permita que la esperanza de vida siga aumentando en aquellas poblaciones en las que se está produciendo este proceso de ralentización e incluso aumento de la mortalidad.

En el caso español, los estudios que analizan este fenómeno son todavía escasos, y los que han analizado el posible impacto de la crisis sobre la mortalidad no han tenido resultados concluyentes, en buena parte porque todavía no tenían la perspectiva histórica suficiente como para poder obtener conclusiones sólidas y relevantes (Bacigalupe *et al*, 2016). Recientemente, se ha publicado un estudio que analiza la tendencia en la mortalidad española en un periodo relativamente capaz de captar esa posible tendencia (1981-2016). Los resultados de este estudio muestran que también en el caso español la tendencia positiva de la mortalidad ha sufrido una ralentización durante la década de 2010. Esta tendencia ocurrió principalmente en hombres jóvenes, en los que las causas externas fueron las que más contribuyeron al cambio de tendencia, y en hombres y mujeres de 60-79 años, grupos en los que las causas que más contribuyeron fueron las enfermedades del sistema circulatorio y respiratorio. Los autores asocian este cambio en la tendencia con la crisis económica (Márquez-Calderón *et al.*, 2019).

El segundo de los retos tiene que ver con la evolución de la salud, más allá de la mortalidad. Tradicionalmente, la descripción de la evolución de la mortalidad se consideraba un buen indicador de la evolución de la salud y el bienestar de la población. Así, un aumento de la esperanza de vida era interpretado directamente como una mejora de la salud de esa población. Sin embargo, el cambio epidemiológico experimentado en el proceso de transición demográfica ha conllevado el aumento de la importancia de las enfermedades crónicas, que tienen un impacto sobre la salud poblacional que va mucho más allá de la mortalidad.

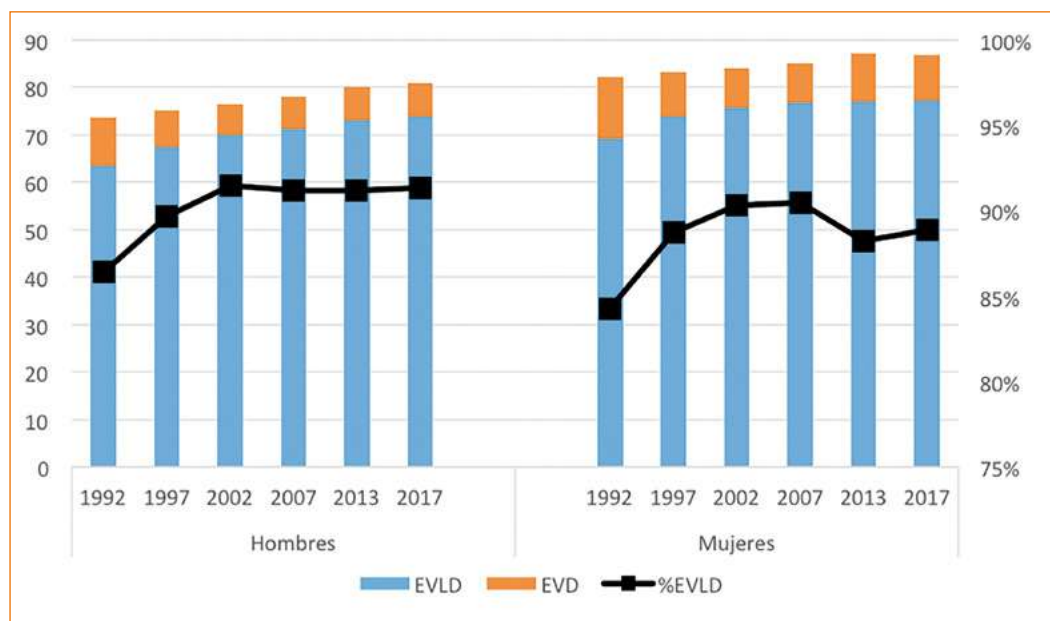
En este contexto, el aumento de la esperanza de vida ocurrido en las últimas décadas ha provocado que el interés no se centre sólo en el aumento de los años de vida, sino en saber si tal aumento en los años de vida está siendo a costa de años en buena salud o, por el contrario, se está produciendo a costa de un aumento de la morbilidad y la mala salud.

La evidencia internacional no es concluyente al respecto, y la pregunta en torno a cuál está siendo la evolución de la salud poblacional en el contexto de reducción de la mortalidad continúa sin respuesta. En este sentido, se han propuesto tres posibles escenarios. El primero de estos escenarios, llamado «hipótesis de compresión de la morbilidad» (Fries, 1980), señala que el descenso de la mortalidad está produciéndose acompañada de un retraso también de la edad en la que se produce la mala salud. De esta forma, el número de años en los que se vive con una discapacidad o en mala salud se comprime o concentra. El segundo de los escenarios, denominado «hipótesis de expansión de la morbilidad» (Gruenberg, 1977), señala, sin embargo, que la reducción de la mortalidad ha sido a costa del aumento de una expansión de la morbilidad y el aumento del tiempo que se vive en mala salud. Por último, se ha propuesto un escenario intermedio, que se ha denominado «equilibrio dinámico» (Manton, 1982), que sostiene que, mientras que la reducción de la mortalidad está viniendo acompañada de un aumento de los años con morbilidad, los años en discapacidad severa se mantienen relativamente estables.

La determinación de cuál de estos escenarios es el que mejor se ajusta a la evolución futura de la población española es quizá una de las preguntas de mayor importancia social de nuestra época. Gran parte de los retos atribuidos al envejecimiento, como el aumento de la morbilidad o la necesidad de cuidados e incremento del gasto sanitario, dependen del escenario al que se ajuste la evolución de la salud poblacional (Martín, 2019). Así, por ejemplo, el hecho de que una población se ajuste a uno u otro escenario puede suponer que el aumento del gasto sanitario sea hasta 4 veces mayor (Blanco-Moreno *et al.*, 2013).

El siguiente gráfico permite analizar este proceso con suficiente perspectiva temporal para el caso del País Vasco. En él se recoge la evolución de la esperanza de vida y la esperanza de vida en buena y mala salud para el periodo de 1992 a 2017. Tanto en hombres como en mujeres, el aumento de la esperanza de vida ha venido acompañado de un mayor aumento en los

Gráfico 2. Evolución de la esperanza de vida (total barra), la esperanza de vida libre de discapacidad (azul), esperanza de vida con discapacidad (naranja) y porcentaje de vida que se vive con discapacidad (negro, eje derecho) por sexo. Euskadi 1992-2017



Fuente: Martín, 2019.

años en buena salud y, por consiguiente, de una reducción del tiempo que se vive en mala salud. Esta compresión de la morbilidad descrita para el total del periodo parece empeorar en la segunda parte del mismo, sobre todo en el caso de las mujeres.

En tercer lugar, el último reto al que la población española se enfrenta en términos de mortalidad es conseguir reducir las desigualdades sociales que se producen en la misma. Al igual que en el resto de poblaciones, en el caso español existen importantes diferencias en mortalidad según el grupo social al que la persona pertenezca. Así, nuestro nivel de estudios, lugar de residencia, clase social o ser hombre o mujer, determinan la cantidad de años que esperamos vivir y la calidad con la que lo haremos.

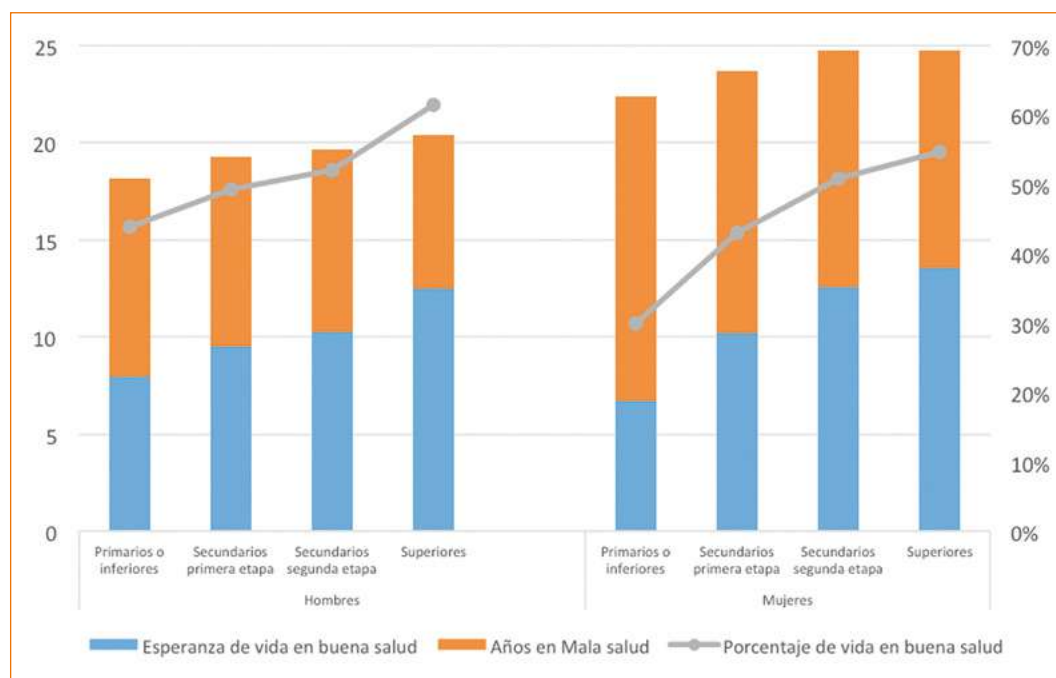
Diferentes estudios han mostrado la importancia de estas desigualdades en mortalidad según diferentes ejes. Por ejemplo, se ha mostrado que el barrio en el que vives puede hacer variar la esperanza de vida en hasta 10 años, patrón que se produce en todas las ciudades del Estado en las que se ha analizado. Asimismo, se ha mostrado el impacto de variables como el nivel de estudios. Así, el siguiente gráfico, muestra la esperanza de vida total y en buena salud a los 65 años de edad. Un hombre de estudios primarios o inferiores a tal edad espera vivir 18,2 años en total, 8,0 en buena salud y 10,2 en mala salud. A medida que el nivel de estudios aumenta, lo hace también la

esperanza de vida, de forma que un hombre con estudios universitarios a esa misma edad espera vivir 20,4 años (2,2 años más), de los cuales 12,5 en buena salud (4,6 años más) y 7,9 años en mala salud (2,3 años menos). En el caso de las mujeres, las diferencias también son evidentes, de forma que las universitarias, respecto a las de estudios primarios o inferiores, esperan vivir más años (2,3), esperan vivir todavía más años en buena salud (6,8) y menos tiempo en mala salud (4,5).

Mención especial merecen las desigualdades de género en la mortalidad y en la salud. En el conjunto del Estado, los hombres tienen una esperanza de vida 5 años y medio menor (García y Grande, 2018), diferencia que se explica en su mayor parte por las formas de vida de las mujeres en un sistema patriarcal, ya que sólo en torno a 2 años de las diferencias pueden ser atribuidas a diferencias biológicas. Sin embargo, el estado de salud de las mujeres es peor que el de los hombres en todas las edades.

La reducción de las desigualdades en la mortalidad y la salud es un gran reto para la política social y de salud. El impacto que las desigualdades tienen en la mortalidad es enorme y supera incluso el de otros factores de riesgo clásicos, como el tabaco. De esta forma, se ha mostrado cómo, por ejemplo, en Euskadi la eliminación de las desigualdades en la mortalidad podría reducir el 20% del total de las muertes ocurridas. ■

Gráfico 3. Esperanza de vida (total barra), esperanza de vida en buena salud (azul) y esperanza de vida en mala salud (naranja) y porcentaje de vida que se vive en buena salud (gris, eje derecho) a los 65 años de edad por nivel de estudios en hombres y mujeres. España 2011



Fuente: elaboración propia a partir de Martín *et al.*, 2019.

Bibliografía

- Bacigalupe, A., Shahidi C., Muntaner C., Martín U., Borrelle C. (2016), «[Why is there so much controversy regarding the population health impact of the great recession? Reflections on three case studies](#)». *International Journal of Health Services* 46 (1), 5-35.
- Blanco-Moreno, A., Urbanos Garrido, R., Thuissard V. (2013), «Public healthcare expenditure in Spain measuring the impact of driving factors». *Health Policy*, 111(1), 34-42.
- Blanes, A. (2007), «*La mortalidad en la España del siglo xx. Análisis demográfico y territorial*». Departament de Geografia. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- European Commission, «[Directorate-General for Economic and Financial Affairs](#) (2006), The impact of ageing on public expenditure Projections for the EU-25 Member States on pensions, health-care, long-term care, education and unemployment transfers (2004-50)». *European Economy, Special Report n.º 1*.
- Fries, J. F. (1980), «Aging, natural death, and the compression of morbidity». *New England Journal of Medicine*, 303, 130-135.
- García, J. M., Grande, R. (2018), «Cambios en las diferencias por sexo en la esperanza de vida en España (1980-2012): descomposición por edad y causa». *Gaceta Sanitaria* 32(2), 151-157.
- Gruenberg, E. M. (1977), «The failures of success». *Milbank Memorial Fund Quarterly/ Health and Society*, 55, 3-24.
- Hiam, L., Harrison, D., McKee, M. *et al.* (2018), «Why is life expectancy in England and Wales «stalling»? *J Epidemiol Community Health*. 72:404-408.
- Ho, J. Y., Hendi. A. S. (2018), Recent trends in life expectancy: a salutary view. *Int J Epidemiol*, 40, 271-277.
- Lenart, A., Vaupel, J. W. (2017), Questionable evidence for a limit to human lifespan. *Nature*. 546, E14-14.

- Manton, K. G. (1982), «Changing concepts of morbidity and mortality in the elderly population». *Milbank Memorial Fund Quarterly/Health and Society*, 60, 183–244.
- Márquez-Calderón, S., PérezVelasco, L., Viciano, F., Fernández, J. C. (2019), «Tendencia de la mortalidad por edad y sexo en España (1981-2016). Cambios asociados a la crisis económica», *Gaceta Sanitaria*: <<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0213911119301116?via%3Dihub>>.
- Martín, U. (2019), «¿Acabará el envejecimiento con nuestras sociedades? Datos, ideas y discursos interesados sobre el envejecimiento». *Ekonomiaz*, 96, 80-105.
- Martín, U., Domínguez-Rodríguez, A., Bacigalupe, A. (2019), «Desigualdades sociales en población mayor: una aportación desde la salud pública al debate sobre el retraso de la edad de jubilación en España». *Gaceta Sanitaria*, 33(1), 82-84.
- Milne, E. (2017), «Mortality in England-erroneous attribution of excess winter deaths to underlying trend». *J. R. Soc Med.* 110, 264-266.
- Office for National Statistics (2018), *Changing trends in mortality: an international comparison: 2011 to 2016*. ONS.
- Pérez Díaz, J. (2003), *La madurez de masas*. Madrid: Imsero.
- Raleigh V. (2019), «Trends in life expectancy in the EU and dother OCDE countries: whay are improvements slowing?». *OECD Health Working Papers* 2019.
- Viciano, F. (2003), «Mortalidad», en Arroyo, A. (coord.), *Tendencias demográficas durante el siglo xx en España*. Instituto Nacional de Estadística. Madrid.

Amparo González-Ferrer

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Desde el cambio de siglo, los movimientos migratorios se han convertido en un componente fundamental de nuestra dinámica demográfica, con importantes repercusiones para la vida económica, social y política del país. Tanto la llegada muy numerosa de extranjeros atraídos por el boom del inicio de los años 2000 como la marcha de muchos de ellos durante la grave crisis económica que se iniciara en 2008 han configurado el perfil de una gran parte de la población de origen inmigrante que reside en España en la actualidad.

Además, a los flujos de origen extranjero se les sumó también la salida de un número importante de jóvenes españoles que abandonaron España en el periodo final de la crisis, desanimados por la precariedad y falta de expectativas laborales que hacían imposible su definitiva emancipación. Y, por otra parte, los flujos de entrada procedentes de otros países nunca se extinguieron, ni en el momento álgido de la crisis. Las reagrupaciones familiares se mezclaban con migraciones de nuevo cuño que han perdurado, e incluso se han intensificado al abrigo de la recuperación.

Esta heterogeneidad, y la complejidad que resulta de ella, rara vez es transmitida por los noticieros. Desde el comienzo de la crisis, los medios de comunicación concedieron una enorme atención a las llegadas de extranjeros que se producen en patera y a las salidas de jóvenes españoles: pero desatendieron por completo tanto las llegadas de extranjeros a los aeropuertos como los flujos de retorno hacia los países de origen, incluidos los de los españoles. Todo ello ha contribuido a una imagen distorsionada sobre la dinámica migratoria española, que dificulta a menudo el debate sereno sobre un asunto sin duda complejo, en especial si se quieren discutir las políticas migratorias y sus posibles efectos sobre el proceso de integración.

Los que han venido

Tras el boom inmigratorio iniciado en el año 2000 y que supuso un crecimiento medio anual de la

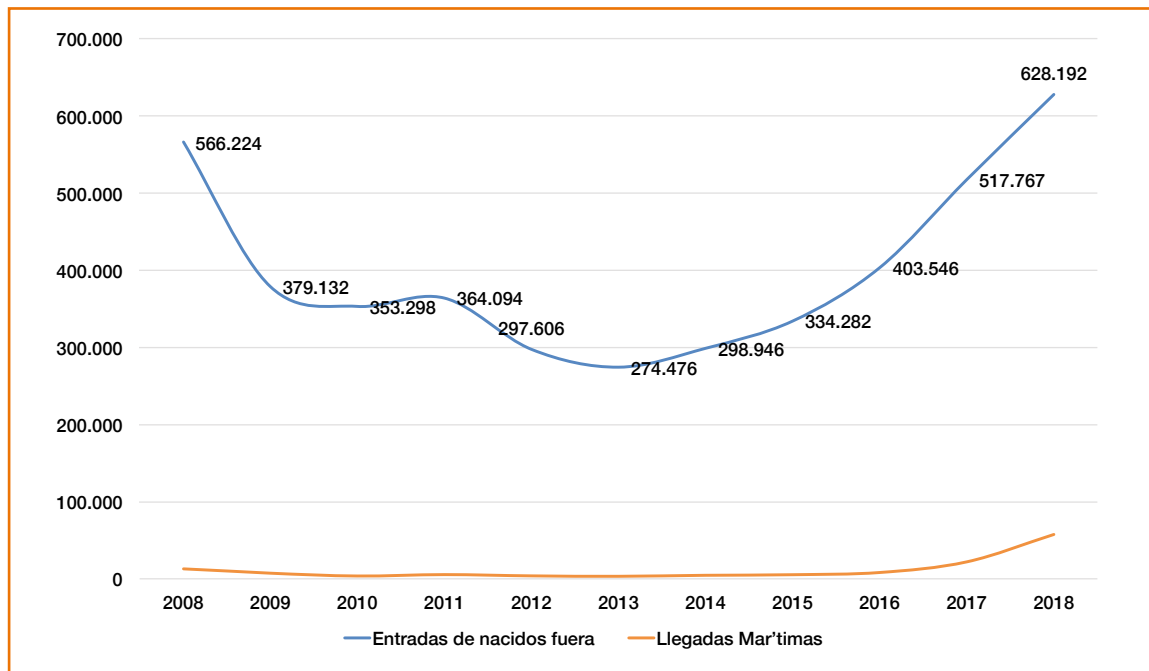
población residente de 720.000 habitantes en el período 2002-2008, las entradas de extranjeros se fueron ralentizando desde 2009. Desde las 566.000 entradas procedentes del extranjero que se registraron en el año 2008, el tamaño de los flujos de inmigración anuales se fue reduciendo hasta tocar fondo en 2013.

Sin embargo, tocar fondo nunca supuso inmigración cero. En el peor año de la crisis, 2013, se registraron 275.000 entradas procedentes del extranjero. A partir de entonces, las llegadas comenzaron a crecer de nuevo, cada año de forma más intensa, hasta 2017, cuando se produce una cierta ralentización dentro de la tendencia aún ascendente. En cualquier caso, en 2018, el último para el que disponemos de cifras, el número de entradas (628.000) superó las registradas justo diez años antes (566.000), al comienzo de la crisis.

Esta pauta se observa con claridad no sólo para el conjunto de las entradas procedentes del exterior, sino también para las llegadas marítimas. En media, durante el periodo analizado, las llegadas marítimas han supuesto tan solo un 3 por ciento del total de las entradas de personas nacidas fuera, con variaciones anuales que van desde tan sólo el 1 por ciento en 2010 a casi el 9 por ciento en 2018. Es decir, una proporción en cualquier caso muy pequeña del total de las entradas, que no se corresponde con la atención que reciben por parte de los medios de comunicación y que, a menudo, distorsiona la percepción que se tiene sobre su tamaño. De hecho, incluso si llegaron a representar un 9 por ciento del total de las entradas registradas en 2018, su repercusión sobre el tamaño de la población residente en España es mucho menor, pues muchísimas de las entradas por vía marítima resultan en devoluciones y expulsiones casi inmediatas y son, por ello, en buena parte, entradas sin apenas repercusión demográfica.¹

1. Este porcentaje volverá situarse aproximadamente en el 4 por ciento en 2019, a tenor de la reducción abrupta de llegadas marítimas de los meses pasados.

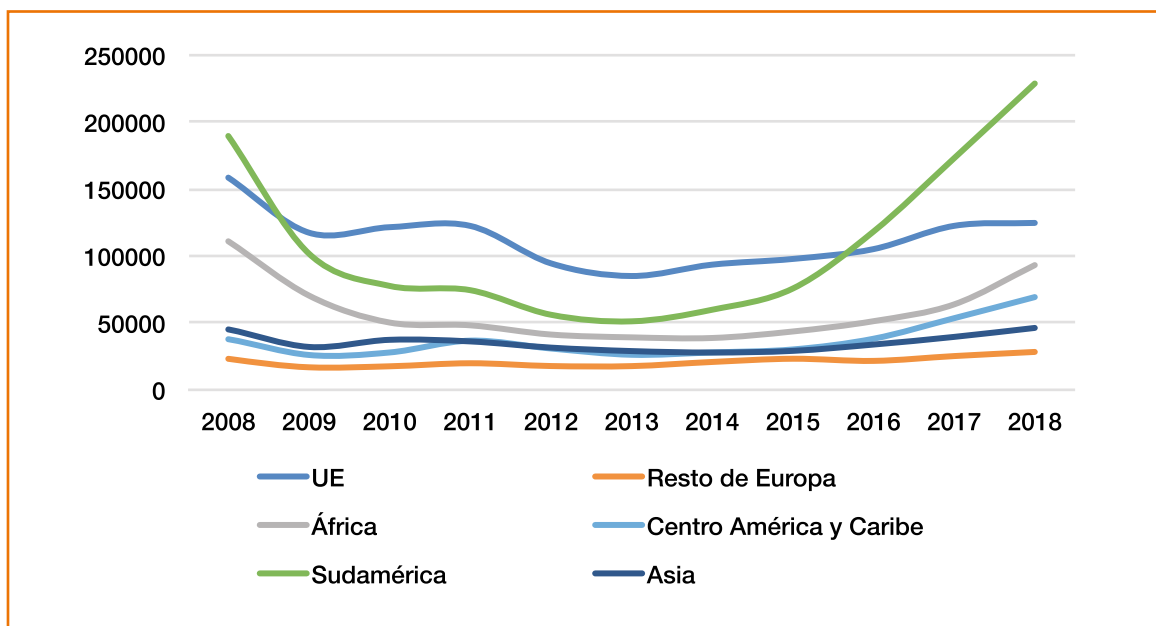
Gráfico 1. Flujo de inmigración procedente del extranjero, 2008-2018



Fuente: Estadística de Migraciones (INE) y Balance de la Inmigración Irregular (Ministerio del Interior).

Notas: se incluyen sólo las entradas de los nacidos en el extranjero.

Gráfico 2. Flujo de inmigración procedente del extranjero por lugar de nacimiento, 2008-2018



Fuente: Estadística de Migraciones (INE).

Nota: se incluyen sólo las entradas de los nacidos en el extranjero.

En otras palabras, durante la última década la inmigración a España ha atravesado dos fases claramente diferenciadas, que coinciden, grosso modo, con los cambios en el ciclo económico, recesivo hasta 2013 y de progresiva pero desigual recuperación desde entonces. Entre 2008 y 2013 cayeron especialmente las entradas procedentes de Sudamérica y de África, que

se redujeron en media un 22 y un 18 por ciento, respectivamente, en aquellos cinco años, por encima de la caída media del 14 por ciento. Las procedentes del resto de la Unión Europea cayeron un 11 por ciento, y las llegadas de centroamericanos y asiáticos, aunque también se redujeron, como todas, lo hicieron en menor medida.

En 2014, con el inicio de la recuperación, también cambió el ciclo migratorio, y las entradas comenzaron a recuperarse y crecieron, en media, un 19 por ciento en los cinco años siguientes, lo que supone una recuperación por encima de la caída del lustro anterior. Además, por orígenes, los que más habían caído en el lustro anterior -sudamericanos y africanos- fueron de los que más crecieron, un 36 y 20 por ciento, respectivamente, junto a las entradas procedentes de Centroamérica (22 por ciento). Y los europeos, tanto comunitarios como no comunitarios, los que menos (8 por ciento).

A pesar de que otros países como, por ejemplo, los Estados Unidos, logran atraer un porcentaje de migrantes cualificados superior de países de origen que también emiten flujos hacia España (González-Ferrer y Stanek, 2014; Bertoli *et al.*, 2011, 2013), nuestro país no es una excepción al patrón general de selección positiva que muestran los migrantes internacionales en términos educativos: el nivel educativo medio de los inmigrantes que recibimos es mayor que el de quienes se quedan en sus países de origen. Ahora bien, la intensidad de esa selección, incluso el signo, puede variar a lo largo del tiempo, y así ha ocurrido en España: la intensidad en la selección positiva de quienes venían a España empeoró a medida que avanzaban y se consolidaban los flujos durante el boom de los 2000, pero con llegada de la crisis dicha evolución negativa se interrumpió y hasta pareció comenzar a revertirse (Fernández Huertas-Moragas, 2014).

Queda por confirmar si dicha tendencia ha vuelto a alterarse con la intensificación de los flujos ocurrida durante la reciente recuperación económica, y también entender cómo esa selección positiva entre los que llegan se ve alterada o no por el proceso de selección de quienes se marchan.

Los que se han ido

En contra de lo que tiende a pensarse, la emigración no es siempre un viaje sólo de ida. De hecho, sabemos que los viajes de vuelta son frecuentes, y cada vez más, también para muchos de los inmigrantes que vienen de países con menor nivel de desarrollo que el nuestro. Sin embargo, los flujos de salida tienden a ser ignorados con mucha frecuencia, en parte por la mayor dificultad para recabar información certera sobre ellos.

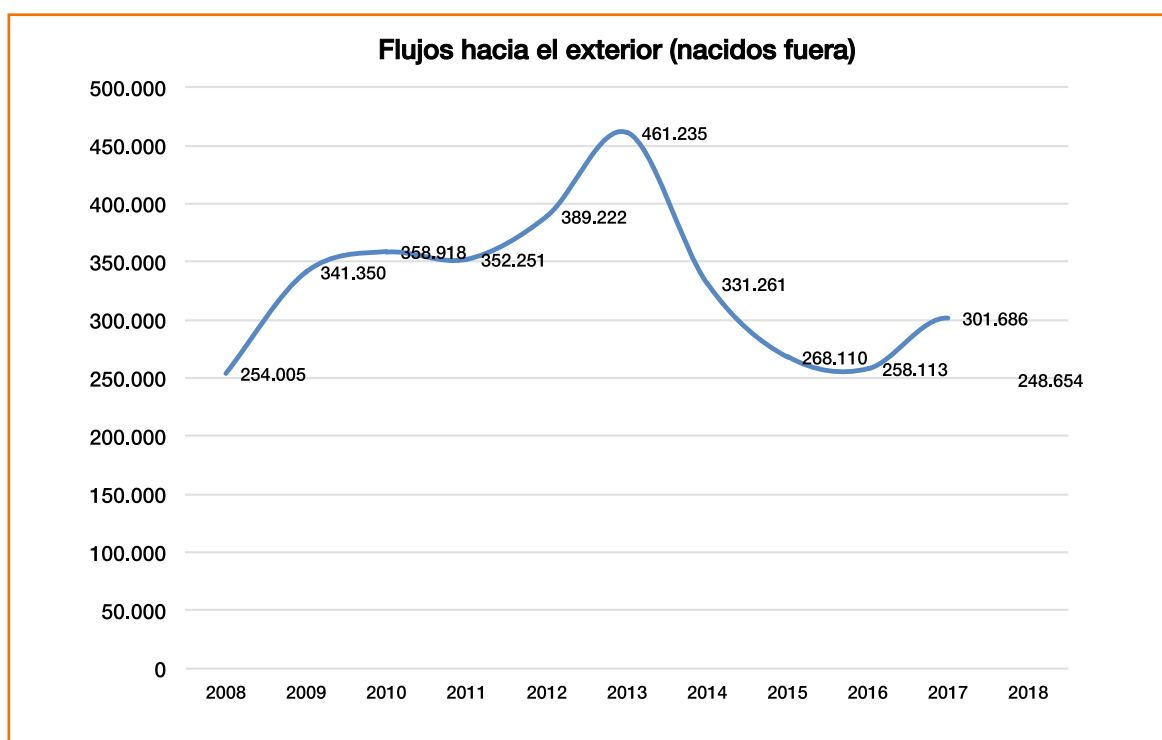
En el caso de España, es importante tener en cuenta que las salidas se registran con mayor retraso que las entradas, pues en la mayor parte de los casos no son comunicadas directamente por los individuos que se marchan en los días cercanos a su viaje, sino que reflejan actualizaciones del registro que la Administración realiza a posteriori, cuando tienen constancia de que la persona ya no reside en España. Por ello, con frecuencia estas cifras incorporan un decalaje importante entre la fecha de la salida real y su contabilización estadística. Dicho de otro modo, parte de las salidas registradas como ocurridas en el año 2013 podrían haberse producido en el 2012, algo que es necesario tener presente cuando se quieren hacer interpretaciones sobre las causas del retorno y la intensidad con que diferentes factores influyen sobre las decisiones individuales de marcharse.

En cualquier caso, los datos de la Estadística de Migraciones indican que las salidas de inmigrantes en la última década dibujan una tendencia exactamente inversa a la de las entradas, como era de esperar: un incremento desde las 250.000 salidas anuales en 2008 hasta casi el doble en 2013, para volver a situarnos de nuevo en las 250.000 en 2018 (ver gráfico 3). Entre 2008 y 2013 las salidas de inmigrantes aumentaron, en media, un 14 por ciento, mientras que entre 2013 y 2018 dichas salidas se redujeron un 9 por ciento. Por colectivos, las salidas que experimentaron mayor crecimiento durante la crisis fueron las de centroamericanos, asiáticos y comunitarios. Curiosamente, los datos sugieren que durante los años de la recuperación, los europeos comunitarios han seguido abandonando España en mayor medida que el resto de grupos, especialmente en el caso de los británicos, pero también de los escandinavos; mientras que los sudamericanos son los que más han aminorado su marcha.

Hasta aquí lo que nos cuentan los registros y los datos agregados, pero ¿qué sabemos de las características de quien retorna después de un tiempo entre nosotros y de quien decide quedarse?; ¿conseguimos que se queden los que tienen mayor nivel de instrucción y, por tanto, en principio mayores opciones de progresión laboral e integración?; ¿o los espanta nuestro mercado laboral y regresan en cuanto logran ahorrar algo o encuentran un destino mejor que nuestro país?

Por primera vez, y gracias a la colaboración del INE fusionando la información de la Encuesta Nacional de Inmigrantes, realizada entre la población inmigrante en edad laboral que residía en 2007 en España, con la

Gráfico 3. Flujos de emigración con destino al extranjero, 2008-2018



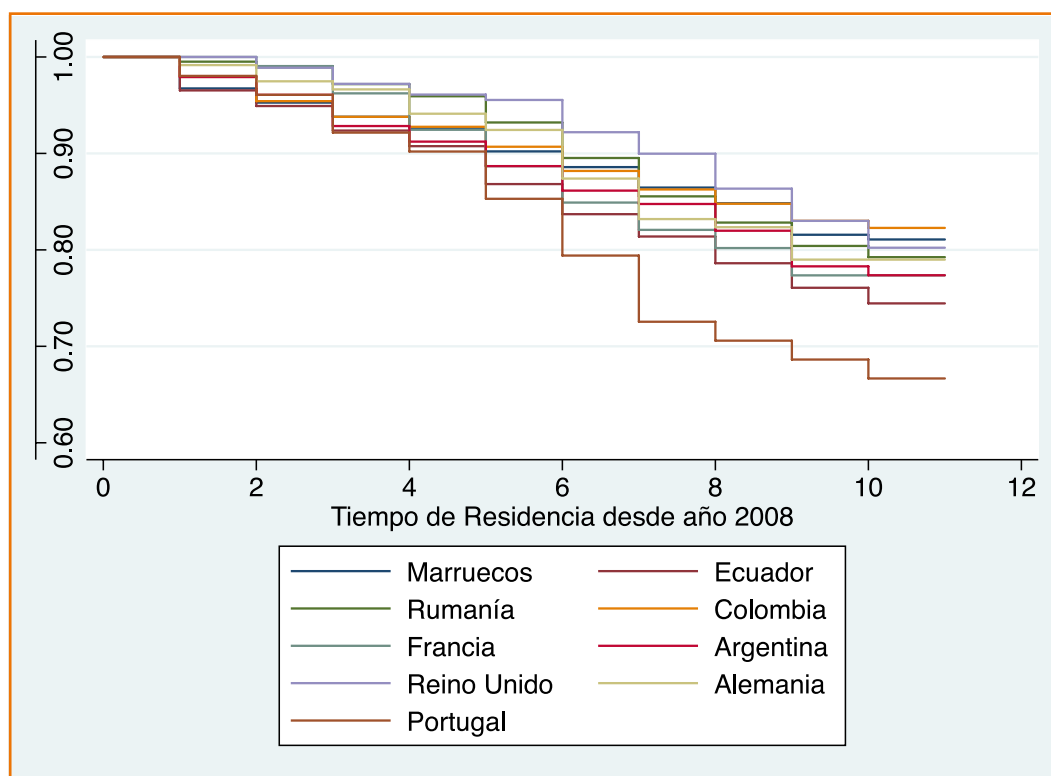
Fuente: Estadística de Migraciones (INE)

Nota: se incluyen sólo los nacidos en el extranjero.

información de salidas disponible en la Estadística de Migraciones, podemos examinar muchos aspectos de ese proceso de selección que opera en la decisión de retornar. Los datos indican que aproximadamente una cuarta parte de los que llegaron entre 2000 y 2007, y no lo habían hecho aún, se han marchado en la década pasada (2008-2018). Por orígenes, y atendiendo sólo a los grupos nacionales de mayor tamaño, los portugueses, seguidos de los ecuatorianos, son los que más retornaron, con un 35 y un 28 por ciento, respectivamente, y en torno al 25 por ciento de rumanos y alemanes. Aunque resulta difícil comparar con otros contextos, por la escasez de información sobre las tasas de retorno en general, parecen proporciones razonables, si tenemos en cuenta que la OCDE (2008) estimaba que entre un 20 y un 50 por ciento de los migrantes cualificados (los más móviles, en principio) se marchan del país de la OCDE donde residen en los cinco años posteriores a su llegada. De los colectivos mayores, colombianos y marroquíes son los que revelan menores tasas de retorno en la década considerada.

Y lo que es más relevante, los resultados de un análisis más pormenorizado no muestran diferencias en la propensión de los inmigrantes a marcharse de España en función de su nivel educativo, lo que indica que no logramos seleccionar a los más educados cuando vienen, pero tampoco los perdemos en mayor proporción que al resto. En cambio, las mujeres sí que son menos proclives a marcharse que los hombres, igual para los que han trabajado alguna vez en España frente a los que siempre han estado fuera del mercado de trabajo o los que experimentaron algún periodo de irregularidad antes de que se iniciase la crisis. Dicho de otro modo, parece que se marchan los que tienen una posición más precaria desde el punto de vista legal y/o laboral. Pero se trata aún de resultados parciales, que deberían incorporar algún indicador sobre la situación en los respectivos países de origen a los que en principio vuelven la mayoría de los que se marchan, y que pueden condicionar bastante el significado de las circunstancias que se viven en España (González-Ferrer y Cebolla Boado, 2018).

Gráfico 4. Proporción de inmigrantes de la cohorte de llegada 2000-2007 que se han marchado de España en el periodo 2008-2018



Fuente: elaboración propia.

Los que aún viven entre nosotros

En conjunto, esta dinámica en los flujos de entrada y de salida ha resultado en un ligero crecimiento de la población de origen inmigrante que reside actualmente en nuestro país, de los 6.044.000 de 2008 (13 por ciento) a los 6.742.948 de 2019 (14,3 por ciento). Es decir, unas 700.000 personas más, a pesar de la crisis, que no sólo redujo de forma abrupta las llegadas, como hemos visto, sino que también incrementó la salida de muchos de los que se habían establecido en España durante el boom.

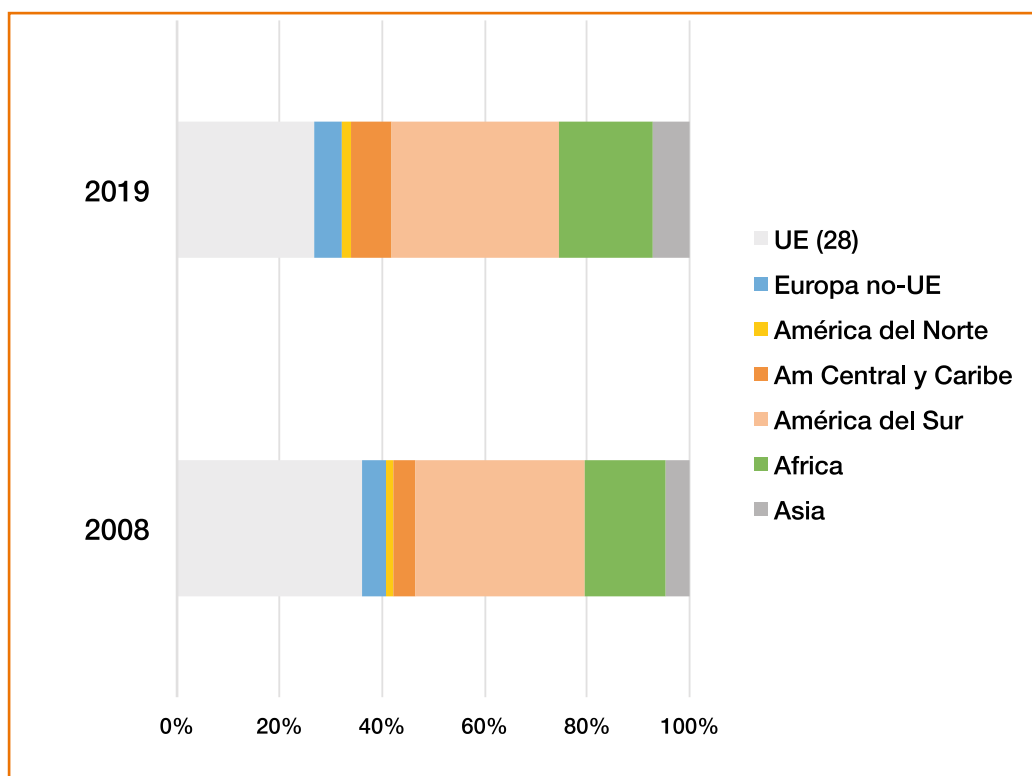
Más allá de este ligero crecimiento, lo que más ha variado ha sido el perfil. La diferente intensidad de crecimiento y caída en las entradas y salidas por origen ha provocado una perceptible reducción del peso relativo de los europeos comunitarios, que pasan de representar más del 36 por ciento a menos del 27 por ciento, con caídas muy marcadas de británicos y rumanos, y algo menos de alemanes y portugueses. Sólo los procedentes de Italia crecen de forma significativa. El peso perdido por los europeos comunitarios lo ganan, en gran medida, los latinoamericanos, que suman ya el 41 por ciento del total, con creciente importancia de colombianos, venezolanos

y centroamericanos, y pérdida de protagonismo de ecuatorianos y argentinos.

Los africanos también han aumentado su peso en términos relativos, pasando de representar casi el 16 por ciento en 2008 al 18 por ciento en 2019, debido fundamentalmente al crecimiento de los marroquíes, y no de los subsaharianos, que, en conjunto, suman apenas 200.000, encabezados por los procedentes de Senegal (75.000). La población asiática se ha duplicado, siendo la que más crece por detrás de los centroamericanos en el periodo transcurrido desde 2008. Sin embargo, en términos globales su tamaño sigue siendo relativamente menor en el conjunto de la población inmigrante residente en España en la actualidad: apenas medio millón de efectivos, entre los que predominan de forma muy clara los originarios de China, Pakistán, India y Filipinas.

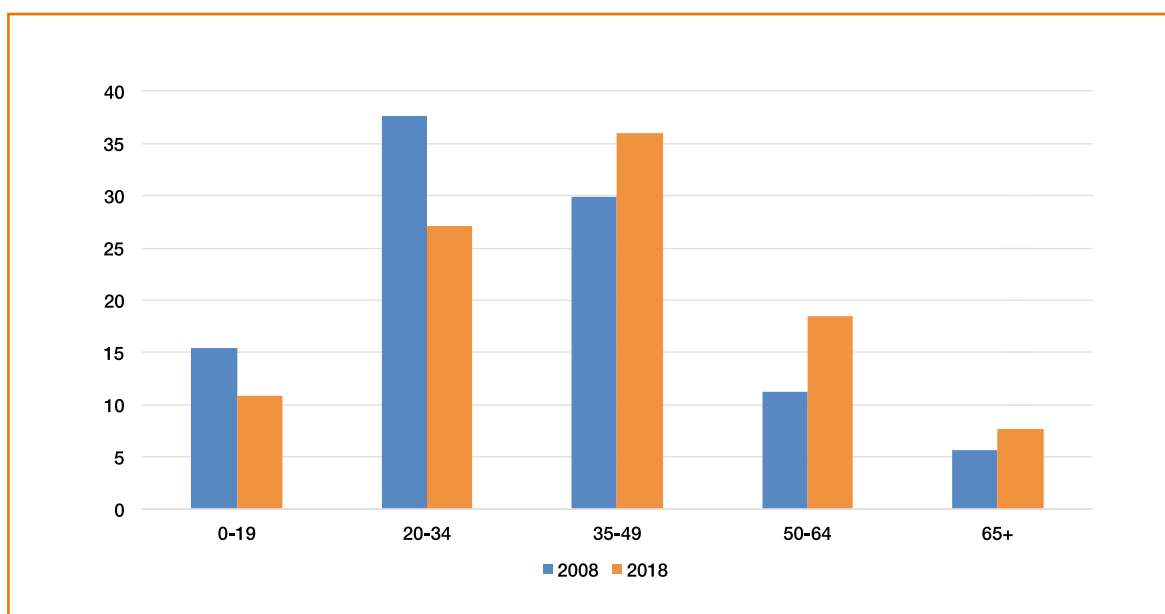
En cuanto a la composición por edad y sexo, en la década transcurrida hemos pasado de una población inmigrante ligeramente masculinizada (92 mujeres por cada 100 hombres en 2008) a otra ligeramente feminizada (107 mujeres por cada 100 hombres en 2019), lo que responde en parte al crecimiento de los colectivos procedentes de Centroamérica y la Europa

Gráfico 5. Peso relativo de cada grupo de origen sobre el total de población nacida fuera y residente en España en 2008 y 2019



Fuente: Padrón Municipal (INE)

Gráfico 6. Composición por edad de la población nacida en el extranjero residente en España, 2008-2018 (porcentaje sobre el total)



Fuente: Padrón Municipal (INE)

no comunitaria, con fuerte predominio femenino, pero también al avance del proceso de reagrupación familiar y a la mayor incidencia del retorno entre los hombres, especialmente de aquéllos que aún no habían formado o reagrupado a sus familias en España cuando el desempleo azotó los sectores más masculinizados, como la construcción.

Y razones similares son las que explican también el envejecimiento de la población inmigrante en nuestro país. Los inmigrantes menores de 20 años hace una década representaban el 15 por ciento de la población nacida fuera, y hoy sólo el 11 por ciento, pero la caída más significativa se da en la población joven de entre 20 y 34 años, que ha pasado del 38 al 27 por ciento del total, a la vez que los de 35 a 49 crecen 6 puntos, los de 50 a 65 aumentan 7 y los mayores de 65 crecen 2.

Ahora bien, este envejecimiento va acompañado de un incremento medio del tiempo de residencia en España y de una estabilización de la situación documental de muchos de ellos, que culmina a menudo en la adquisición de la nacionalidad española, todo lo cual debería redundar en mejor integración laboral y sociopolítica de los que se quedan entre nosotros. De hecho, entre 2008 y 2012, coincidiendo con lo peor de la crisis, la tasa de irregularidad se redujo de forma sustancial, a la vez que el porcentaje de extranjeros que poseían autorización de residencia permanente (que se consigue sólo tras cinco años continuados de residencia legal en España) de entre todos los sometidos al régimen de extranjería pasó del 36 al 68 por ciento del total, y en la actualidad asciende ya al 83 por ciento (González-Ferrer y Cebolla Boado, 2018). Por otra parte, en la actualidad el 33 por ciento de toda la población nacida fuera tiene hoy la nacionalidad española, el triple que hace diez años. Se trata de dos millones largos de personas, que muy probablemente permanecerán en España de forma estable o intermitente por el resto de su vida e intensificarán sin duda la diversidad de nuestra población a través de sus familias presentes y futuras.

En 2011, el último Censo de Población, que permitió por primera vez identificar con precisión a los descendientes de la inmigración, indicaba que la llamada segunda generación (personas nacidas aquí de padre y madre inmigrantes) sumaba en torno a las 800.000 personas, a las que debían añadirse más de un millón de descendientes de parejas mixtas (un progenitor

nacido en España y otro fuera). El Censo de 2021 pronto nos informará de un nuevo crecimiento de este grupo, que plantea retos propios para las sociedades que los acogen más relacionados con la gestión de la diversidad y la reducción de las desigualdades que con la tradicional preocupación por la gestión de flujos (González-Ferrer y Cebolla Boado, 2018).

Reflexiones finales

En la última década España se ha consolidado como un país de inmigración cada vez más maduro, que combina el asentamiento prolongado de algunas comunidades con la llegada reciente de otras nuevas. Ahora, nuestras políticas deben diseñarse no sólo para hacer frente a la eterna cuestión de la gestión de flujos, tratando de propiciar la selección de aquéllos que más y mejor puedan contribuir al crecimiento y la cohesión social, sino también para gestionar la creciente diversidad interna de nuestra población, que se ha extendido de los centros de trabajo a las escuelas.

Las cifras mostradas en este artículo sugieren importantes diferencias en la dinámica migratoria de distintos grupos de origen, dinámicas que además no parecen responder a un único factor y plantean, pues, la dificultad de diseñar políticas de selección flexibles, que maximicen las oportunidades que resultan de dicha heterogeneidad. En primer lugar, en los procesos que determinan cuántos y qué tipo de migrantes recibimos en España, los factores de expulsión y las políticas migratorias de otros países que son destinos alternativos para los migrantes suelen tener una relevancia igual o incluso mayor que nuestras propias políticas migratorias. En segundo lugar, lo que funciona para otros países no tiene por qué funcionar para el nuestro o, quizás, no queremos competir por el mismo tipo de migrantes. Como ha demostrado un reciente trabajo de Cebolla y Miyar (2019), entre los migrantes con estudios superiores que vienen a Europa, los migrantes de corto plazo o temporales valoran de modo muy diferente elementos clave de nuestras sociedades, como son el nivel de los impuestos o los servicios públicos de bienestar, frente a los migrantes cualificados que prolongan su estancia en sus países de destino. Por último, lo fundamental a medio plazo no es tanto quiénes están viniendo, sino cómo se integran quienes ya están aquí, pues ello determinará quién se acaba quedando, qué redes

migratorias se consolidan y qué señales mandamos como país receptor a potenciales migrantes que consideran en sus decisiones migratorias la opción entre diferentes destinos.

Dicho de otra manera, tendemos a pensar que las políticas de control de flujos, su diseño y su mayor grado de éxito o fracaso son el factor determinante en la configuración de dicho perfil. Sin embargo, la realidad dista de ser tan sencilla; estas políticas son sólo uno de los muchos elementos que inciden en los intensos y complejos procesos de selección que conforman el tamaño y composición de los flujos migratorios internacionales con destino a España. En un mercado migratorio internacional cada vez más competitivo y convulso, las condiciones de vida en el interior del país y las políticas que las configuran, tanto para migrantes como autóctonos, es muy posible que acaben resultando mucho más determinantes en el proceso de integración y en la contribución de la inmigración a nuestro país que la política de visados. ■

Referencias

- Simone Bertoli, Jesús Fernández-Huertas Moraga y Francesc Ortega (2011). Immigration Policies and the Ecuadorian Exodus, *World Bank Economic Review*, 2011, vol. 25 (1): 1, 57-76
- Simone Bertoli, Jesús Fernández-Huertas Moraga y Francesc Ortega (2013). Crossing the border: Self-selection, earnings and individual migration decisions, *Journal of Development Economics*, vol. 10: 75-91. <<https://doi.org/10.1016/j.jdeveco.2012.09.004>>
- Héctor Cebolla Boado y Amparo González-Ferrer (2013). *Inmigración. ¿Integración sin modelo?* Madrid: Alianza Editorial.
- Héctor Cebolla-Boado y María Miyar (2019). Are They Deterred by Welfare? Digging into the Drivers of Highly Skilled Temporary and Long-term Migrants in Europe, *International Migration*. <<https://doi.org/10.1111/imig.12631>>.
- Jesús Fernández-Huertas Moraga (2014). Immigrant Selection over the Business Cycle: the Spanish Boom and the Grand Recession, *Cuadernos económicos de ICE*, 2014.
- Amparo González-Ferrer y Mikolaj Stanek (2014). Cualificación de los inmigrantes sudamericanos en España y EE. UU.. Ciclo migratorio, mercados de trabajo y políticas de selección. Camino real: estudios de las hispanidades norteamericanas 9: 57-75.
- Amparo González-Ferrer y Héctor Cebolla Boado (2018). Los hijos de la inmigración en España: valores, aspiraciones y resultados. In Agustín Blanco, Antonio Chueca, Antonio López-Ruiz, and Sebastián Mora. Informe España 2018. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, Cátedra J. M. Martín Patino. <<https://goo.gl/EaaNuE>>.

Joaquín Planelles Romero

Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía

Es muy difícil hacer predicciones... sobre todo del futuro.
(Yogi Berra).

Las actividades prospectivas son característicamente humanas. Ante un fenómeno que se desarrolla en el tiempo y cuyo resultado es incierto, las personas tendemos a hacer una representación del espacio de posibles estados futuros (situaciones/resultados), asignando a cada uno de ellos una valoración de su plausibilidad.

Errar en los ejercicios prospectivos es también característicamente humano. Y ello por varios motivos. Uno es el denominado «sesgo de negatividad». Las personas tendemos a centrarnos en los resultados desfavorables del fenómeno en cuestión, a los que atribuimos erróneamente una mayor «probabilidad» de ocurrencia. Está grabado en nuestra psicología, parece que sobre todo en la muy humana corteza cerebral, aquello de «hombre precavido vale por dos». Nuestras representaciones del futuro tienden a ser distópicas. Nuestra percepción de las representaciones ajenas, también.

En el ámbito de las proyecciones demográficas no faltan los ejemplos, con frecuencia alertando de riesgos contradictorios entre sí. Nuestra preocupación por el excesivo tamaño de la población mundial, que presiona sobre los recursos del planeta, convive en aparente armonía con nuestra preocupación por la baja natalidad, que pone en riesgo los sistemas de protección social.

Un segundo motivo para errar en nuestras representaciones del futuro tiene que ver con los modelos que utilizamos. Los modelos son representaciones simplificadas de la realidad, que ignoran en gran medida el complejo sistema de «checks and balances» que verdaderamente genera los datos. Las sociedades son más adaptativas que los modelos.

Como ejemplo, el propio ámbito de la proyección demográfica. En él se han desarrollado herramientas matemáticas que describen la dinámica poblacional y que reciben el nombre de *modelos de proyección*. El más ampliamente utilizado es el «método de los componentes», que ajusta expresiones matemáticas a

la evolución de los distintos fenómenos (componentes) que alteran el volumen de población: fecundidad, mortalidad y movilidad. Hay un consenso bastante extendido, que comparto, de que esta forma de proceder es mucho mejor que ajustar un modelo al propio devenir de la población. No obstante, al proyectar cada uno de los componentes, se extrapolan tendencias pasadas o se imponen valores normativos en base a opiniones de expertos, en vez de hacerse explícitos los mecanismos causales subyacentes.

Veamos la problemática con el caso de la mortalidad. La regularidad histórica muestra que la esperanza de vida al nacer viene creciendo desde hace décadas a un ritmo más o menos estable de 0,2 años adicionales cada año que pasa. A ese ritmo, la esperanza de vida crece un año por lustro o, visto de otro modo, los hijos viven de media 5 ó 6 años más que sus padres. Identificada esta regularidad, se procede a extrapolar hacia el futuro la continuidad del fenómeno, obteniendo la proyección de la mortalidad.¹

Sin embargo, una extrapolación mecánica hacia el futuro de la expansión observada en la duración media de la vida ignora los aspectos institucionales y de agencia que explican por qué las vidas son, de media, cada vez más largas: sistemas de protección social y de protección de la salud, legislación ambiental, desarrollo de fármacos, hábitos alimenticios, etc.

Extrapolar la evolución de la mortalidad hacia el futuro sin tener en cuenta estos factores nos lleva a cometer errores, en varias direcciones. En primer lugar, porque uno de los intereses al proyectar la población es evaluar la sostenibilidad de los propios sistemas de pensiones o de protección de la salud. Tomar una parte del sistema como dada para llegar a conclusiones sobre la otra, cuando ambas se están determinando mutuamente,

1. En ocasiones, se utiliza una extrapolación lineal, que continuaría a lo largo del horizonte proyectivo con el consabido ritmo de expansión de un año extra cada nuevo lustro. También es frecuente que se proyecte un ritmo de expansión progresivamente más lento, conforme nos vayamos aproximando a los límites biológicos de la duración de la vida (cosa en sí misma muy controvertida).

es sencillamente erróneo. En segundo lugar, porque las consecuencias sobre el sistema productivo de la reducción de la mortalidad van mucho más allá que saber cuántos mayores habrá en el futuro. Tanto, que me atrevo a decir que las mejoras en supervivencia «vienen con el pan debajo del brazo». Por ejemplo, cuando la vida es más larga, la gente invierte más en su formación, lo que lleva a mejoras de productividad. O, por ejemplo, cuando la vida es más larga, son en gran medida los propios jubilados los que asumen el papel de cuidadores en las familias (de niños o de otros mayores dependientes), facilitando que otros colectivos se «liberen» de estas tareas y puedan ofertar su tiempo en el mercado de trabajo. Concluyendo, la caída de la mortalidad permite expandir la capacidad productiva.

Lo hemos ejemplificado con la mortalidad, pero los vínculos entre producción económica y la decisión de tener hijos (fecundidad) o de cambiar de residencia (movilidad) son igualmente intensos. No podemos limitar el problema a expandir de forma más o menos mecánica el número medio de hijos por mujer o el indicador sintético de migración. Las sociedades son mucho más resilientes que los modelos que las representan.

Un último comentario a modo de resumen. Debemos ser rigurosos en la producción y en la interpretación de los ejercicios prospectivos. Debemos superar esa inclinación natural que nos atrae, como a polillas la luz, hacia los peores vaticinios (sesgo de negatividad). Y esto implica por un lado a los productores de proyecciones demográficas, que deben ser conscientes de la complejidad de los sistemas sociales. Es necesario explicitar las interdependencias entre producción, reproducción y marco institucional.

Pero también hay que exigir responsabilidad a los usuarios de los datos. En el campo de las proyecciones demográficas se produce un hecho chocante: los demógrafos son, por lo general, los más «optimistas» respecto a las consecuencias futuras de las llamadas primera y segunda transiciones demográficas. De hecho, sería de lo más conveniente que se hiciera una encuesta al respecto. Los presagios más alarmistas y más extendidos respecto al devenir demográfico y sus consecuencias provienen curiosamente de otros campos, como la economía. Y esto coloca al público (o a sus representantes) en una posición crucial. No parece lógico que las personas que más saben de dinámicas demográficas se queden sin voz en los debates. De alguna forma, los demógrafos son una versión moderna de Casandra, a la que se le concedió el don de conocer el futuro, pero a la vez fue condenada a ser ignorada

por sus semejantes. Los demógrafos parecen condenados a que nadie se moleste en escucharlos demasiado.

En el umbral de Jano. Pasado, presente y futuro de la población mundial

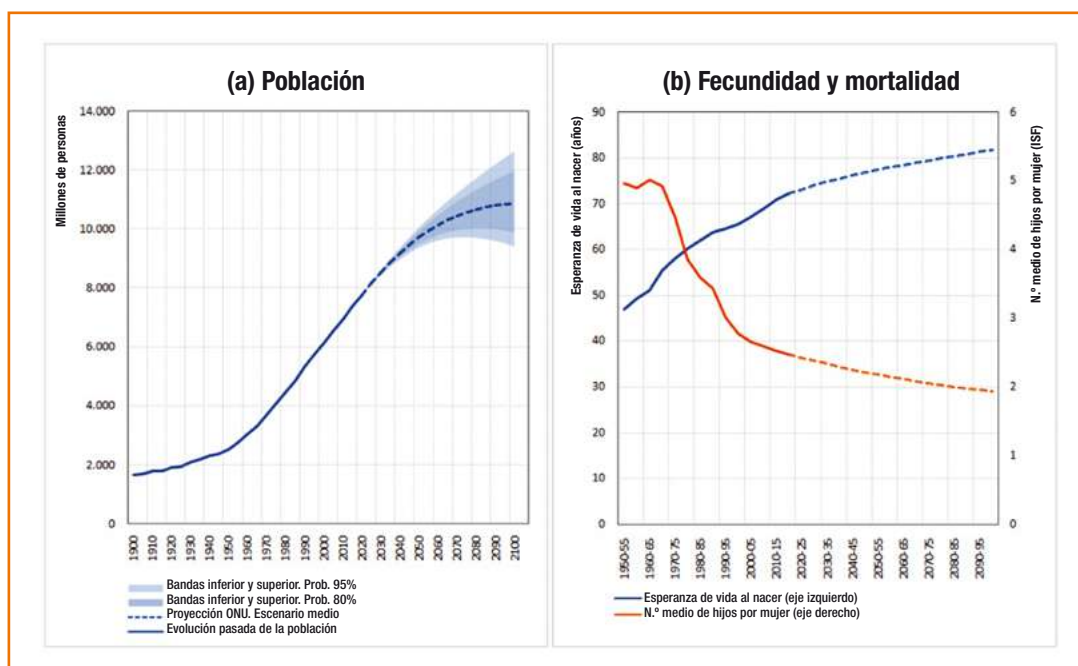
Hechas las consideraciones anteriores, en lo que sigue empezaremos hablando de cómo ha sido la evolución histórica de la población mundial y de cómo conecta esa historia colectiva con las vigentes proyecciones de población de Naciones Unidas, y terminaremos con algunas reflexiones sobre la sostenibilidad que deriva de ellas.

A principios del siglo XIX, cuando apenas comenzaba la revolución industrial, la población mundial alcanzó la nada despreciable cifra de mil millones de personas. Desde entonces ha tenido lugar un proceso extraordinario, el aumento de eficiencia del sistema reproductivo (se tienen menos hijos, pero éstos viven mucho más). A lo largo de este periodo, la esperanza de vida mundial ha pasado de menos de 30 años en 1800 a superar en la actualidad los 70 (Naciones Unidas ha estimado 72,6 en 2019), y en algunos países incluso a superar los 80. La fecundidad se ha ido adaptando al nuevo marco con un cierto retardo, según las familias exploraban ese nuevo escenario en el que se democratizaba la supervivencia, y como consecuencia la población mundial experimentó un intenso proceso de crecimiento a lo largo de los siglos XIX y XX. En los «felices años veinte» la población mundial alcanzó dos mil millones. Tres mil millones en 1960. Y desde ahí hasta alcanzar los 7.700 millones actuales han transcurrido poco más de 50 años. ¿Qué nos deparará el siglo XXI?

De acuerdo a las previsiones más recientes de Naciones Unidas, lo que podemos esperar es que a lo largo de los 80 años que restan hasta completar el siglo, la población seguirá creciendo, si bien lo irá haciendo a un ritmo cada vez más pausado.

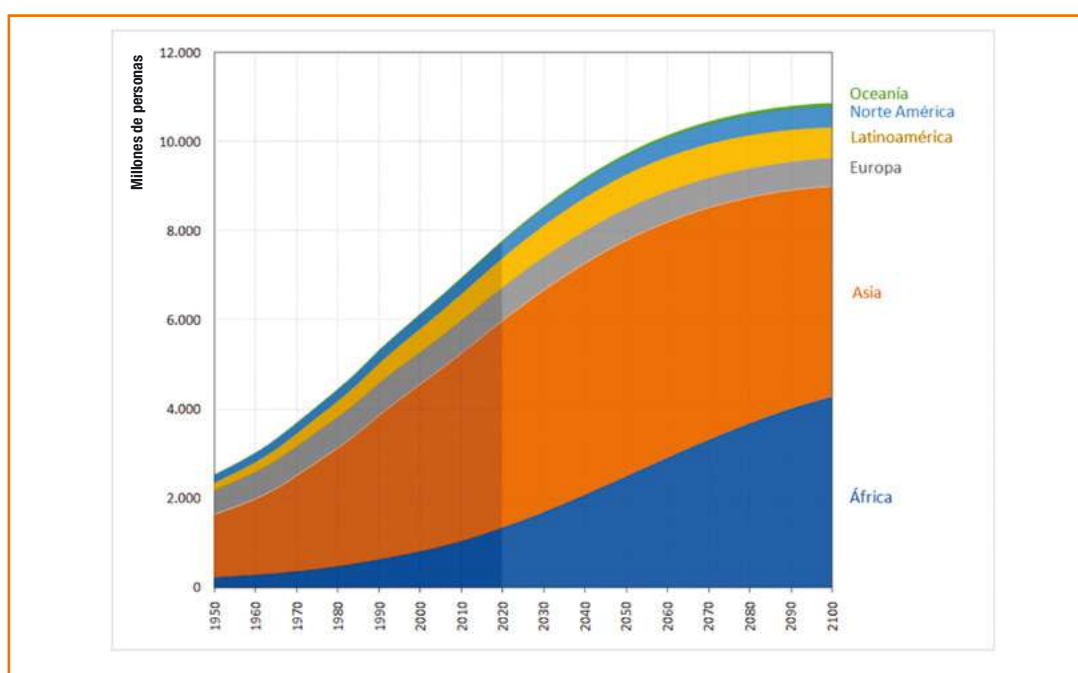
Se estima que la población mundial crece en estos momentos a un ritmo de 221 mil personas al día, tras alcanzar un crecimiento máximo de 232 mil personas al día en el año 2014. A final de siglo, se estima que el ritmo de crecimiento se habrá moderado a apenas 4 mil personas/día. La perspectiva del fin del crecimiento demográfico es, hoy por hoy, la más probable, aunque las actuales previsiones retrasan este acontecimiento hasta principios del siglo XXII.

Figura 1. Evolución y proyección de la población mundial, la fecundidad y la mortalidad



Fuente: Naciones Unidas. World Population Prospects 2019 y History Database of the Global Environment (HYDE).

Figura 2. Evolución y proyección de la población mundial, según ámbito geográfico



Fuente: Naciones Unidas. World Population Prospects 2019.

Esta evolución es fruto de la continuidad de los procesos de reducción de las tasas de mortalidad y del acomodo posterior, también a la baja, de las tasas de fecundidad. La esperanza de vida superaría los 80 años en 2100, unos 10 años más que en la actualidad. La fecundidad, pasaría de 2,5 hijos por mujer en la actualidad a 1,9 a final de siglo. Es una cifra que se encuentra por debajo del manido umbral de 2,1 hijos por mujer, pero piense el lector que, en un contexto de esperanza de vida creciente, y con muy pocas defunciones antes

de los 50 años (edad que se suele tomar como referencia máxima de la vida fértil), una descendencia de 1,9 hijos por mujer llevaría aproximadamente aparejado un reemplazo del número de años vividos por cada generación. Es otro concepto, probablemente más sugerente, de reemplazo generacional.

Como corolario de la secular reducción de fecundidad y mortalidad, se transformará la estructura por edades de la población mundial. La edad media pasará de los

31 años actuales a 42 en 2100, y crecerá el peso relativo de la población mayor (la población mayor de 65 años pasará de ser el 9,3% actual al 22,6% en 2100).

Finalmente, esta evolución no será igual en todas las regiones del mundo. Más de la mitad del crecimiento se espera que tenga lugar en tan sólo siete países: Nigeria, El Congo, Tanzania, Pakistán, Etiopía, Angola y Níger. Sus poblaciones combinadas se triplicarían en los próximos 80 años, incorporando 1.700 millones de personas, un volumen superior al de la actual población de China. Como consecuencia, se espera que la mayor parte del crecimiento de la población mundial del siglo XXI tenga lugar en África.

Resumiendo: seremos (serán) más, seremos más mayores y cambiarán los pesos relativos de las poblaciones de distintos ámbitos geográficos.

Sostenibilidad

Frecuentemente se usa el término «sostenibilidad» en el contexto de valoraciones relativas a la (in)sostenibilidad y la conveniencia de tomar medidas correctoras frente a riesgos futuros. En este contexto, podemos identificar tres preocupaciones principales. La primera, los riesgos que derivan del excesivo tamaño de la humanidad. La segunda, los riesgos que derivan de la escasez de nacimientos. Finalmente, los riesgos asociados a que la población de otros territorios crezca más que la del tuyo. En lo que sigue, abordaremos brevemente cada una de estas preocupaciones, con la intención de hacer consideraciones acerca de la sostenibilidad (no tanto de la insostenibilidad) y se planteará que la solución a nuestros temores puede encontrarse, precisamente, en este contexto de riesgos competitivos.

Uno de los trabajos seminales sobre demografía fue el libro «Ensayo sobre el principio de población» (T.R. Malthus, 1798). En él se planteaba que la mayor parte de la humanidad está condenada a vivir en la miseria, consecuencia de que la población tiende a crecer más rápido que los recursos que necesita. El libro fue escrito en los albores de la revolución industrial, cuando la población mundial estaba frizando su primer millardo. Hoy, dos siglos después, aquel vaticinio se ha probado falso: la población mundial se ha multiplicado por ocho, mientras la tecnología ha ido alejando la operatividad misma del concepto «rendimientos marginales decrecientes».

Desde que Malthus escribiera su libro, sus tesis han sido mil veces re-formuladas por otros autores, a veces con gran éxito editorial, aunque con idéntico desacierto diagnóstico, lo que prueba -quizás- las dos ideas en las que venimos insistiendo. Uno, que adolecemos de un fuerte sesgo de negatividad. Dos, que no acabamos de entender el modelo que genera los datos. Cuando se plantea la relación población-recursos siempre se hace pensando en los estómagos que habrá que alimentar. En cambio, hay una regularidad aritmética a la que no parecemos prestar gran atención. A saber, que cada estómago va asociado a un cerebro. Más población también implica más creatividad y un impulso al desarrollo tecnológico. Es más, si las vidas son más largas y los trabajos menos brutales, no solo crecerá el capital humano en volumen (más cerebros) sino también en intensidad (cerebros más creativos).

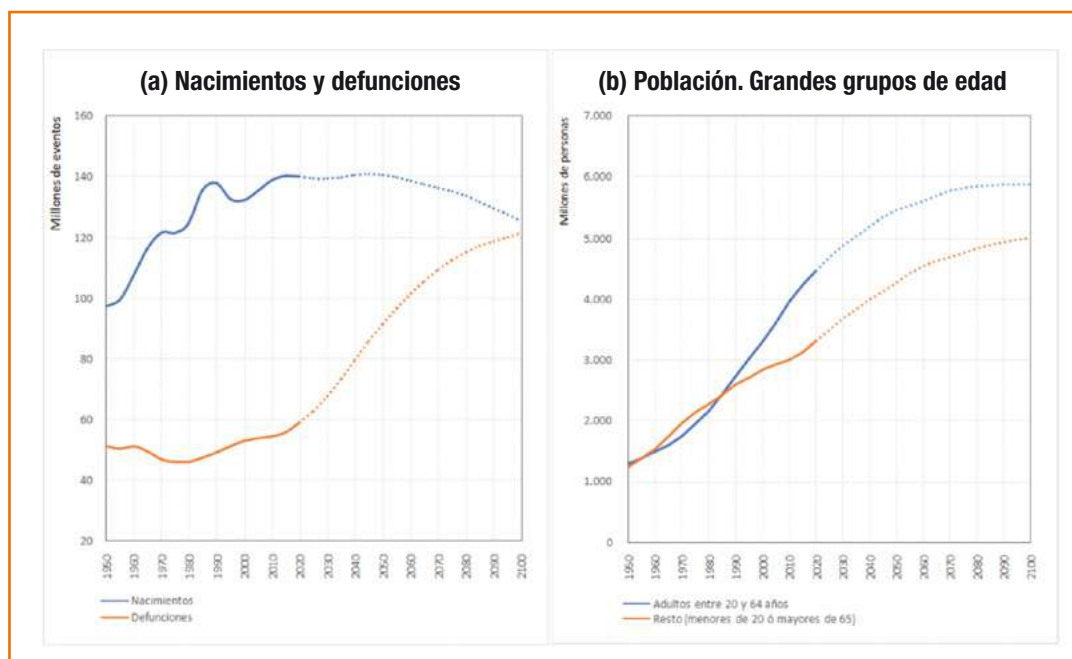
En 2018, el Population Reference Bureau estimó que desde la aparición del *homo sapiens* han nacido 108 mil millones de seres humanos. Por tanto, una persona que nazca hoy convivirá con el 7% de todos los humanos que en el mundo han sido. Y al final de su vida, si es lo suficientemente larga, habrá convivido con el 15% o más de toda nuestra estirpe. ¿Cómo no esperar una revolución tecnológica a lo largo de nuestra vida si vamos a ser contemporáneos de una sexta parte de toda la especie?

La preocupación acerca del volumen total de población ha venido dando paso en las últimas décadas a una preocupación contradictoria con aquélla: nacen pocos niños, lo que pondrá en riesgo los sistemas de protección social.

De acuerdo con las estimaciones de Naciones Unidas, en el año 2019 se produjeron 140 millones de nacimientos en el mundo, en lo que supone el mayor número de nacimientos jamás experimentado por la humanidad. De cara al futuro, estiman que el número de nacimientos se mantendrá prácticamente estable en 140 millones por año durante las próximas tres décadas, estabilidad que es fruto de una fecundidad decreciente y de un aumento de la población en edad fértil. En la segunda mitad del siglo, los nacimientos empezarían a decaer (125 millones de nacimientos en 2100, una cifra similar a la del año 1980).

Como consecuencia del elevado y sostenido número de nacimientos, la población entre 20 y 65 años seguirá creciendo en lo que resta de siglo, aunque a un ritmo menor que en el pasado, pasando de los 4.500 millones actuales a los 5.900 millones en el año 2100.

Figura 3. Evolución y proyección de nacimientos, defunciones y grandes grupos de edad. 1950-2100



Fuente: Naciones Unidas. World Population Prospects 2019.

Así las cosas, lo que los ejercicios prospectivos sugieren es que durante las próximas décadas y hasta final del presente siglo, existirá un cierto «dividendo demográfico», caracterizado por una población en edad de trabajar creciente y por una cantidad de individuos fuera de ese rango de edades igualmente creciente, pero netamente inferior.

Se podría argumentar que la situación no es la misma en las distintas regiones del planeta y que la escasez de nacimientos puede poner en riesgo los vigentes sistemas de solidaridad intergeneracional en determinadas regiones. Donde esta preocupación por la falta de nacimientos alcanza mayores cotas es en el llamado «mundo occidental». Algunos incluso hablan de «suicidio demográfico».

Lo que se puede constatar es que el tránsito de un modelo con muchos hijos y vidas cortas a un nuevo modelo, con pocos hijos y vidas largas, es un proceso universal, que lleva asociados cambios en los ámbitos laboral, familiar, institucional, etc. Pero es un proceso que estamos transitando con calendarios distintos en las distintas áreas. En las regiones con poblaciones de adultos jóvenes estancadas o menguantes, ¿qué cabe esperar? Sirvan los siguientes argumentos para hablar, también aquí, de sostenibilidad. En primer lugar, disminuirá el desempleo. La disminución del desempleo incrementará las tasas de actividad, porque gente desanimada decidirá participar cuando tenga

opciones reales de conseguir un empleo, e impulsará al alza los salarios. Este proceso provocará incrementos de productividad, pues se mecanizará lo que sea posible, y probablemente será un estímulo a la llegada de inmigrantes. Todo ello aportará estabilidad al sistema. Checks and balances.

La última preocupación tiene que ver con el peso relativo de las distintas regiones del planeta, que podría cambiar los equilibrios geopolíticos actualmente existentes. De nuevo, no se trata de una preocupación nueva (ya hace más de un siglo de la publicación del libro «La decadencia de Occidente» de Oswald Spengler). Y de nuevo, el problema cambia radicalmente, si aceptamos analizarlo en competencia con los otros riesgos que nos acechan.

Partamos de la preocupación previa (la falta de nacimientos y el envejecimiento asociado). Conforme vaya transcurriendo el siglo, un número creciente de países tendrá poblaciones de adultos jóvenes que ya no crecerán, e incluso disminuirán. Es altamente probable que la oferta de inmigrantes, que hoy parece infinita, deje de serlo y que entremos en una situación nueva de competencia por atraer inmigrantes a tu territorio.

En ese contexto, se abren distintas posibilidades. Cabe la posibilidad de que los potenciales países emisores sean los que impongan restricciones a la

movilidad. También cabe la posibilidad de que se generalice la libertad de decidir dónde establecer la propia residencia. En tal caso, podría crecer la movilidad internacional y mejorar la valoración social de los inmigrantes.

En definitiva, el propio desfase en el calendario con el que se viene desarrollando la transición demográfica en las distintas regiones del planeta puede traer consigo el germen de unas sociedades multiculturales, en las que esas tensiones de identidad/alteridad serán menos marcadas y en las que se establezca una sana competencia por ofrecer un proyecto de vida atractivo.

Conclusiones

Cuando Malthus escribe su «Ensayo sobre el principio de población», refiere que su intención es refutar otros textos recientes, de gran predicamento en el pensamiento político de la época. Lo ejemplifica con dos libros, flor de ilustración como se intuirá por sus títulos: «Esbozo de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano» (N. Condorcet, 1795) y «Disquisición sobre la justicia política y su influencia en la virtud y la felicidad de la gente» (W. Godwin, 1793).

Ambos textos comparten una visión optimista acerca del futuro y aunque poco leídos y referenciados en la actualidad, sus pronósticos demográficos soportarían bastante bien el escrutinio del tiempo. Para ambos autores, el desarrollo tecnológico y la organización social corren parejos a un proceso de «perfectibilidad humana», que podría traer la desaparición del trabajo manual (Godwin) o un incremento indefinido de la duración de la vida (Condorcet). En cualquier caso, para ellos el futuro de la población es indisoluble de las cualidades que tengan en el futuro las personas (el «espíritu humano»), y de la organización de la

sociedad en la que estén insertos. Malthus, en cambio, consideraba estos argumentos «totalmente contrarios a los ejercicios de la sana filosofía» (si viviera hoy creo que hablaría de axiomas de racionalidad).

En conclusión, el tamaño y composición futuros de la población no son más que una de las facetas acerca de cómo serán las sociedades. Hay quien piensa incluso que el término futuro está cargado de determinismo y que mejor haríamos en hablar del «mañana» o del «porvenir» (F. Héran), términos que nos evocan esa obra colectiva que aún está por escribirse. ■

Referencias

- Condorcet, N. (1980). *Bosquejo de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano*. Editora Nacional, Madrid. Primera edición en francés, 1795.
- Fernández Cordon, J. A., y Planelles, J. (2013). *El papel de la demografía en el futuro de la protección social*. Documentación Social, N° 167, 2013, págs. 153-172.
- Héran, F. (2006). *El porvenir de la población mundial: perspectivas demográficas, perspectivas éticas*. Estudios demográficos y urbanos, vol. 21, núm. 1, pp. 161-187. Mexico.
- Livi Bacci, M. (2002). *Historia mínima de la población mundial*. Ariel historia, Barcelona.
- Malthus, T. R. (2000) *Primer ensayo sobre la población*. Alianza editorial, Madrid. Primera Edición en inglés, 1798.
- McInnes, J. y Pérez Díaz, J. (2008). *La tercera revolución de la modernidad; la revolución reproductiva*. REIS, n.º 122, pp. 89-119.
- United Nations (2019). *World Population Prospects. The 2019 Revision*. UN Population Division, NY. (consulta en web: <https://population.un.org/wpp/>).

Begoña Elizalde-San Miguel
Universidad Pública de Navarra

Introducción: las nuevas «fotos de familia», unos retratos diversos para una sociedad cambiante

Vivimos por fortuna un momento histórico donde el concepto de familia se ha diversificado. La sociedad española ha experimentado profundos cambios sociales en las últimas cuatro décadas que han modificado las fotos familiares para siempre. La legalización de la píldora anticonceptiva (1978), la aprobación del divorcio (1981) o la del matrimonio homosexual (2005) constituyen algunos hitos recientes que han dado lugar a una diversificación de formas familiares: familias más pequeñas, con menos hijos, la cohabitación como alternativa al matrimonio, la normalización del matrimonio civil frente al católico, los hogares monoparentales, las parejas homosexuales, las familias reconstituidas, las parejas sin hijos... Todos ellos son ejemplos de nuevas estructuras familiares, nuevos tipos de hogar que son cada día más frecuentes en la sociedad española y que se adaptan mejor a valores como la libertad, la secularización y la igualdad, valores que han ido ganando presencia en las sociedades europeas desde hace varias décadas en un proceso de transformación conocido como «segunda transición demográfica» (Van de Kaa, 2002).

En España, este proceso de cambio no ha estado exento de polémica y ha sido acogido de forma diferente desde distintas posiciones políticas. Celebrado por unos como la expresión de una creciente libertad individual y temido por otros como una profunda crisis de la institución familiar, en el centro del debate está la definición misma de qué es una familia. Recordemos las numerosas movilizaciones que tuvieron lugar en España hace apenas unos años con motivo de la aprobación de la ley de matrimonio de personas del mismo sexo, movilizaciones organizadas en torno a la idea de que una unión homosexual no podía ser considerada un «matrimonio» y en las que miles de personas reclamaban que sólo existe un único modelo de familia, el tradicional y heterosexual (Etxazarra, 2007). A pesar de las resistencias y de los nuevos altavoces políticos a los que puedan acogerse este tipo de movimientos (VOX ha hecho de la defensa de

esta familia tradicional una de sus principales señales de identidad política, como en su día lo hizo el franquismo), lo cierto es que la sociedad española está lejos de encajar en un modelo de familia tan rígido y monocolor.

Ante el debate en torno a si esta diversificación supone un riesgo para la institución familiar, es necesario señalar que no existe ninguna evidencia que permita concluir que la diversidad familiar conlleva un riesgo. Al contrario, estas nuevas familias siguen cumpliendo con su función de socialización de forma satisfactoria para las nuevas generaciones, y así lo muestra el hecho de que la juventud perciba a la familia como una de las dimensiones de su vida que más satisfacción le produce (INJUVE, 2016).

El debate que como sociedad debemos abordar con respecto a las familias, por tanto, no puede ni debe centrarse en la supuesta legitimidad de unas sobre otras, sino en cuáles son los recursos que necesitan las familias actuales para ejercer sus funciones de crianza y cuidado, entendiendo que esta diversificación familiar ha supuesto cambios importantes respecto a los recursos con los que cuentan para desempeñar estas responsabilidades. En este artículo se propone reflexionar sobre cómo se ha gestionado el cuidado familiar tradicionalmente y a qué retos se enfrentan las familias actuales para responder a las necesidades de cuidados de sus miembros.

La organización social del cuidado en España

España se ha caracterizado tradicionalmente por un modelo de bienestar conocido como «familista», bajo el cual el cuidado de las personas estaba garantizado dentro de las familias, sin que el Estado tuviera que asignar recursos específicos. Este modelo funcionaba bajo la condición de que existieran familias «tradicionales» (biparentales, heterosexuales y con hijos/as), en las que se producía una división sexual del trabajo por la que las mujeres asumían todo el trabajo

«reproductivo». La crianza, el cuidado de las personas mayores y el trabajo doméstico era realizado por unas mujeres cuya actividad se limitaba al entorno privado del hogar. Los hombres, por su parte, realizaban el trabajo «productivo» vinculado a la generación de ingresos obtenidos por sus empleos en la esfera pública. Esta condición ha quedado a todas luces obsoleta en la sociedad actual, donde la situación laboral y social de las mujeres ha cambiado y las familias no se ajustan en todos los casos a esa estructura tradicional, de forma que la organización del cuidado necesita de nuevos recursos y nuevos actores.

La organización social del cuidado a través de la división sexual del trabajo no ha sido exclusiva de España, pero mientras algunos países han ido adaptando los recursos públicos a las necesidades de las familias actuales, España ha reaccionado tarde y de forma deficitaria a esta transformación familiar. Las políticas públicas no llegaron hasta la década de los noventa del siglo pasado, y el diseño de esta nueva dimensión del bienestar ha estado limitada a unas bajas parentales cortas, una insuficiente red de escuelas infantiles públicas, unas escasas transferencias monetarias y unos servicios de apoyo a la dependencia igualmente escasos. Frente al modelo escandinavo, que ha diseñado un catálogo de servicios y recursos de cuidados universales, no vinculados a la situación familiar, en España se sigue delegando en las familias la responsabilidad de cuidar. En lo que respecta al cuidado de personas mayores, por ejemplo, Suecia invierte un 3,2% del PIB en cuidados de larga duración, frente al 0,7 de España. En el ámbito de la atención a menores, Noruega ha optado por garantizar el derecho universal a una plaza en una escuela infantil pública, mientras que en España apenas el 20% de los menores de 0 a 3 años disfruta de este servicio. Esta falta de recursos ha provocado que en nuestro país sigan siendo las familias quienes pongan en marcha estrategias diversas de «solidaridad intergeneracional» y cubran los huecos que dejan esos insuficientes recursos públicos (Martínez, Roldán y Sastre, 2018; Elizalde-San Miguel, Díaz Gandasegui y Sanz García, 2019; Tobío Soler, 2012).

Abuelas y abuelos cuidan de sus nietas y nietos, constituyendo un recurso de conciliación fundamental para facilitar que sus hijas sigan activas en el mercado laboral, hijas que por su parte siguen asumiendo el cuidado de sus progenitores cuando éstos envejecen. Pero, a pesar de la supervivencia de este modelo, lo cierto es que es un sistema que se está resquebrajando. La conocida como «crisis de los cuidados»

lleva años alertando sobre la insostenibilidad de un modelo de cuidados basado en el cuidado familiar, feminizado e informal, insostenible en un contexto de generalización del empleo femenino y transformación familiar (Martínez Buján, 2014; Pérez Orozco, 2006; Tobío Soler, 2012).

Las nuevas familias ante el reto de cuidar

Pensemos, por ejemplo, en una de esas nuevas formas familiares, aquéllas en las que viven las personas que no han tenido hijos, un 19% de las mujeres y un 20% de los hombres de entre 45 y 49 años, según la Encuesta de Fecundidad realizada por el INE en el año 2018. En muchos casos se trata de una decisión propia, que tiene que ver con un alejamiento de la familia tradicional, con entender que una vida adulta no tiene que pasar necesariamente por la crianza y por dar prioridad a otro tipo de actividades. En otros casos constituye el resultado de una generación engañada por un mensaje que les invitaba a prolongar sus etapas formativas con la promesa de alcanzar un estatus laboral estable y exitoso. Lejos de alcanzar esa meta, han sufrido una precariedad laboral que se explicaba como una situación temporal, pero que se ha alargado durante décadas, provocando el retraso en una decisión, la de tener hijos, que se ha tomado cuando ya era demasiado tarde. Al margen de las motivaciones, estas personas no podrán contar con el que ha sido el recurso tradicional de ser cuidado durante la vejez, los hijos. Parece evidente, por tanto, la necesidad de desarrollar un modelo de cuidados que se ajuste a la actual composición de las familias si como sociedad queremos garantizar que la ciudadanía esté atendida cuando sobreviene la dependencia (Esteve y Treviño, 2019; Nanclares, 2017).

Sin embargo, cuando hablamos de la crisis de los cuidados, no estamos refiriéndonos a una amenaza que llegará dentro de unas décadas, cuando esta generación de adultos que viven en «nuevas formas familiares» alcance la vejez. La crisis de los cuidados hace referencia a la que ya es una incompatibilidad entre las necesidades de cuidado que tiene la población actual y los recursos con los que cuenta. Se trata de una crisis silenciosa, que, a pesar de no ocupar espacios relevantes en los medios de comunicación, nos ha estallado ya en la cara y es afrontada a diario por miles de familias que, ante la falta de soluciones colectivas, adoptan estrategias individuales que intentan paliar lo que constituye un problema social

común: cómo atendemos a los casi nueve millones de personas que en este país tienen más de 65 años o a los casi tres millones de personas que superan los 80 años y cuyas necesidades de atención, como es evidente, van aumentando con la edad.

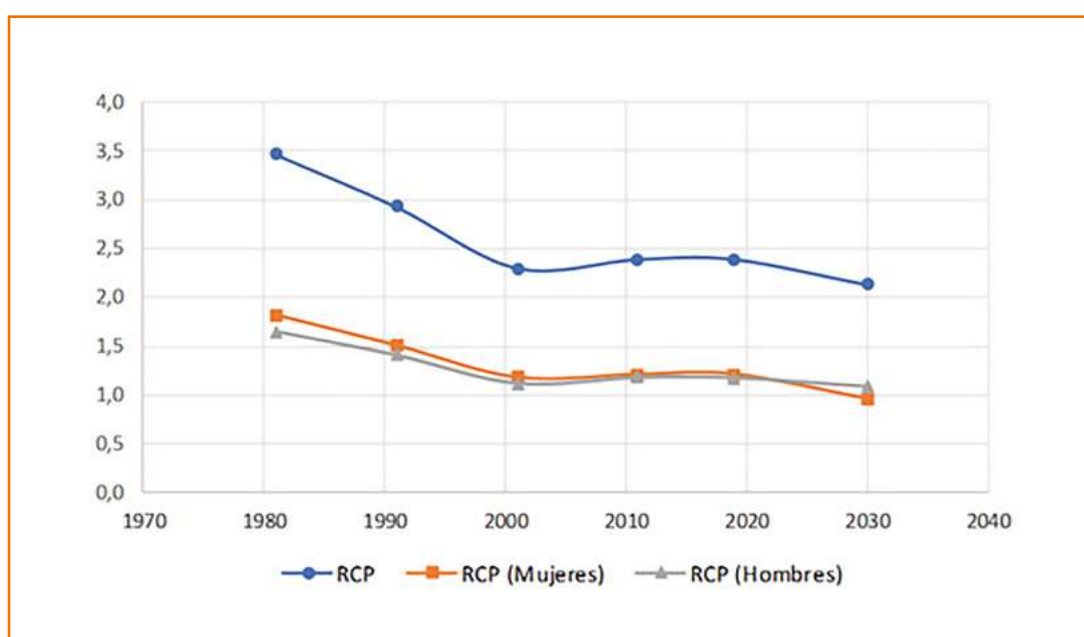
El aumento de la esperanza de vida bate récords en España, uno de los países líderes en este ránking en el mundo, y este aumento de los años de vida ha ido paralelo a una notable mejora de las condiciones de salud y materiales, lo que permite a las personas mayores envejecer en sus casas, manteniendo su autonomía hasta unas edades que hace pocas décadas eran impensables (López Doblas, 2018). También para la vejez, por tanto, existen nuevas formas familiares.

Sin embargo, las personas mayores arrojan una respuesta común cuando son preguntadas sobre la forma en la que prefieren ser atendidas cuando sobreviene la dependencia y esa autonomía doméstica genera riesgos para su bienestar. Ellos y ellas, de forma casi unánime apuntan a la familia como su recurso de atención preferido (Encuesta sobre personas mayores del IM-SERSO, 2010). Cuidar no es socialmente interpretado como un trabajo en España, sino como una serie de tareas y responsabilidades derivadas de las relaciones afectivas generadas en el entorno familiar. Si cuidar es una actividad que se realiza a partir de un afecto, ¿quién mejor para cuidar que tu propia familia? Bajo este paradigma de la familia como cuidadora ideal, se

mantiene la expectativa de que sean las mujeres quienes cuiden, por ser ellas quienes son percibidas como cuidadoras ideales. Y es en este momento cuando las familias actuales tienen que poner en marcha recursos para cuidar y deben enfrentarse a la decisión de cómo responder a esta demanda. Una demanda que se les atribuye por la inercia de la tradición y que se sigue esperando, a pesar de que dichas mujeres cuidadoras estén trabajando, de que los salarios sean insuficientes para movilizar recursos adicionales para atender a las personas mayores y de que los recursos públicos para conciliar sean insuficientes.

Estas expectativas de cuidado se enfrentan, ante la nueva realidad de las familias españolas, a un problema demográfico evidente. El equilibrio poblacional entre las distintas generaciones constituye una condición necesaria para poder ejercer la solidaridad familiar y, por tanto, cuando se rompe este equilibrio, la fragilidad del sistema de cuidados informal se pone en evidencia y deja a la población ante el riesgo de no tener cubiertas sus necesidades de atención. En la actualidad, las personas mayores cuentan con una generación «soporte» de potenciales cuidadores mucho más mermada en términos poblacionales que en el pasado, como consecuencia del continuado descenso de la natalidad, que va reduciendo la cantidad de población de cada generación respecto de la anterior (Elizalde-San Miguel, 2017; Martín y Rivera, 2018).

Figura 1: **Evolución de la ratio de Personas Cuidadoras Potenciales, 1981-2030**



Fuente: elaboración propia a partir de datos censales y padronales. Para 2030, datos extraídos de las proyecciones de población del INE.

Hace menos de 40 años, existían en España 3,5 personas entre 45 y 69 años por cada persona mayor de 70, un número que ha descendido en la actualidad por debajo de los 2,5 y que previsiblemente seguirá descendiendo en los próximos años como consecuencia del continuado descenso de la fecundidad que se viene produciendo desde hace ya décadas y el consecuente envejecimiento poblacional. Con la actual estructura poblacional, el cuidado informal es inviable, y lo es más aún si se espera que este cuidado sea ejercido por las mujeres, ya que existe una sola mujer (1,21) por cada persona mayor, una ratio que es todavía más baja en las zonas rurales más despobladas. La reducción del tamaño de las familias hace imposible mantener un modelo de cuidados informal por el simple hecho de que la estructura poblacional actual no cuenta con unos recursos poblacionales suficientes para garantizar el cuidado de todas las personas mayores.

Hablamos de familias distintas y diversas, que cuentan con mujeres cuya tasa de actividad supera el 80% (para el grupo de 25 a 49 años) y para quienes cumplir con ese rol socialmente asignado de cuidadoras representa un reto diario. Que tienen menos hijos, o deciden no tenerlos; la fecundidad en España lleva ya décadas por debajo de los 1,5 hijos por mujer, y es una de las más bajas del mundo. Se trata de familias más pequeñas, con un tamaño medio que ha ido descendiendo de forma constante desde las 3,6 personas en 1981 hasta las 2,5 de 2018 (el descenso empezó décadas antes). Unos hogares que son más pequeños no sólo por la reducción de la fecundidad, sino también porque ha aumentado el número de personas que viven solas (un 13% de las personas mayores de 25 años) y han descendido las familias extensas, un mecanismo relativamente frecuente en España para garantizar el cuidado hasta hace algunos años. Son éstos algunos indicadores que deberían resultar suficientes para poner en evidencia que las familias actuales no pueden por sí mismas garantizar el cuidado de sus miembros, que existe una incompatibilidad entre las expectativas de atención que tienen las personas dependientes y los recursos con los que cuentan las familias y que, por tanto, es necesario articular recursos adicionales.

Reflexiones necesarias ante un modelo de cuidados insostenible

Cuando hablamos de la crisis del cuidado, hablamos de una crisis silenciosa, gestionada dentro de las casas, en el ámbito de lo privado (de nuevo lo privado como un espacio invisibilizado e ignorado), a costa de conflictos familiares y renunciadas económicas y personales que están siendo principalmente asumidas por las mujeres, pero cuyas consecuencias alcanzan al conjunto de la familia. Una crisis silenciosa que, a pesar de afectarnos a todas/os, no ha estallado ni provocado movilizaciones importantes (a diferencia de otras, como las pensiones) precisamente por la inercia de un familismo que entiende que a nuestros familiares los cuidaremos nosotras/os. No hemos hecho sino posponer una revisión del modelo de cuidados que es necesaria y urgente, pero la realidad se impone y nos obliga a priorizar esta crisis.

Se habla mucho del envejecimiento poblacional, se habla con preocupación, vinculándolo a riesgos como la insostenibilidad de las pensiones o los retos que plantea su atención para los sistemas sanitarios. Una mirada alarmista que ignora que el envejecimiento demográfico es el resultado de una historia exitosa de mejoras en la salud, en la esperanza de vida y en las condiciones de vida que disfrutaban las personas mayores. De forma paradójica, esta gran preocupación no está provocando reformas sustanciales más allá de las amenazas con recortes en las pensiones o las invitaciones a contratar seguros médicos privados (Fernández Cerdón, 2017).

La superación de los retos a los que se enfrentan las familias en la organización del cuidado es una tarea difícil. Es necesario generar conciencia crítica entre la ciudadanía en torno al hecho de que los cuidados no son una actividad periférica, sino central para la sostenibilidad de nuestras vidas y que, por tanto, no pueden ser unas tareas que se realicen en los «huecos» de tiempo que nos dejan libre el resto de obligaciones (las productivas). No es una tarea sencilla, pero sin duda los avances pasan por entender que todas y todos somos actores responsables en responder

a las demandas de cuidados y que debemos exigir a las instituciones una reflexión seria sobre cómo asignar nuevos recursos a esta dimensión del bienestar si como sociedad queremos garantizar la atención de nuestra ciudadanía. El riesgo de no hacerlo, de seguir sin reconocer que las familias de hoy no son las de ayer es muy alto, e implica asumir la desatención de quienes no puedan permitirse la contratación privada de recursos de cuidado y asumir también que estaremos generando una nueva brecha de desigualdad: la de los cuidados. ■

Referencias

- Elizalde-San Miguel, Begoña (2017): «¿Femenino e informal? El modelo tradicional de cuidados a examen desde una perspectiva demográfica», *Prisma Social* 21: 243-262.
- Elizalde-San Miguel, Begoña; Díaz Gandasegui, Vicente, y Sanz García, María Teresa (2019): «Family Policy Index: A Tool for Policy Makers to Increase the Effectiveness of Family Policies», *Social Indicators Research*, 142 (1): 387-409. DOI: 10.1007/s11205-018-1920-5.
- Esteve, Albert, y Treviño, Rocío (2019): «Los grandes porqués de la (in)fecundidad en España», *Perspectives Demographiques*, 15: 1-4.
- Etxazarra, Leire (2007): «La legalización del matrimonio homosexual (el cómo y el porqué de una movilización)», *Papeles del CEIC* Vol. 2007/1 n° 26: 1-30.
- Fernández Cordón, Juan Antonio (2017): «De los cambios demográficos a la economía del cuidado», *Gaceta sindical: reflexión y debate*, 28: 65-82.
- INJUVE (2016): *Informe Juventud en España 2016*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- López Doblas, Juan (2018): «Formas de convivencia de las personas mayores», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 161: 23-40. DOI: 10.5477/cis/reis.161.23.
- Martínez Buján, R. (2014): «Los modelos territoriales de organización social del cuidado a personas mayores en hogares». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 145, 99-126. DOI: 10.5477/cis/reis.145.99.
- Martínez, Rosa; Roldán, Susana, y Sastre, Mercedes (2018): «La atención a la dependencia en España. Evaluación del sistema actual y propuesta de implantación basado en el derecho universal de atención suficiente por parte de los servicios públicos. Estudio de su viabilidad económica y de sus impactos económicos y sociales», *Papeles de Trabajo. Ministerio de Hacienda*, 5/2018.
- Martín, Ángel, y Rivera, Jesús (2018): «Feminización, cuidados y generación soporte: cambios en las estrategias de las atenciones a mayores dependientes en el medio rural», *Prisma social*, n.º 21.
- Moreno-Colom, Sara; Recio Cáceres, Carolina; Borràs Català, Vicent, y Torns Martín, Teresa. (2016): Significados e imaginarios de los cuidados de larga duración en España. Una aproximación cualitativa desde los discursos de las cuidadoras. *Papeles del CEIC*, vol. 2016 (1), n.º 145, 1-28. DOI: dx.doi.org/10.1387/pceic.15195.
- Nanclares, Silvia (2017): *Quién quiere ser madre*. Madrid: Alfaguara.
- Pérez Orozco, A. (2006): Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, 5, 7-37.
- Tobío Soler, Constanza (2012): «Reciprocity and solidarity in intergenerational relationships: Spain, France and Norway in comparative perspective», *Paper*, 97 (4): 849-873.
- Van de Kaa, Dirk (2002), «The idea of a second demographic transition in industrialized countries», en *Sixth Welfare Policy Seminar of the National Institute of Population and Social Security*, (Tokyo, 29 de enero 2002).

Joaquín Recaño

Centre d'Estudis Demogràfics y Universitat Autònoma de Barcelona

Los municipios españoles de menos de 1.000 habitantes representan en la actualidad el 61,4 de las entidades locales; se hallan repartidos por una vasta extensión del territorio, que supone el 40 por ciento de la superficie española. A pesar de su elevada participación en la estructura municipal, su aportación demográfica es mínima, pues apenas concentran el 3,11 por ciento de la población. Este notable desequilibrio entre el volumen demográfico y el territorio que ocupan los pequeños pueblos de la España rural es el origen del término que, con notable éxito, «La España Vacía», ha acuñado Sergio del Molino en su ensayo del mismo título. Recientemente, diversos colectivos han incorporado una pequeña variante de carácter menos neutro, «La España Vaciada», que, a tenor del adjetivo/participio empleado, concede a la España rural el papel de víctima colateral del acelerado proceso de modernización de la sociedad española.

Este desequilibrio población-territorio de tan notable actualidad es, sin embargo, la consecuencia de un largo y complejo proceso secular que ha afectado a las tierras peninsulares con cronologías temporales e intensidades espaciales muy diversas. Esta situación constituye en esencia el problema fundamental de una vasta superficie del centro y norte peninsular que se caracteriza por lo siguiente: a) unas bajísimas densidades, que sitúa, en 2017, a un conjunto significativo de provincias españolas entre los espacios menos densos de la Unión Europea, con valores similares a las regiones más septentrionales de los países nórdicos; b) un pronunciado envejecimiento, con una significativa proporción de personas mayores de 65 años; una relativa escasez de mujeres, producto de una histórica emigración diferencial por sexo, en la que las mujeres han sido pioneras y principales protagonistas en las salidas de las áreas rurales hacia los entornos urbanos; y, finalmente, una escasa participación en los réditos de la reciente inmigración internacional, que se ha caracterizado en esos espacios por su volatilidad, con un número significativo de inmigrantes de paso, que no ha podido restañar las pérdidas demográficas que afectan

a estos lugares desde mediados del siglo xx. La sostenibilidad demográfica de este conjunto heterogéneo de municipios plantea un reto demográfico de primer orden, pero que debe tener en cuenta, a la hora de aplicar políticas públicas sobre despoblación, la gran diversidad de la España rural.

El largo camino de la despoblación

Los pueblos situados en los espacios rurales de España forman un conjunto muy heterogéneo, que ha padecido, en mayor o menor medida, los efectos de la despoblación. Este asunto, aunque no es nuevo, ha vuelto a situarse, durante los últimos tres años, en un primer plano de la agenda política de los principales partidos y con una aproximación recurrente de los medios de comunicación a través de reportajes sectoriales y locales que no llegan a captar la extrema variedad de situaciones que presenta la España rural respecto a la problemática de la despoblación. La eclosión del tema se vincula una vez más con los efectos demográficos de la crisis económica, precisamente cuando se ha diluido el espejismo de la inmigración como panacea para resolver la escasez de población de las áreas rurales. Los últimos años nos han devuelto a la cruda realidad: un espacio demográfico que se debate entre la necesidad de una transformación radical y el riesgo de la pura extinción biológica. Pero todo no fue siempre así en la España rural. Existe una larga y convulsa historia de la población rural que es la antesala de los actuales problemas de despoblación.

A principios del siglo xx, uno de cada cinco habitantes en España residía en municipios que tienen actualmente menos de 1.000 habitantes, concentrando 4 millones de personas, la densidad de esas poblaciones superaba los 20 habitantes por km², no muy inferior a la del conjunto de España en aquellos años, 37 habitantes por km². Un poco más de un siglo después, la población de esos municipios se había reducido a 1,45 millones, casi una tercera parte del volumen

inicial, y apenas representaba el 3,11 por ciento del conjunto español, su densidad era de 7,3 habitantes por km², frente a los 92 de España en las mismas fechas: durante ese lapso se consolidó un vasto mundo vacío en el interior de la península. Sin embargo, estos simples datos no reflejan su compleja evolución demográfica.

El éxodo rural se inicia a finales del siglo XIX en zonas próximas a las áreas urbanas e industriales de Cataluña y el País Vasco y es un proceso asociado a la modernización auspiciada por la extensión del capitalismo. Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX, la elevada fecundidad de los municipios rurales y una mortalidad en rápido retroceso aseguraron la continuidad e incluso un significativo crecimiento demográfico de los espacios rurales, basado en un fuerte crecimiento natural. En ese período, el crecimiento urbano se nutre esencialmente de los excedentes demográficos del mundo rural. A partir de 1930, la coyuntura histórica española, caracterizada por la sucesión paulatina de la Gran Depresión, las mejoras introducidas en el campo por las reformas agrarias impulsadas por la Segunda República, la Guerra Civil y la depresión económica de la posguerra, frenaron durante un largo período la emigración del campo. Los sectores rurales alcanzaban, en algunas zonas del país, su máximo volumen demográfico entre 1930 y 1950 y planteaban un problema de desequilibrio población-recursos, e incluso sobrepoblación, que puede sorprendernos ante la exigua realidad demográfica que los caracteriza actualmente. Desde la década de los cincuenta, se produce un progresivo deterioro de las condiciones socioeconómicas de los entornos rurales ante la creciente mecanización del campo y la irresistible y atrayente movilidad social ascendente que garantizan las ciudades. Entre 1950 y 1991, estos municipios pierden casi dos millones y medio de habitantes y son la principal fuente del éxodo rural hacia los centros urbanos: el reverso del éxodo rural fue la intensa urbanización que caracteriza ese período. Sin la emigración rural no tendríamos en la actualidad de las grandes aglomeraciones metropolitanas de Madrid, Barcelona o Valencia, ni las capitales de provincias de muchas regiones del interior, situadas en las mismas áreas de emigración, habrían garantizado su crecimiento y más recientemente su sostenibilidad demográfica.

Los mecanismos demográficos implicados en la despoblación

El proceso de despoblación es el resultado de la interacción de diferentes fenómenos demográficos. El principal mecanismo demográfico implicado ha sido históricamente la emigración de jóvenes en busca de oportunidades laborales y educativas en las ciudades. La salida de estos jóvenes trajo consigo una profunda depresión del mercado matrimonial local, especialmente agravado por la mayor emigración de las mujeres en el mundo rural, cuya huella más evidente es el fuerte desequilibrio entre hombres y mujeres que aún se conserva en numerosas zonas rurales, con niveles superiores a los 160 hombres por cada 100 mujeres en las edades núbiles. La emigración agregó además un efecto diferido, fue el factor desencadenante de la caída de la natalidad del momento y también de la futura desnatalidad, la de aquéllos que ya no nacerían en el mundo rural por la emigración de sus padres. Mientras el campo asistía a una severa depresión demográfica, las ciudades españolas registraron entre principios de la década de los sesenta y la segunda mitad de los setenta el número más elevado de nacimientos de su historia, favorecidos por una nupcialidad intensa y temprana y un flujo incesante de población joven desde las zonas rurales. Desde 1980, un éxodo rural más reducido pero continuo y la caída generalizada de la fecundidad en todo el país, más intensa en los municipios pequeños del centro y norte de la península, no hizo más que agravar la despoblación hasta límites insospechados. En esos momentos, las pérdidas poblacionales provocadas por la senectud de las poblaciones rurales pasaron a un primer plano como mecanismo de despoblación: una fecundidad inferior a la media española, una elevada proporción de personas no emparejadas en edades núbiles, con un fuerte desequilibrio entre sexos y un creciente e intenso envejecimiento que nutría los grupos más proclives a la mortalidad.

Los factores que explican la diversidad de la España vacía

El debate sobre la sostenibilidad demográfica de los espacios rurales debe partir del reconocimiento de la heterogeneidad de los casi 5.000 municipios de menos de 1000 habitantes existentes en España en la actualidad. Así, los espacios rurales situados en el sur peninsular y en los alrededores de la costa mediterránea y atlántica gozan, por lo general, de una relativa

salud demográfica. Por el contrario, los situados en el centro y norte del país son los más afectados por la despoblación. Desde 1981, un 15 por ciento de los municipios de menos de 1000 habitantes registró incrementos poblacionales. El 85 por ciento restante, constituido por casi cuatro mil doscientos municipios, tuvieron una reducción real de su población. Es por ello que la variedad de las dinámicas poblacionales de los municipios rurales nos exige establecer una tipología que recoja los diferentes componentes socioeconómicos y demográficos que explican esas diferencias.

Para construir esa tipología hemos empleado una técnica estadística denominada análisis de componentes principales, que nos permite identificar los factores que explican las diferencias existentes entre los municipios rurales.¹ Para la elaboración de la tipología, se han considerado 21 variables que miden aspectos ligados al tamaño de la población de los municipios y sus alrededores, la altitud, la tasa de crecimiento, la densidad de las entidades y los municipios circundantes, la relación de masculinidad, la estructura demográfica, la distancia a la capital de provincia y la intensidad de la emigración interna. Este tipo de análisis ha identificado tres factores que explican la mayor parte de la variabilidad de los espacios rurales españoles. Los factores, por orden de importancia, son los siguientes: un primer factor asociado al **envejecimiento**, con una relación intensa con las variables de estructura; un segundo factor conectado con el ámbito de la **emigración**; y finalmente, un factor definido por la **cercanía a espacios más poblados**. Los tres factores explican casi el 60 por ciento de la variabilidad entre municipios. En cada municipio, y mediante esta técnica de análisis, se obtiene una puntuación en cada uno de los factores, a los que posteriormente se les ha aplicado, ya en una segunda fase, un análisis de conglomerados también conocido como clúster. Esos factores identifican tres espacios demográficos rurales muy definidos, con unas peculiares características demográficas cuyos resultados pasamos a analizar a continuación.

Una aproximación a la heterogeneidad demográfica de los espacios rurales españoles

El desigual impacto del envejecimiento, la baja natalidad y la escasez de mujeres en los tramos centrales de la pirámide de estos municipios son las claves de la interpretación de las tres tipologías consideradas en el cuadro siguiente (figura 1).

Un primer grupo de municipios, integrado por el 29,7 por ciento de las entidades locales de menos de 1000 habitantes, configura un tipo que hemos denominado **espacios rurales de resiliencia demográfica**. Se trata de entidades de mayor tamaño demográfico y menor altitud, localizadas en las zonas periféricas de la Meseta, lejos de las áreas de montaña más demográficamente deprimidas, con una cierta estabilidad poblacional; densidades de población más elevadas que la media rural española, un índice de masculinidad ligeramente superior al conjunto de España y que han experimentado un menor impacto de la emigración, sólo un 60 por ciento de los nacidos en esos municipios residían en 2016 en otro municipio de España.

En el segundo grupo se incluye el 32,9 por ciento de los municipios rurales, que tienen como principales características una altitud elevada, una pequeña dimensión demográfica, con una mediana de 175 habitantes, una densidad muy baja, de 6,2 habitantes por km², tasas de crecimiento negativas, un significativo nivel de masculinidad, superior al grupo anterior, un relativo nivel de envejecimiento y un elevado impacto de la emigración, el 80 por ciento de los nacidos reside en otros municipios. Estos municipios pueden ser denominados **espacios rurales de la emigración**.

Finalmente, el tercer grupo, lo constituyen los **espacios rurales en riesgo de despoblación irreversible**, que pueden llegar incluso a la extinción biológica en los próximos años. Se trata de 1.840 municipios, un 37,4 por ciento de las entidades de menos de 1000 habitantes. Presentan las características más extremas del conjunto de variables que hemos considerado: máxima altitud media, mínima dimensión demográfica, 110 habitantes de promedio, las densidades más bajas, 4,3 habitantes por km², máximo envejecimiento, con edades medias próximas a los 60 años y un 45 por ciento de sus habitantes de más de 65 años. Son los municipios que han experimentado la máxima emigración femenina y presentan un severo proceso de envejecimiento.

1. Recaño, J. (2017) «La sostenibilidad demográfica de la España vacía», *Perspectives Demographiques*, n.º 7, pp. 1-4V.

Figura 1: Algunos indicadores de los municipios rurales en España, según tipología de municipios*

Características de cada tipología	Municipios de más de 1.000 habitantes	Tipología		
		1	2	3
		Espacios rurales de resiliencia demográfica	Espacios rurales de emigración	Espacios rurales en riesgo de despoblación irreversible
Total de municipios	3.162	1.464	1.624	1.840
% Total de municipios españoles	39,00%	18,1%	20,00%	22,70%
% Sobre la población española 2016	96,90%	1,8%	0,70%	0,70%
Población en 1900	2.569	888	539	545
Población en 1981	3.052	618	229	235
Población en 2011	3.703	578	183	122
Población en 2016	3.629	551	173	110
Superficie (Km²)	53,80	31,00	26,70	29,40
Altitud	3570	475	833	858
Densidad 1981	55,80	19,40	8,00	8,20
Densidad 2011	73,80	17,60	6,20	4,30
Relación (Hombres/Mujeres)	1,00	1,10	1,20	1,20
Edad media	43,50	48,50	51,60	59,10
% Población (0-19 años)	19,30%	14,70%	10,90%	5,20%
% Población de 65 y más años	19,80%	27,40%	29,90%	44,10%
% Nacidos residen en otros municipios	46,90%	64,20%	79,80%	82,10%

Se presentan las medianas de cada distribución (Valor que representa el 50% de cada variable).

* Tipología descrita en el texto.

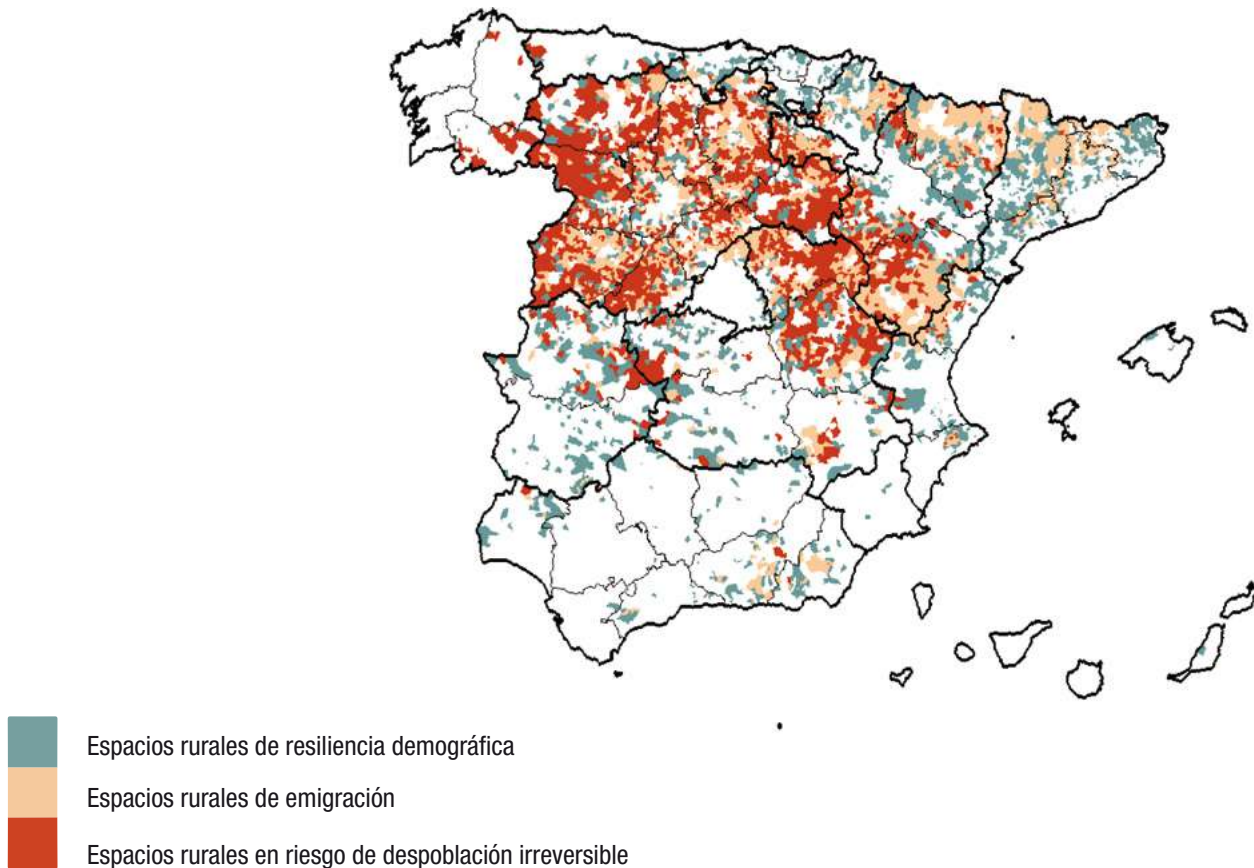
Fuente: elaboración propia.

Aunque los tres grupos se caracterizan por una gradación de los principales indicadores demográficos, el segundo y el tercero, el más problemático, tienen una mayor proximidad en sus indicadores, lo que constituye una mala noticia, porque su supervivencia demográfica está en juego, a tenor de sus estructuras demográficas.

Estos dos últimos grupos componen un área continua donde se localizan los municipios rurales con peores perspectivas de futuro: las comunidades circundantes con Madrid, especialmente Castilla-León, donde todas sus provincias están implicadas en menor o mayor grado en el proceso de despoblación; Castilla-La Mancha, en la que la situación de insostenibilidad demográfica se concentra en los municipios más pequeños de las provincias de Guadalajara y Cuenca; Aragón, con especial protagonismo de la provincia

de Teruel, y, finalmente, la Rioja. Por el contrario, en las provincias situadas en el Valle del Ebro, el espacio al sur de la línea geográfica que une Cáceres y Toledo, la montaña pirenaica y las regiones mediterráneas se localizan los municipios rurales con una mayor resiliencia demográfica, o resistencia a la despoblación. La especial configuración del poblamiento que caracteriza a las comunidades autónomas de Asturias y Galicia no permite, a través del análisis con datos municipales, constatar la verdadera dimensión de los problemas demográficos que afectan a las zonas rurales de esas regiones, cuyos problemas de despoblación tienen una clara dimensión inframunicipal, localizados en sus concejos y parroquias. La distribución de los municipios según las tres categorías reseñadas queda ilustrada en el siguiente mapa (figura 2).

Figura 2: Distribución espacial según tipología de municipios



Los componentes recientes del crecimiento demográfico de los espacios rurales

Ya hemos señalado que en los últimos años se han producido cambios sustantivos en las causas demográficas implicadas en la despoblación rural. La emigración ha perdido peso y han adquirido un mayor protagonismo las pérdidas demográficas derivadas de una fecundidad muy baja y una mayor mortalidad vinculada al envejecimiento. Por otra parte, mientras las ciudades se han beneficiado considerablemente del aporte inmigratorio exterior, éste último ha pasado de puntillas por la mayoría de las áreas rurales españolas. El conjunto de municipios que analizamos, aquéllos de menos de 1000 habitantes, sólo ha captado el 1,85 por ciento de la inmigración, un valor incluso menor del peso que representa su población en España, que debemos recordar es el 3,1 por ciento.

Las estructuras demográficas de los espacios rurales condicionan severamente su evolución demográfica. Desde mediados de la década de los setenta, la

natalidad ha experimentado un continuo descenso y la mortalidad ha seguido una senda continua de crecimiento asociada al envejecimiento. Los municipios en riesgo de despoblación irreversible muestran las tasas de natalidad más bajas, las más altas de mortalidad, el menor crecimiento natural (siempre negativo), una mayor emigración interna neta y la menor atracción de la inmigración exterior. Constituyen el caso extremo de decrecimiento entre los municipios investigados. Los otros dos grupos de municipios muestran comportamientos muy afines en mortalidad y migraciones, aunque siempre con crecimientos negativos en su conjunto. En todo caso, desde 1975, primera fecha para la que disponemos de datos de todos los municipios de España, el crecimiento natural de los tres grupos ha sido negativo en cada año. La contundencia de estos datos es la muestra palpable del grave problema que afecta los municipios de la España Vacía y la prueba evidente de los graves problemas que plantea enderezar su evolución demográfica en el futuro. La inmigración exterior ha aparecido en diferentes trabajos académicos y en diferentes propuestas de diversas

autoridades políticas y administrativas como solución local para los problemas de despoblación. Sin embargo, esa solución sólo constituye un espejismo demográfico, ante la imposibilidad de fijar a esos inmigrantes a los territorios afectados. A pesar de tratarse de espacios vacíos, la capacidad de atracción de inmigrantes del exterior ha sido muy baja durante el gran ciclo migratorio 2001-2007. Por otro lado, descubrimos que una parte significativa de los inmigrantes nacidos en el extranjero que llegaron a los municipios con mayores problemas demográficos vuelve a emigrar después de un tiempo relativamente corto. Por ejemplo, en el período 2000-2017, los municipios rurales españoles tuvieron un saldo migratorio interno negativo de la población nacida en el extranjero. Este resultado sugiere, por lo tanto, que a una primera radicación de los inmigrantes en esos municipios sigue su re-emigración. Probablemente, entre los inmigrantes se reproducen los mismos factores que expulsan a la población autóctona de las áreas rurales.

Las perspectivas demográficas de los espacios rurales

Las perspectivas demográficas de los espacios rurales varían considerablemente según los sectores geográficos que consideremos. En algunas áreas, la resiliencia económica expresada a través del turismo rural, las segundas residencias y la existencia de recursos concretos ligados al territorio pueden garantizar la continuidad económica y, en menor medida, el mantenimiento de unos mínimos poblacionales. Sin embargo, la mayor parte de los núcleos rurales no son capaces de retener a los pocos jóvenes que residen, especialmente a las mujeres, y no son especialmente atractivos para los potenciales inmigrantes, caracterizados por una elevada circulación que no llega a arraigar en el territorio. Este grupo de población, el único que podría enderezar la maltrecha situación demográfica de la población rural, es la llave de su supervivencia demográfica, pero no se atisban cambios en esa dirección, si no se potencian inversiones públicas que fomenten el anclaje de la población en los lugares con problemas demográficos. Cualquier intervención política debería tener en cuenta la variedad de los espacios rurales en cuestión, no dilatar en el tiempo una evaluación más precisa de los factores que explican esa heterogeneidad e identificar finalmente aquellos aspectos que puedan favorecer la resiliencia demográfica y económica de estos espacios en retroceso. ■

Julio Pérez Díaz

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Se extiende por España y por el planeta entero una visión negativa del cambio demográfico; falta de vitalidad poblacional, menos infancia y más ancianos, insostenibilidad de las pensiones o de la sanidad, progresiva sobrecarga de impuestos a los jóvenes, necesidad de incorporar al mercado laboral extranjeros que desvirtúan la cultura y los valores nacionales... Y las armas para contrarrestarlo son evidentes y conocidas, todas aquéllas que fomenten la natalidad, identificadas con el apoyo a las familias con hijos.

En España, partidos como VOX, pero también el PP, y en prácticamente todos los países del mundo, los conservadores nacionalistas se presentan con este mensaje, prometiendo salvar la patria y culpando al rival político de la inminente decadencia por no tomarse en serio este grave problema y sus recetas salvíficas. Basta leer los programas electorales del Frente Nacional francés, la Liga Norte italiana, el Amanecer Dorado griego o la Liga de las Familias Polacas. De momento el natalismo no es un componente de los programas de gobierno en el otro lado del espectro político (quién sabe hasta cuándo).

Tras un cuarto de siglo de investigación y docencia como demógrafo,¹ puedo argumentar que el cambio demográfico nos ha conducido a la mejor situación nunca vista en cuanto al volumen poblacional alcanzado y a la eficiencia reproductiva. Es posible no sólo contradecir, sino desmentir la visión natalista del cambio demográfico, recurriendo únicamente a la disciplina demográfica. Es lo que pretendo

aquí, mediante una explicación técnica de la situación demográfica, pero también apelando a la propia historia de la disciplina y a su siempre intensa relación con las políticas de población.

La historia del natalismo

Podría pensarse que la principal justificación del natalismo es la baja natalidad actual, cada vez menor, que se extiende progresivamente por todo el planeta. Pero esto es falso, al menos por dos grandes motivos.

Los miedos al declive demográfico y las recetas natalistas para combatirlo son muy anteriores a la actual situación demográfica. En realidad, el natalismo es «pre-demográfico», existía antes de que se desarrollase la demografía como disciplina y no se fundamenta en los niveles de natalidad, por sorprendente que esto parezca.

(...) el cambio demográfico nos ha conducido a la mejor situación nunca vista en cuanto al volumen poblacional alcanzado y a la eficiencia reproductiva. Es posible no sólo contradecir, sino desmentir la visión natalista del cambio demográfico, recurriendo únicamente a la disciplina demográfica.

El descenso histórico de la natalidad debe integrarse en un cambio sistémico general de las dinámicas poblacionales para poder ser explicado y, por lo tanto, para interpretar sus consecuencias. Para tal explicación sí es ineludible la disciplina demográfica. Las explicaciones del natalismo se basan en

prejuicios y tópicos muy arcaicos, refutados por la propia demografía hace décadas.

Un número creciente de personas casi siempre fue señal de que las cosas iban bien. Pero para las clases dominantes de las sociedades agrarias lo prioritario era el dominio de las tierras, el de los humanos iba anexo. Siempre podía atraerse población ofreciendo tierras que cultivar. Más nacimientos o más adultos «importados», la cuestión era contrarrestar la elevada

1. El autor, demógrafo Científico Titular del CSIC, edita una web propia sobre Demografía, <http://apuntesdedemografia.com/>, en la que pueden consultarse online sus publicaciones, proyectos y actividades académicas, además de materiales docentes y artículos de opinión y actualidad.

e imprevisible mortalidad, un factor mucho más difícil de controlar.

La humanidad ha vivido hasta prácticamente el siglo xx con niveles de mortalidad que acababan con dos de cada nacimiento en el primer año, y con el 50% antes de cumplir los quince años (no hay que alejarse mucho, la tabla de mortalidad de 1900 en España estaba en esos niveles). El resultado es que el número medio de años vividos por cualquier generación nunca había superado los 35 años.

La mortalidad es el principal determinante de la reproducción, cosa que el natalismo olvida sistemáticamente. Esperanzas de vida tan breves requerían natalidades muy altas para evitar la extinción; sin una reproducción exuberante ni elevados volúmenes poblacionales, todo lo contrario.

No fue hasta la aparición del Estado moderno y, sobre todo del Estado-nación, que al poder político empezó a interesarle la población tanto o más que el territorio, incluso más allá de la posibilidad de recaudar tributos o de movilizar combatientes. Ahora era la propia población nacional la que detentaba la «soberanía» y la que marcaba las diferencias productivas, comerciales o culturales con otras naciones.² Los censos y los mapas pasaron a convertirse en hitos fundamentales en la construcción simbólica de los Estados, y éstos empezaron a incluir a la población en su contabilidad, mediante censos, empadronamientos y registros civiles de nacimientos o defunciones.

Esta progresiva centralidad de la población coincidía con mejoras prometedoras en mortalidad; el pensamiento higienista impulsaba pautas más saludables de urbanismo, los sindicatos luchaban por mejores condiciones laborales, se producían avances médicos importantes, como las vacunas, y la revolución

industrial incrementaba notablemente la cantidad y accesibilidad de alimentos y otros bienes básicos. La humanidad alcanzaba por primera vez los mil millones de personas a finales del siglo xix, y los países desarrollados crecían como nunca antes, colonizando al resto del mundo.

Sin embargo, y simultáneamente, los nuevos sistemas estadísticos y fuentes de datos demográficos empezaron a informar de un comportamiento inesperado de las poblaciones más avanzadas. La fecundidad había empezado a descender.

La reacción fue de pánico, especialmente cuando los niveles se acercaron a la mítica cantidad de 2,1 hijos por mujer. Habrá a quien le sorprenda que todo esto

ocurriese a finales del siglo xix, y que de forma generalizada se adoptasen medidas para frenarlo.³ El crescendo de las alarmas condujo a un auténtico paroxismo de las políticas demográficas en el periodo entre las dos guerras mundiales. El biologismo social que siguió a la obra de Darwin condujo a que las naciones fuesen vistas como entes vivos que tenían un ciclo de desarrollo y plenitud, y después llegaban al agotamiento, la senilidad

y la muerte. En 1918 *La Decadencia de Occidente*, mayor *bestseller* hasta entonces en la filosofía europea y hoy libro de culto de su extrema derecha, se basó en esta creencia.⁴ En el ámbito anglosajón y germano, la preocupación se concentró en la menor fecundidad de las clases más «aptas», frente a los muchos hijos que seguían teniendo los «peores», lo que condujo a políticas eugenistas de selección, que llegaron al holocausto. Pero en general las políticas poblacionales pusieron el énfasis en el fomento de la natalidad nacional.

Dos guerras mundiales culminaron este paroxismo nacionalista, acabaron con las pretensiones imperiales

2. La nueva relevancia de la población para el Estado ha sido magistralmente descrita por M. Foucault. Véanse especialmente Foucault, M. (1989), «Sécurité, territoire et population» en, *Résumé des cours, 1970-1982*. París: Julliard, pp. 99-106, y también Foucault, M. (1993). *Genealogía del racismo*. Montevideo: Carone.

3. Una excelente descripción de estos miedos y de las políticas demográficas resultantes puede encontrarse en Teitelbaum, M. S. y Winter, J. M. (1985), *The Fear of Population Decline*. San Diego: Academic Press.

4. Spengler, O. (1918), *Der Untergang des Abendlandes (The Decline of the West)*. Munich.

europeas y con la credibilidad de sus políticas demográficas. A partir de 1945, la demografía como herramienta política se puso al servicio de EE. UU., para predecir la catástrofe planetaria por excesivo crecimiento y para diseñar estrategias maltusianas de control demográfico, en realidad dirigidas a reducir el peligro de extensión del comunismo en Asia. Durante décadas el fantasma natalista perdió fuerza en los países más ricos, donde además se producía un inesperado *baby-boom*.

Pero tras el *baby boom*, la fecundidad ha vuelto a descender como nunca antes, tanto que muchos países europeos no llegan a 1,5 hijos por mujer. Además, a diferencia de la primera mitad del siglo xx, el envejecimiento no es un futuro, ya está aquí, y se ha convertido en el principal argumento de un natalismo renaciente. El contexto histórico cambiaba radicalmente con el fin de la URSS, la crisis de los setenta, el fin del keynesianismo y el auge de la nueva economía en los ochenta. El envejecimiento demográfico es presentado desde entonces como un problema para los presupuestos estatales, para la seguridad de las inversiones privadas, para la sostenibilidad de los sistemas productivos, y se exploran constantemente vías de reformas que aligeren su impacto.

Y en este nuevo contexto vuelve a presentarse el natalismo como un remedio para todo. No importa su inoperancia (Stalin, Mussolini, Franco, de Gaulle o Ceaușescu fracasaron no ya en aumentar la fecundidad, sino simplemente en detener su descenso), no importa su carencia de fundamentos científicos o teóricos para explicar el cambio demográfico (sigue apelando a explicaciones moralistas). Es útil como elemento de propaganda y fácil de embarullar con otros problemas que nada tienen que ver con la modernización demográfica (como el abandono rural o la inmigración), pero fácilmente exprimibles para exaltar los «sentimientos nacionales».

El marco explicativo

Lo que ha cambiado en la demografía humana en apenas siglo y medio es el sistema reproductivo, es decir, la manera de mantener un determinado volumen poblacional (pese al carácter mortal de todos sus componentes) en relación a la cantidad de nacimientos necesarios. Hemos hecho más eficiente dicho sistema. En otro lugar he llamado a este cambio Revolución Reproductiva⁵, por su paralelismo con otras revoluciones productivas, como la industrial o la

informática. Y la revolución se ha desencadenado porque la atención y recursos dedicados a los nacidos se ha incrementado de generación en generación, hasta permitir que mayoritariamente alcancen la oportunidad de, a su vez, tener hijos.

Este umbral histórico desencadena maravillas nunca vistas. A lo largo de toda la historia previa de la humanidad, la mayor parte de los nacidos moría antes de cumplir los 15 años. La postergación de una muerte infantil podía añadir un individuo más al año siguiente, pero, alargada más allá de las edades fértiles, tenía efectos multiplicativos, «explosivos». Y esta revolución reproductiva se ha traducido, en efecto, en un aumento

nunca visto de la población (durante el siglo xx España creció de 18 millones a 46 millones, y el mundo de 1.600 a 6.000 millones).

Este crecimiento sin precedentes se produce con una fecundidad menguante, algo que los natalistas no llegan a comprender. No se debe a una natalidad mayor, sino a una supervivencia mayor. España tenía en 1900 una mortalidad infantil del 200‰ y no alcanzaba los

5. Puede encontrarse una exposición de dicha propuesta teórica, así como de las publicaciones y proyectos en que se despliega, en <https://apuntesdedemografia.com/la-revolucion-reproductiva/>

35 años de esperanza de vida. En un siglo hemos superado los 80.

Los mecanismos impulsores de este cambio tan espectacular, probablemente el mayor y más importante experimentado por la humanidad en toda su historia, no se limitan a la medicina, abarcan muchos otros ámbitos, como el alimentario, el educativo o el laboral. Pero confluyen todos en un núcleo esencial, que es la cantidad de atención, recursos, tiempo, afecto que cada generación está en disposición de depositar en la siguiente (en otro lugar he denominado a este nuevo estadio histórico «madurez de masas»⁶). Se trata de un círculo virtuoso por el que las primeras mejoras conducen, pasado el intervalo entre la infancia y la etapa adulta de una generación, a mejoras aún mayores en la generación posterior. A todo ello ha contribuido también la creciente capacidad de regular el tamaño de la propia descendencia. A medida que eran más los supervivientes que alcanzaban edades fecundas, el control social sobre la sexualidad y la reproducción podía relajarse, y la siguiente generación podía elegir tener una cantidad menor de hijos a los que dedicar una mayor cantidad de recursos, círculo virtuoso muy reforzado por la aparición de métodos anticonceptivos baratos y eficaces a partir de los años sesenta del siglo xx.

Las nuevas poblaciones

La demografía se ha desarrollado suficientemente como para detectar este salto cualitativo por el que, en la actualidad, cada nacimiento llega cargado con una vida futura que triplica a la de un nacido un siglo atrás. Las técnicas actuales permiten describir los cambios entre generaciones y el cúmulo de efectos sobre los nuevos ciclos de vida. La progresiva ampliación de recursos y cuidados hacia la siguiente

generación no sólo ha aumentado la longevidad, sino muchas otras cualidades de las personas, de gran conveniencia colectiva, como su educación, su estatura, su capacidad productiva o su estado de salud.

Estamos, por tanto, ante una etapa nueva de la historia humana, y su principal motor, la democratización de la supervivencia durante todas las etapas de la vida, lleva camino de extenderse a todo el planeta. La eficiencia reproductiva, conseguida

Estamos, por tanto, ante una etapa nueva de la historia humana, y su principal motor, la democratización de la supervivencia durante todas las etapas de la vida, lleva camino de extenderse a todo el planeta. La eficiencia reproductiva, conseguida progresivamente en Europa primero, y tardía pero mucho más rápidamente en otros continentes, se habrá generalizado antes de que acabe el presente siglo y el gran crecimiento demográfico del siglo xx llegará a su fin (se calcula que en torno a los diez u once mil millones).

progresivamente en Europa primero, y tardía pero mucho más rápidamente en otros continentes, se habrá generalizado antes de que acabe el presente siglo y el gran crecimiento demográfico del siglo xx llegará a su fin (se calcula que en torno a los diez u once mil millones). Aunque el protagonismo de la modernidad se atribuya siempre a los cambios económicos y políticos, el cambio demográfico habrá sido tanto o más importante, al alterar y mejorar el núcleo esencial e inexorable de las relaciones sociales, políticas y económicas: la reproducción humana y la manera

de enfrentar el carácter mortal de las personas. Por el camino son muchas las cosas que la revolución reproductiva habrá modificado, entre otras, las relaciones familiares y de pareja, la significación de la sexualidad, los roles de género y de edad, las formas de convivencia o las relaciones intergeneracionales.⁷

Una de sus implicaciones más visibles es una pirámide de edades radicalmente diferente a la tradicional. Con una gran base, casi un tercio del total constituido por menores, y un estrechamiento progresivo que sólo dejaba en la vejez apenas un 4% del total, aquella pirámide que hoy el natalismo añora e invoca como muestra de vitalidad, era en realidad la mayor prueba de precariedad de la vida e ineficiencia reproductiva. Las elevadas fecundidades tradicionales no eran opcionales, ni se explican por valores, cultura,

6. Pérez Díaz, J. (2003), *La madurez de masas*. Madrid: IM-SERSO.

7. MacInnes, J. y Pérez Díaz, J. (2009), «[The reproductive revolution](#)». *The Sociological Review*, 57 (2): 262-284.

tradiciones o creencias. Respondían a la escasa duración de la vida, y estaban lejos de implicar grandes poblaciones.

La revolución reproductiva ha disparado el volumen poblacional, generalizando vidas completas que permiten a todos los nacidos la opción de llegar a la edad de tener sus propios hijos, y a cada generación vivir más años que la anterior. Lógicamente, la pirámide de población tiene ahora una base mucho menor que en el pasado, mientras las edades adultas y posteriores han ganado peso hasta extremos nunca vistos. Es lo que los natalistas franceses de los años treinta, de forma tendenciosa y biologista, quisieron teñir de negatividad al etiquetarlo como «envejecimiento demográfico».

Aunque se trate de una metáfora engañosa (las poblaciones no envejecen, no tienen edad, no siguen las etapas de un ente biológico, por mucho que el darwinismo social popularizase este tipo de analogías), se ha consolidado de tal manera que ya resulta imposible etiquetar de otra forma el cambio de la pirámide poblacional. Pero lejos de la catástrofe que los natalistas quieren ver en ello (hace más de un siglo que se predice, con una ceguera inmune al constante desmentido), la nueva pirámide no sólo refleja los avances en la longevidad y la eficiencia reproductiva, sino que es un logro con efectos sumamente positivos.

Que los que nacen vengan a un mundo con una mayor cantidad y variedad de personas permite avanzar en las mejoras intergeneracionales. Las vidas completas y mejor dotadas han permitido un aumento notable de la productividad durante la vida laboral. La generalización de vidas completas ha permitido universalizar la madurez y, con ella, la acumulación de ahorro y patrimonio, de manera que la nueva pirámide ha permitido una notable acumulación de capital, como el de los grandes fondos privados de pensiones que están tras las enormes inversiones, arriesgadas y a largo plazo, que han permitido la revolución de internet y las redes sociales. La nueva pirámide dibuja

un mercado de consumo mucho más diverso y, por lo tanto, resistente a las crisis sectoriales de producción. La presencia de personas maduras y mayores, residual en el pasado, está permitiendo hoy mejorar la resiliencia familiar antes crisis laborales o episodios de grave necesidad. Son mayores, no jóvenes, los que hoy cuidan a los muy mayores con dependencia o los que ayudan a los adultos jóvenes a formar su propio hogar y familia; hágase el ejercicio de ir a la salida de una guardería y podrá obtenerse un ejemplo diáfano sobre las nuevas funciones que la vejez está teniendo en la vida familiar.

La revolución reproductiva ha disparado el volumen poblacional, generalizando vidas completas que permiten a todos los nacidos la opción de llegar a la edad de tener sus propios hijos, y a cada generación vivir más años que la anterior. Lógicamente, la pirámide de población tiene ahora una base mucho menor que en el pasado, mientras las edades adultas y posteriores han ganado peso hasta extremos nunca vistos. Es lo que los natalistas franceses de los años treinta, de forma tendenciosa y biologista, quisieron teñir de negatividad al etiquetarlo como «envejecimiento demográfico».

La dimensión ideológica

Los natalistas actuales no apelan a la demografía, les bastan algunas de las series históricas proporcionadas por la estadística oficial, especialmente nacimientos, defunciones y pirámides de población. El trabajo de análisis demográfico y las explicaciones técnicas e históricas de su evolución no les interesan. Como mucho acuden a la economía para confirmar el creciente coste de la nueva situación demográfica. Es como si una

persona en rápido ascenso económico nos alarmase sobre la mala situación económica al constatar que la cena en el mejor restaurante de la ciudad le ha salido mucho más cara que en las tascas de su etapa estudiantil.

El natalismo contemporáneo sigue omitiendo el cambio demográfico como un logro excepcional. Sólo mira hacia el número de nacimientos, ignorando el cambio revolucionario en la esperanza de vida o en el tamaño de la población actual, sin precedentes. Puentea a la disciplina demográfica, a sus académicos o investigadores, hasta el punto de que sus asesores políticos o sus conformadores de opinión no tienen formación demográfica alguna. Este despropósito puede constatarse en los libros contemporáneos sobre la poblacional española: *La ruptura demográfica. Un análisis de los cambios demográficos* (1998),

escrito por un teólogo profesor de una universidad católica y destacado carlista miembro de Comunión Tradicionalista;⁸ *El suicidio demográfico de España* (2011), escrito por un ingeniero consultor empresarial, ultracatólico y director de la Fundación Renacimiento Demográfico;⁹ *Una sociedad sin hijos. El declive demográfico y sus implicaciones* (2018), escrito bajo pseudónimo por un alto cargo de la Dirección Xeral de Relaciones Exteriores de la Xunta de Galicia.¹⁰

Tras estos intrusos es fácil encontrar a partidos políticos, medios de comunicación y poderes económicos conservadores y confesionales. Como botón de muestra, el Director de la Fundación Renacimiento Demográfico ha sido adoptado por *ABC*, mediante consigna interna a sus redactores, como «el mayor experto en demografía de España», y el PP le utiliza como tal, convocándolo a comisiones parlamentarias en calidad de experto¹¹ o encargándole informes desde la fundación FAES.

Esta tendencia se acentúa y es paralela al renacer de la extrema derecha nacionalista, confesional y xenófoba en todo el mundo. En España, se ha acentuado en las últimas dos décadas, hasta el extremo de que el PP ya incorpora

La manipulación es tal que el discurso actual sobre la familia, la natalidad o el cambio demográfico se encuentra en España secuestrado por entidades y asociaciones de la extrema derecha confesional. Su penetración en el asociacionismo seglar llevó al anterior presidente de la Conferencia Episcopal, Rouco Varela, a solicitar un informe interno para aclararla. Tras filtrarse a la prensa, dicho informe nos permite certezas avaladas incluso por sentencias judiciales. Hazte Oir, Abogados Cristianos, Instituto de Política Familiar, asociaciones de familias numerosas, han resultado estar dirigidas por miembros de El Yunque, una secta secreta y paramilitar de origen mexicano, en estrecha relación con VOX.

como objetivo, en la ponencia social de su congreso de 2017, una «Estrategia Nacional de fomento de la natalidad», con el objetivo explícito de cambiar la pirámide de población.¹² Lo mismo puede encontrarse en la exposición de motivos del Plan de Dinamización Demográfica aprobado por la Xunta de Galicia en 2012, o en iniciativas como la creación

del «Comisionado del Gobierno frente al Reto Demográfico» en 2017, para: «la elaboración y el desarrollo de una estrategia nacional frente al reto demográfico y aquellas tareas que contribuyan a dar respuesta a la problemática del progresivo envejecimiento poblacional, del despoblamiento territorial y de los efectos de la población flotante».¹³

La manipulación es tal que el discurso actual sobre la familia, la natalidad o el cambio demográfico se encuentra en España secuestrado por entidades y asociaciones de la extrema derecha confesional. Su penetración en el asociacionismo seglar llevó al anterior presidente de la Conferencia Episcopal, Rouco Varela, a solicitar un informe interno para

aclararla. Tras filtrarse a la prensa, dicho informe nos permite certezas avaladas incluso por sentencias judiciales. Hazte Oir, Abogados Cristianos, Instituto de Política Familiar, asociaciones de familias numerosas, han resultado estar dirigidas por miembros de El Yunque, una secta secreta y paramilitar de origen mexicano,¹⁴ en estrecha relación con VOX.

8. Barraycoa, J. (1998), *La ruptura demográfica*. Barcelona: Ed. Balmes. Colección Ensayos Sociales.

9. Macarrón, A. (2011), *El suicidio demográfico de España*. Madrid: Homolegens.

10. Blanco Désar, M. (2018), *Una sociedad sin hijos. El declive demográfico y sus implicaciones*. Barcelona: Economía Digital.

11. En 2015 una comisión del Senado sobre la despoblación rural en España publicó sus conclusiones con un dossier de diez páginas sobre el fomento necesario de la natalidad escrito por Macarrón Larumbe, un despropósito por la falta de vinculación con el objeto de la comisión. Véase <<https://apuntesdedemografia.com/2015/09/01/escandalo-demografico-en-el-senado/>>.

12. Texto completo de dicha ponencia social en <<http://18congreso.pp.es/ponencia-politica-social/>>.

13. Cita literal del *Real Decreto 40/2017, de 27 de enero, por el que se crea el Comisionado del Gobierno frente al Reto Demográfico y se regula su régimen de funcionamiento*, disponible en <<https://www.boe.es/eli/es/rd/2017/01/27/40>>.

14. El peso de El Yunque es actualmente de tal envergadura en España que está desplazando al del Opus Dei. Su vinculación con VOX o con el ala dura del PP está cada vez más documentada, y su penetración y manipulación del asociacionismo seglar de base ha quedado incluso demostrada en

La presentación del cambio demográfico como una amenaza, la afirmación de que vivimos una crisis poblacional, incluso un «suicidio demográfico», lleva camino de imponerse, se adueña del «relato». El listado de 19 puntos que VOX presentó para negociar recientemente su apoyo para la investidura del nuevo Presidente andaluz resulta un compendio estupendo de ese relato, pero sólo supone una ínfima parte de la inundación.¹⁵

Una muestra de hasta dónde puede llegar la tuvimos en los ataques a mezquitas en Nueva Zelanda (49 muertos). Previamente se había publicado un manifiesto online titulado «The Great Replacement», aludiendo a la crisis que provoca la baja natalidad propia y la invasión foránea. El inicio del manifiesto es elocuente: «*It's the birth rates. It's the birth rates. It's the birth rates*».¹⁶

El natalismo, por tanto, renace a costa de la invisibilidad de los demógrafos, del apoyo político del conservadurismo, de la popularidad y fácil venta de un familismo que históricamente se ha demostrado inútil para elevar la natalidad. Mancha y desvirtúa un logro colectivo inigualable, la modernización demográfica, ignora su principal motor, el cada vez mayor nivel de cuidado y transferencias a los que nacen, carga a la vejez con connotaciones negativas, convirtiéndola en el enemigo. Pero, sobre todo,

encamina recursos y esfuerzos en direcciones erróneas e inútiles.

Modificar las tendencias demográficas no puede ser el objetivo, lo que conviene plantear es las respuestas

a las exigencias que nos plantean; su impacto sanitario,¹⁷ la manera de casar una vida cada vez más larga y saludable con una vida laboral cada vez más breve, la obligada reconfiguración de la igualdad social y de género, la desertización de parte del territorio, el impacto ambiental de nuestros comportamientos colectivos, el urbanismo especulador, el desempleo y la difícil inserción de los jóvenes en la vida adulta, la dependencia, la soledad, la forma de enfrentar el final de la vida, la conciliación familiar-laboral... Y mientras todo esto está por resolver, los alarmistas

siguen desviando la atención hacia problemas decimonónicos para mantener sus ideologías trasnuchadas. La demografía nunca nos fue mejor, pero tampoco fue nunca mayor el abismo que separa la situación demográfica del discurso imperante sobre sus causas, características actuales y consecuencias futuras. ■

sentencias judiciales. Véase [https://es.wikipedia.org/wiki/Organizaci3n Nacional del Yunque](https://es.wikipedia.org/wiki/Organizaci%C3%B3n_Nacional_del_Yunque) y sus múltiples pistas documentales.

15. El documento *Propuestas de VOX para la investidura del Presidente de la Junta de Andalucía* puede consultarse online en <https://www.voxespana.es/biblioteca/propuesta-vox-andalucia.pdf> (consultado el 14/07/2019).

16. Véase el interesante artículo que Leslie Root, demógrafa estadounidense, escribió como respuesta en el *Washington Post* (18/03/2019) con el título «Racist terrorists are obsessed with demographics. Let's not give them talking points», (https://www.washingtonpost.com/opinions/2019/03/18/racist-terrorists-are-obsessed-with-demographics-lets-not-give-them-talking-points/?noredirect=on&utm_term=.ee03d7e7cef2).

17. Pérez Díaz, J., y Abellán García, A. (2016). «Retos sanitarios de los cambios demográficos». *Med. clín (Ed. impr.)* 146 (12): 536-538.

LIBRO RECOMENDADO

DARRELL BRICKER Y JOHN IBBITSON, *EL PLANETA VACÍO. EL SHOCK DEL DECLIVE DE LA POBLACIÓN MUNDIAL* (PENGUIN RANDOM HOUSE, BARCELONA, 2019)

Juan Antonio Fernández Cordón

Ex investigador del CSIC, miembro de Economistas Frente a la Crisis

En 1968, hace ahora cincuenta años, se publicaba un libro titulado «The Population Bomb», escrito por Paul Ehrlich, un profesor de Entomología de la Universidad de Stanford, y que en España se editó poco después con el apenas más moderado título de «La explosión demográfica». Este libro marcó época. En las décadas siguientes, el miedo a una expansión sin límites de la población mundial invadió la producción académica, la ciencia-ficción, el cine y el pensamiento colectivo. La antigua maldición de Malthus reapareció con fuerza: los humanos se multiplicaban a más velocidad que los recursos de todo tipo que les permiten vivir. Una mirada retrospectiva a la situación real de aquel momento permite ver que lo que entonces asustaba al Occidente rico, y a los Estados Unidos en particular, era el fuerte crecimiento de las poblaciones pobres a lo ancho del planeta, que seguían con tasas de fecundidad muy altas, a pesar de que su mortalidad había disminuido, lo que era percibido como una amenaza.¹

Los demógrafos llevan un cierto tiempo advirtiendo de que el temor a una explosión sin límites de la población mundial no tiene ya razón de ser. Las

Los demógrafos llevan un cierto tiempo advirtiendo de que el temor a una explosión sin límites de la población mundial no tiene ya razón de ser. Las proyecciones de población de las Naciones Unidas, puestas al día con regularidad, muestran que la fecundidad disminuye en todos los países del mundo y, aunque en las próximas décadas seguirá creciendo fuertemente la población, sobre todo en algunas regiones, como el África central o la India, se vislumbra una fecha, que Naciones Unidas sitúa a finales de este siglo, en la que la población dejará de crecer.

proyecciones de población de las Naciones Unidas, puestas al día con regularidad, muestran que la fecundidad disminuye en todos los países del mundo y, aunque en las próximas décadas seguirá creciendo fuertemente la población, sobre todo en algunas regiones, como el África central o la India, se vislumbra una fecha, que Naciones Unidas sitúa a finales de este siglo, en la que la población dejará de crecer. Este panorama difiere considerablemente del catastrófico futuro augurado por apóstoles como Ehrlich. Sin embargo, las todavía altas tasas de crecimiento demográfico y, sobre todo, los fuertes desequilibrios que se anticipan en la distribución de la población del planeta mantienen viva la alarma ante el exceso de población.

De ahí la relativa sorpresa con la que se recibió el año pasado la publicación en Estados Unidos del libro de los canadienses, Darrell Bricker y John Ibbitson, cuyo título, *El planeta vacío. El shock del declive de la población mundial* (en su recientemente publicada traducción en España), representa un resumen corto y perfecto del nuevo miedo demográfico que puede sustituir al promovido por Ehrlich hace medio siglo. Los autores no pertenecen al mundo académico (uno es periodista y el otro se dedica a la investigación de mercado) y han producido más un extenso reportaje que un trabajo de investigación bien documentado y apoyado. No sé si esta obra en concreto está llamada

1. Ver la nota de Julio Pérez sobre el libro de Ehrlich en <https://apuntesdedemografia.com/2010/07/29/la-bomba-demografica-de-paul-ehrlich/>.

a marcar época, como lo hizo la de Ehrlich, pero, a través de ella, podemos conocer y valorar los argumentos de los que anticipan una evolución tan radicalmente opuesta y las consecuencias que de ella se pueden derivar. En ese sentido, puede considerarse un libro recomendable.

El diagnóstico

Los autores dejan claro desde el principio su punto de vista: consideran que, si «en el pasado, el rebaño humano ha sido sacrificado y seleccionado por plagas y hambrunas, ahora nos estamos sacrificando nosotros mismos» (p.14), y temen que, por primera vez en la historia de nuestra especie, la humanidad se sienta vieja. Recogen así dos elementos, la idea de una responsabilidad colectiva y difusa de la baja fecundidad y la asociación de la población con la vejez, que están en el centro del discurso ideológico sobre la población en los países occidentales, cada vez más obsesionados con el envejecimiento demográfico.

Después de una breve historia de la población, los autores pasan a denunciar como erróneos los mensajes de Malthus y de Ehrlich, y afirman que lo verdaderamente dramático no es la inexistente explosión demográfica sino su contrario: el inevitable declive de la población del planeta.

Para llegar a esa conclusión, Bricker e Ibbitson parten de una crítica de las proyecciones de Naciones Unidas, que, ya hemos visto, desmienten las tesis de Malthus y de Ehrlich, y concluyen que su escenario central, el más probable según los autores de la proyección, sobrestima el máximo que alcanzará la población mundial. Según ellos, a este pico se llegará en 2050 y será muy inferior (unos 9 mil millones) a los 11.200 millones que prevé Naciones Unidas para 2100. No creen que las tendencias pasadas sirvan para anticipar el futuro e invocan varios argumentos. Por una parte, que existe otro escenario de las Naciones Unidas, basado en una aceleración de la caída

de la fecundidad (de media, las mujeres tendrían 0,5 hijos menos que en el escenario anterior), en el que la población alcanza un máximo de solo 8,5 mil millones en 2050 y después disminuye hasta 7 mil millones en 2100 (también existe un tercer escenario, en el que la población sube hasta 17.000 millones en 2100 y sigue creciendo después). Por otra parte, los autores citan las proyecciones del IIASA² de Viena, un prestigioso centro de investigación demográfica dirigido por Wolfgang Lutz, que introduce en sus proyecciones explícitamente la variable «educación», y llegan a estimaciones inferiores a las de Naciones Unidas. También acuden a un par de demógrafos poco conocidos, cuyos trabajos confortan sus creencias. No hay aquí, ni en ninguna otra parte del libro, una investigación propia con metodología e hipótesis contrastables, simplemente buscan y encuentran al-

gunos resultados que confirman lo que podríamos llamar su intuición inicial. El uso de los resultados del IIASA es muy ilustrativo, ya que descartan los escenarios que no les convienen y desprecian su carácter probabilista, así como las cautelas que el riguroso trabajo del IIASA no deja de introducir. En su entusiasmo demostrativo, los autores no desdeñan siquiera el argumento conspiracionista, deslizando pérfidamente el interés que, según ellos, tiene Naciones Unidas por exagerar la evolución futura

de la población (p. 64). En la última revisión (2019) de las proyecciones de Naciones Unidas, posteriores a la publicación del libro reseñado, apenas ha variado la cifra máxima proyectada para 2100, ahora 10.800 millones, en vez de los 11.200 anteriores. La cifra de 8,5 mil millones, que los autores ven como el máximo para 2050, se alcanzará, según Naciones Unidas, en 2030, una previsión muy segura, y en 2050 llegaríamos a 9.700 millones.

Esta parte del libro sobre proyecciones ha sido una de las más criticadas por los grupos que siguen advirtiendo del excesivo crecimiento de la población, especialmente en Estados Unidos. No se muestran

2. *International Institute for Applied System Analysis* (Instituto Internacional de Análisis de Sistemas Aplicado).

convencidos y critican la falta de rigor y el hecho de que nuestros autores han adoptado, para confortar sus tesis, el escenario de población más extremo y más improbable de cuantos tenían a mano.

Las causas

No hay catástrofes medioambientales a la vista, ni salvajes epidemias; el anunciado declive de la población tiene, en este libro, una sola causa: el imparable descenso de la fecundidad en todos los países del mundo. Éste, a su vez, se atribuye a la urbanización creciente y al empoderamiento de las mujeres, tan ligado a la urbanización que ésta emerge como la causa última y única del descenso de los nacimientos. Esto ha sido así desde que empiezan a reducirse los nacimientos en el siglo XIX. El hijo, que en la explotación agrícola o ganadera familiar era un activo, una inversión, pasa, en la ciudad, a ser una carga, cuyo coste es creciente. El interés de los padres es reducir su descendencia. Por otra parte, en la ciudad las mujeres tienen mayores oportunidades de formación y un acceso más fácil y directo al conocimiento, en particular sobre métodos anticonceptivos, y en ella disminuye la influencia de la religión y la familia, que tendían a promover la natalidad. Los autores se apoyan sobre la teoría de la transición demográfica para explicar el constatado descenso histórico de la descendencia. Ésta comporta cuatro fases: una primera de estagnación de la población, con una elevada fecundidad, casi anulada por la alta mortalidad general y las catástrofes provocadas por las hambrunas, las guerras y las epidemias; una segunda caracterizada por un gran crecimiento de la población, porque la mortalidad desciende, pero se mantiene alta la fecundidad; una tercera en la que disminuyen tanto la fecundidad como la mortalidad y el crecimiento demográfico es moderado; y una cuarta y última caracterizada por bajos niveles de mortalidad y una fecundidad en torno al nivel necesario para mantener la población (aproximadamente, dos hijos por mujer). Pero Bricker e Ibbitson postulan la

existencia de una quinta fase, en la que la fecundidad sigue bajando, por debajo del nivel de reemplazo. Citan algunos ejemplos, entre ellos, el de España (p. 59), y consideran que todo el mundo desarrollado se encuentra hoy en esta quinta fase, debido a que la urbanización sigue aumentando y a la aparición de los métodos anticonceptivos modernos (cuya invención califican de «fortuita»).

Este añadido al recorrido de la transición demográfica es criticable y manifiesta la incoherencia de fondo de los autores al tratar, de hecho, la mortalidad y la fecundidad como dos variables prácticamente independientes. En realidad, las dos forman un sistema en el que la fecundidad se ha ido adaptando al aumento de la esperanza de vida a través de mecanismos sociales protagonizados sobre todo por las mujeres, que han accedido, en el mundo desarrollado, a mayores cuotas de igualdad y derechos. Ahora que la mortalidad se ha prácticamente estabilizado, la muy baja fecundidad en los países de mayor desarrollo capitalista necesita ser explicada de forma autónoma, no recurriendo a la teoría de la transición. Sin entrar en detalles, conviene recordar que la muy baja fecundidad actual en España y en otros países está asociada, por una parte, a la precariedad laboral de los jóvenes y a su dificultad o casi imposibilidad de acceso a la vivienda

en régimen de compra o de alquiler y, por otra parte, a la dificultad que tienen las familias para conciliar trabajo y cuidado de los hijos, en un contexto en el que el trabajo remunerado de las mujeres es a la vez socialmente deseable e indispensable para la economía familiar. Es posible que las circunstancias que explican la baja fecundidad en los países desarrollados se extiendan progresivamente al resto de países, y eso daría aparentemente la razón a los que anuncian el declive demográfico. Sin embargo, la situación sería muy distinta a la que ellos deducen de la simple e imparable prolongación de las tendencias recientes. Lo veremos en la última parte de este texto, dedicada a los remedios. Antes, daremos cuenta brevemente de las consecuencias que, en el libro reseñado, se derivan del declive anunciado.

Los efectos

Naturalmente, una consecuencia de los planteamientos anteriores domina sobre todas las demás: la simple y llana desaparición de la población en la Tierra. Los autores no la formulan explícitamente, pero consideran que la fecundidad seguirá disminuyendo de forma imparable y llegan a afirmar que cada generación será menos numerosa que la anterior «hasta que al final iremos siendo menos cada año y punto» (p. 223). Aunque declaren que «los problemas encierran su propia solución» (p. 257), no se molestan en indagar sobre lo que puede frenar la extinción. Cuesta creer que la ausencia de reproducción, sobre todo si se extiende a todo el planeta, no genere en algún momento mecanismos que reviertan la tendencia, y se nos hace difícil imaginar una humanidad agonizante empecinada en no tener hijos, aún cuando las razones que se invocan en este libro para no tenerlos hayan desaparecido.

Porque, en este libro, la escasez futura de niños y jóvenes se da como imparable y se acumulan las consecuencias negativas. Disminuirá el consumo, porque son los jóvenes los que más consumen, el mercado de trabajo seguirá ofreciendo empleos precarios y mal pagados a los jóvenes y decaerá la innovación, porque los viejos no crean. No se contempla que la escasez de jóvenes los convierta en un bien raro, cuyo precio aumenta, y que las condiciones laborales lleguen a ser muy distintas, más favorables a los jóvenes y por tanto dejen de representar un obstáculo a la procreación, como lo son ahora. Tampoco se anticipa que a un número decreciente de jóvenes le sea más fácil encontrar viviendas asequibles, algo casi imposible ahora, que les impide tener los hijos que desean. También se descarta que con menos gente las cosas tengan que ser mejores (p. 98). Como los autores no se enredan en análisis en los que la población actúe como una variable más, se limitan a prolongar lo actual, sin indagar en la posibilidad de una reacción (*feedback*) que imponga un límite a la

(...) en este libro, la escasez futura de niños y jóvenes se da como imparable y se acumulan las consecuencias negativas. Disminuirá el consumo, porque son los jóvenes los que más consumen, el mercado de trabajo seguirá ofreciendo empleos precarios y mal pagados a los jóvenes y decaerá la innovación, porque los viejos no crean. No se contempla que la escasez de jóvenes los convierta en un bien raro, cuyo precio aumenta, y que las condiciones laborales lleguen a ser muy distintas, más favorables a los jóvenes y por tanto dejen de representar un obstáculo a la procreación, como lo son ahora.

bajada de la fecundidad, a través de cambios económicos y sociológicos. El descenso de la población se considera inexorable y «tan pronto como se afianza es prácticamente imposible detenerlo» (p. 92), entre otras razones porque se instaura una nueva mentalidad adaptada a la baja fecundidad, cuando los hijos son considerados como simple instrumento de la realización personal de los padres, en competición con todos los demás atractivos de la sociedad de consumo. Reconocemos aquí la ya manida y muy desprestigiada condena del hedonismo de los padres, sobre todo de las mujeres, como causa de la baja fecundidad.

Otra temible consecuencia es el envejecimiento de la población. Hablando de Japón, los autores consideran que «la creciente marea de ancianos es un lastre para la economía» (p. 94). Además de las ya conocidas dificultades para que una población en edad de trabajar decreciente pueda hacer frente a una población inactiva creciente, Bricker e Ibbitson insisten en la pérdida de capacidad de consumo y de capacidad de innovación que supone el aumento de la población mayor.

En conjunto, «las familias pequeñas» tienen efectos muy nocivos en la economía: reducen el consumo, dificultan la financiación mediante impuestos y reducen el número de in-

novadores. No podía faltar tampoco una mención a la competición entre generaciones. Los más viejos poseen ya la mayor parte de la riqueza y, a medida que su número crece, «habrá menos escuelas y más programas de apoyo a la vida asistida» (p. 115), y, cómo no, preocupa que la proporción de dos personas activas por cada anciano vaya a darse mucho antes de lo que prevén las proyecciones de Naciones Unidas.

En realidad, a nuestros autores les interesan más las características de lo que podríamos llamar un período transitorio, en el camino hacia la nada que predicen, con tasas de fecundidad muy reducidas en todos los países del mundo. Su discurso se ajusta

milimétricamente al de los que hoy invocan el inevitable envejecimiento para justificar, en particular, los recortes que quieren imponer en las pensiones públicas y en el gasto social, en general. Los remedios que proponen se ajustan más a la situación actual que a la ineluctable extinción que predicen.

Los remedios

En muchas partes de su libro, los autores remachan que no ven posible que la fecundidad vuelva a subir en el futuro. Los programas estatales que han podido tener algún éxito (como el caso de Suecia, que relatan) son considerados excesivamente caros, no duraderos e incluso contrarios a la libertad de las personas. Esta opinión se deduce, sin duda, de que la caída de la fecundidad se atribuye a una sola causa, la urbanización, que explica tanto la disminución histórica como la reciente, por debajo del nivel de remplazo. Ellos consideran que el *baby-boom* de la posguerra ha sido una anomalía, que la fecundidad no ha dejado de caer desde que se inicia la industrialización y la urbanización y que, por lo tanto, seguirá cayendo mientras la urbanización siga extendiéndose, como ocurre ahora y seguirá ocurriendo en todos los continentes del planeta. En realidad, la disminución de la fecundidad en nuestros tiempos ha dejado de ser una reacción social compleja al exceso de población que provoca la reducción de la mortalidad y debe ser asociada a rasgos concretos del capitalismo actual, que afectan a los ingresos y a las expectativas de los jóvenes, mediante el mercado laboral, a su capacidad efectiva de formar una familia por la escasez que crea el mercado de la vivienda y a la no asunción colectiva del dilema de la madre trabajadora mediante ayudas y facilidades para la conciliación entre trabajo remunerado y obligaciones familiares. Siendo cierto que los programas tradicionales de apoyo a la natalidad no son eficaces, sí puede tener éxito una política orientada a eliminar

los obstáculos que impiden tener el número de hijos deseado, que son más de los que realmente se tienen.

Frente a una caída que consideran irreversible, los autores proponen como solución la inmigración. Esto es la gran sorpresa del libro, pero que también da la clave de su verdadero significado. Causa sorpresa que la única solución a un problema planteado en términos de extinción de la población humana sea que unos se trasladen de un lugar a otro del planeta. Los países que primero se vean afectados por la despoblación necesitarán, para compensar, un número creciente de inmigrantes, mientras que los países de origen no tardarán, según los autores, en experimentar una escasez de jóvenes. Cuando esto se produzca desapare-

cerá la posibilidad de migraciones masivas. Desaparecerá la idea de una oferta inmigratoria ilimitada, de la que hay más bien que protegerse, que domina hoy las políticas migratorias de los países ricos. En ese hipotético mundo futuro, los países lucharían: unos, los más pobres, por retener a sus habitantes, por las buenas o por las malas, y los otros más ricos, por atraer a los del resto del mundo. Lejos estamos de esa situación y lejos también se sitúan los autores de *El planeta vacío*.

Para ellos, el modelo migratorio es Canadá. Afirman que cualquier país «que quiera mantener a raya los efectos económicos negati-

Frente a una caída que consideran irreversible, los autores proponen como solución la inmigración. Esto es la gran sorpresa del libro, pero que también da la clave de su verdadero significado. Causa sorpresa que la única solución a un problema planteado en términos de extinción de la población humana sea que unos se trasladen de un lugar a otro del planeta. Los países que primero se vean afectados por la despoblación necesitarán, para compensar, un número creciente de inmigrantes, mientras que los países de origen no tardarán, según los autores, en experimentar una escasez de jóvenes.

tivos del descenso demográfico....debe adoptar la Solución Canadiense» (p. 227). Canadá es un país que sólo admite inmigrantes en función de sus intereses, que contribuyan a la economía canadiense. «Canadá deja entrar a los inmigrantes por motivos absolutamente egoístas, razón por la cual la inmigración funciona mejor que en Suecia» (p. 228). Invocar, como Suecia, razones humanitarias para acoger a refugiados o inmigrantes conduce a crear rechazo hacia el extranjero en la población. Canadá acoge sólo a los inmigrantes que pueden encontrar trabajo enseguida, y su inmigración estuvo siempre ligada a la política económica, concebida para compensar la escasez de mano de obra y reforzar la demografía. Y éste es el

modelo que los autores propugnan, en particular para la América de Trump.

Acudir a la inmigración, pero admitir sólo a los más capaces y en los límites que marca la política económica, ésa es la propuesta, coincide con el sueño de los países hoy más ricos. El capitalismo no está dispuesto a consentir la redistribución de recursos que permitiría aumentar la fecundidad, pero teme los efectos de una población en edad de trabajar decreciente sobre su capacidad productiva y sobre el nivel de los salarios. Por eso, la solución ideal sería efectivamente la canadiense (algo idealizada por los autores). Cubrir nuestras necesidades, con los mejores, ya formados en los países de origen, y ser capaces de frenar la llegada de los que no cumplen los requisitos no es, a todas luces, la respuesta a la amenaza de extinción del género humano, pero sí a los problemas que la demografía empieza a plantear al capitalismo avanzado, que él mismo ha creado.

En resumen

Es muy probable que este libro haya sido concebido como un golpe de marketing, lanzando un título provocador. Porque termina hablando de lo mismo, y en los mismos términos, que la cohorte

Es muy probable que este libro haya sido concebido como un golpe de marketing, lanzando un título provocador. Porque termina hablando de lo mismo, y en los mismos términos, que la cohorte de «expertos» que utilizan la demografía para asustar y justificar las políticas neoliberales de recorte del gasto público, en particular, de las pensiones: menos jóvenes para producir y más viejos que hay que asistir.

de «expertos» que utilizan la demografía para asustar y justificar las políticas neoliberales de recorte del gasto público, en particular, de las pensiones: menos jóvenes para producir y más viejos que hay que asistir. En ese sentido, hay que preguntarse si éste no es el discurso que intenta suplantar al hasta ahora dominante del exceso de población. Incluso el sorprendente giro de proponer la inmigración como solución entra dentro de esa lógica. Con la excepción tal vez de los Estados Unidos (de Trump), ningún país se negaría a admitir una inmigración sobre la que ejerciera un control total. Aunque ni siquiera Canadá lo ha conseguido del todo, en las circunstancias muy favorables de un país casi vacío. Las migraciones se producen hoy por las enormes desigualdades que persisten en el mundo. Nos llegan personas que no dudan en asumir un alto riesgo para sus propias vidas con tal de huir de lugares que no les ofrecen ni presente ni futuro. Pero este libro ni siquiera menciona la palabra desigualdad. Nos pasea por un mundo que podemos ver en nuestros televisores a diario, habitado por una clase media formada por personas que deben elegir entre ser diseñadora o tener un hijo o cuya principal dificultad es encontrar la pareja adecuada. Estamos muy lejos de los verdaderos resortes que explican la evolución demográfica, tanto en los países ricos como en los más pobres. ■

DOSSIERES EsF

- Dossier n.º 1:** «Nuevos tiempos para la cooperación internacional para el desarrollo», abril 2011.
- Dossier n.º 2:** «¿Cambiar el mundo desde el consumo?», julio 2011.
- Dossier n.º 3:** «Sombras en las microfinanzas», octubre 2011.
- Dossier n.º 4:** «La RSE ante la crisis», enero 2012.
- Dossier n.º 5:** «La cooperación al desarrollo en tiempos de crisis. Nuevos actores, nuevos objetivos», abril 2012.
- Dossier n.º 6:** «Crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales», julio 2012.
- Dossier n.º 7:** «¿Otra política económica es posible?», octubre 2012.
- Dossier n.º 8:** «Banca ética ¿es posible?», enero 2013.
- Dossier n.º 9:** «Desigualdad y ruptura de la cohesión social», abril 2013.
- Dossier n.º 10:** «Seguridad alimentaria: Derecho y necesidad», julio 2013.
- Dossier n.º 11:** «La agenda de desarrollo post-2015: ¿Más de lo mismo o el principio de la transición?», octubre 2013.
- Dossier n.º 12:** «Economía en colaboración», enero 2014.
- Dossier n.º 13:** «Otra economía está en marcha», primavera 2014.
- Dossier n.º 14:** «RSC: Para superar la retórica», verano 2014.
- Dossier n.º 15:** «La enseñanza de la economía», otoño 2014.
- Dossier n.º 16:** «El procomún y los bienes comunes», invierno 2015.
- Dossier n.º 17:** «Financiación del desarrollo y Agenda Post-2015», primavera 2015.
- Dossier n.º 18:** «II Jornadas Otra Economía está en marcha», verano 2015.



Dossier n.º 19: «Las exclusiones sociales», otoño 2015.

Dossier n.º 20: «Fiscalidad: eficiencia y equidad», invierno 2016.

Dossier n.º 21: «Recordando a José Luis Sampedro», primavera 2016.

Dossier n.º 22: «Otra economía está en marcha III», verano 2016.

Dossier n.º 23: «El buen vivir como paradigma societal alternativo», otoño 2016.

Dossier n.º 24: «La energía. Retos y problemas», invierno 2017.

Dossier n.º 25: «El enfoque de género en la economía social y solidaria: aportes de la economía feminista», primavera 2017.

Dossier n.º 26: «Repensando nuestro modelo de sociedad y de economía», verano 2017.

Dossier n.º 27: «La inversión de impacto», otoño 2017

Dossier n.º 28: «El gobierno de la globalización», invierno 2018.

Dossier n.º 29: «Economía feminista: visibilizar lo invisible», primavera 2018.

Dossier n.º 30: «Miradas críticas y transversales», verano 2018.

Dossier n.º 31: «Prácticas y herramientas para impulsar la economía social y solidaria. Una reflexión compartida, otoño 2018.

Dossier n.º 32: «Reivindicando la democracia en la empresa», invierno 2019.

Dossier n.º 33: «El futuro de la alimentación en el mundo», primavera 2019.

Dossier n.º 34: «Agenda 2030: gatopardismo o transformaciones», verano 2019

Dossier n.º 35: «Responsabilidad social corporativa en la industria alimentaria», otoño 2019



Economistas sin Fronteras

Dossieres EsF n.º 36, Invierno 2020

Con la colaboración de:



Donostiako Udala
Ayuntamiento de San Sebastián

Lankidetzaz Bulegoa
Negociado de Cooperación



Economistas sin Fronteras

c/ Gaztambide, 50

(entrada por el local de SETEM)

28015 • Madrid

Tel.: 91 549 72 79

ecosfron@ecosfron.org

C/ Ronda s/n Bolunta

48005 Bilbao

Tel.: 94. 415 34 39

ecosfron.euskadi@ecosfron.org